Un deseo para el CEO

DYLAN MARTINS & JANIS SANDGROUSE



Un deseo para el CEO

DYLAN MARTINS & JANIS SANDGROUSE

Primera edición.

Un deseo para el CEO

©Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©diciembre, 2025.

©Imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo

Capítulo 1



Iris

Dicen que el primer amor nunca se olvida, y es verdad. Da igual lo mucho que una haya creído pasar página, lo ocupada que esté o lo adulta que se considere. Hay recuerdos que se quedan pegados a la piel como esos tatuajes temporales que prometen durar dos días y al final sobreviven semanas. Erik era exactamente eso: una marca suave, casi invisible, pero que se hacía notar cada vez que alguien la rozaba sin querer.

Aquel viernes por la mañana yo estaba en mi salón, que también hacía de estudio improvisado, oficina, pasarela y a veces incluso pista de baile lamentable. Mi piso siempre me había parecido demasiado grande para una sola persona, pero tenía un ventanal enorme con vistas al Retiro que justificaba cada euro que pagaba de alquiler.

Desde allí veía a la gente correr, pasear perros, hacer yoga o simplemente existir. Había días en los que me sentía parte de ese cuadro y otros en los que me creía una espectadora que había comprado una entrada de por vida para observar desde las alturas.

Mi salón era amplio, luminoso y un poco caótico, pero una clase de caos funcional. Tenía una estantería blanca llena de libros descolocados, varias cámaras y trípodes apoyados en la pared y un sofá verde botella que había comprado de segunda mano porque decía “sígueme” desde la foto del anuncio.

En la esquina derecha había una planta que se llamaba Margarita, sí, solía poner nombres a las plantas con las que convivo, que sobrevivía a base de milagros y a que mi madre venía a regarla cada dos semanas porque "te juro que me da pena, hija, es que te mira como diciendo sálvame", según sus palabras.

La cocina americana estaba siempre llena de tazas. No sabía por qué, pero la gran mayoría de mi vajilla eran tazas de colores. Isa decía que eso era porque me negaba a aceptar que era adulta del todo, como si tomar café en una taza amarilla con puntos rosas en vez de una blanca minimalista impidiera que cumpliera treinta años. Sinceramente, ojalá funcionase.

Aquella mañana había dejado el portátil abierto con una lista infinita de ideas de vídeos, campañas por responder, borradores de colaboraciones y un recordatorio enorme en rojo que decía: "Piensa algo para el domingo". Y, aun así, yo solo podía pensar en la frase que me había venido a la cabeza nada más despertar: "Dicen que el primer amor nunca se olvida". Qué ironía.

Suspiré y me pasé una mano por el pelo, intentando domar un mechón rebelde. Algunas personas tienen recuerdos que se activan por canciones o por olores. Yo los tenía por silencios. Y esa mañana el silencio era tan grande que hasta me oía pensar.

Mis padres siempre decían que mi vida era "peculiar", dicho con cariño, pero también con esa mezcla de orgullo y ligera preocupación que solo unos padres podían sentir. Mi padre, Leandro, era el responsable de que conociera a Erik.

Durante años trabajó como contable en la sede madrileña de *Nordikon Global Industries*, una multinacional de nombre intimidante, espíritu estonio y oficinas tan modernas que yo juraba que en los ascensores probablemente hablaban ballenas. Mi padre era de los que iban siempre con el jersey gris incombustible, incluso en julio, porque "el aire acondicionado es traicionero". Muy prudente, muy correcto, muy de números. Y, sobre todo, muy poco fan de que su hija de dieciocho años saliese con un hombre de veintiocho.

Mi madre, Carmen, era todo lo contrario. Ella representaba la calidez absoluta. Vivía rodeada de plantas, voces suaves y tés. Siempre decía que yo tenía una energía "creativa e inquieta", lo cual era su forma elegante de decir

que no paraba quieta ni bajo amenaza de lluvia. Ella nunca opinó demasiado sobre Erik. Solo me miraba y sonreía como quien sabía que había cosas que una tenía que vivir para entender.

Y luego estaba Isabella, Isa, mi mejor amiga desde los diez años. Isa lo veía todo antes de que pasara. A veces incluso demasiado. Era alta, elegante, con una media melena negra perfecta que parecía sacada de una portada de Vogue y con una capacidad prodigiosa para decirte la verdad sin adornos. Yo la quería igual, aunque a veces me dieran ganas de tirarle un cojín a la cabeza.

Había tenido tres relaciones serias en los últimos nueve años. Tres historias que, sobre el papel, deberían haber funcionado. Tres personas diferentes que parecían tener todo para que yo, en algún momento, dijera: "Ya está, Iris, esto es lo que buscabas". Pero nunca llegaba ese momento.

La primera fue con Mateo. Ingeniero, ordenado hasta niveles obsesivos, tan recto que cuando reía parecía que le dolían los músculos. Estuvimos juntos dos años. Era amable, educado, responsable… y absolutamente incapaz de entender mi mundo de vídeos, ideas improvisadas, cambios de horario repentinos y necesidad de música a todas horas. Chocamos demasiado. O quizá simplemente nunca llegué a sentirlo del todo. Él quería estabilidad; yo aún buscaba algo que no sabía definir.

La segunda relación fue con Nico, un fotógrafo *freelance* con alma de nómada que vivía con la maleta siempre abierta. Duró poco más de un año. Era apasionado, divertido, un torbellino. Me enseñó mil cosas sobre la luz, los encuadres, los viajes… pero también me enseñó que yo no quería compartir la vida con alguien que desaparecía tres semanas sin avisar. "Me pilló de sorpresa un proyecto en Islandia", decía. A mí también me pillaba de sorpresa, claro.

Y la tercera fue con Álvaro. Probablemente el que más se acercó a eso que todo el mundo llamaba "pareja estable". Trabajaba en marketing digital, entendía mi trabajo, me acompañaba a eventos, incluso hacía de cámara cuando Isa no podía. Pero había algo, algo que nunca supe explicar, que me faltaba. Un hueco pequeño, pero imposible de llenar. Lo intenté. De verdad que lo intenté. Pero cada vez que pensaba en un futuro juntos… me invadía esa sensación de que la historia no era la mía.

Las rupturas fueron dolorosas, sí. Pero siempre quedaba ese pensamiento que me perseguía como una sombra amable. “No es culpa suya, Iris. Es que sigues marcada”. Lo que Isa llamaba “la huella del estonio”. Erik.

Erik Saar. Alto, rubio ceniza, ojos azules casi transparentes, siempre con un aire tranquilo que contrastaba con mi torbellino interior. Lo conocí porque mi padre, orgulloso y nervioso a partes iguales, me llevó un día a una fiesta informal que *Nordikon* organizaba cada año. Yo tenía dieciocho años, acababa de entrar en la universidad y me sentía increíblemente adulta porque llevaba tacones por primera vez en un evento serio. Aún recordaba que me tropecé en la alfombra de la entrada y él, que estaba hablando con un grupo de gente, fue el único que se fijó y sonrió como si le hiciera gracia. A la Iris de dieciocho años aquello le pareció fascinante. A la de treinta… bueno, también.

Nuestra historia duró tres años. Tres años raros, bonitos, intensos y a escondidas. Nunca fuimos oficialmente nada. No había etiquetas, ni aniversarios, ni fotos juntos. Pero había cenas donde se nos olvidaba el mundo, paseos nocturnos por Madrid, miradas que decían más de lo que nos atrevíamos a admitir y una complicidad que aún hoy, cuando la recordaba, me daba un pellizquito en el pecho.

Él ya trabajaba para *Nordikon* y estaba en plena formación para asumir más responsabilidades. Viajes, reuniones, estrés, presión. Yo estudiaba, hacía mis primeros trabajitos en redes, soñaba despierta y le quería más de lo que se podía querer a alguien cuando una aún estaba aprendiendo quién es.

Y eso fue parte del problema. Él era diez años mayor. Él tenía un camino trazado. Yo apenas empezaba. Mi padre lo sabía y lo temía. “No es para ti”, me dijo una vez. Pero en ese momento yo no podía verlo.

La historia terminó casi como empezó: sin ruido. Un día él se fue. A Tallin. A su país. Dijo que era lo mejor, que necesitaba centrarse en su futuro y que Madrid ya no encajaba. No hubo discusiones, ni finales dramáticos, ni promesas que se romperían después. Solo se fue. Y yo me quedé con su número en la agenda y un silencio enorme.

Nunca me llamó. Yo tampoco. Pero no borré su contacto. Ese gesto mínimo que no significaba nada y, al mismo tiempo, lo significaba todo.

Y ahora, doce años después de aquel primer tropiezo sobre una alfombra, yo estaba en mi salón, mirando el Retiro desde mi ventana, recordando a Erik sin querer hacerlo. Recordando nuestra historia. Recordando todo lo que vino después. Y consciente, aunque no quisiera admitirlo en voz alta, de que ninguna de mis relaciones había conseguido arrancarlo del todo.

Quizá porque el primer amor no se olvida. O quizá porque, en mi caso, nunca llegó a terminar del todo.

Por la tarde me dediqué por completo a preparar el vídeo que publicaría más tarde. Estaba decidida a mostrar una serie de *outfits* pensados para salir un viernes por la noche o para un fin de semana en el que la cena y la copa fueran protagonistas. Mi estudio improvisado en el salón estaba listo: la cámara montada, el trípode firme, luces encendidas y el fondo con una cortina clara que daba sensación de amplitud y calma, a pesar de mi habitual caos.

Elegí cuatro looks que reflejaban exactamente mi estilo: un híbrido entre casual chic y colores que a veces desentonaban, pero que siempre funcionaban en mis vídeos gracias a la confianza y el humor que ponía al mostrarlos. Primero uno sencillo: vaqueros rotos, camiseta blanca *oversize* y chaqueta de cuero. Mientras giraba frente a la cámara, añadí un comentario en voz alta, algo que nunca faltaba en mis vídeos.

—Y sí, sé que parece que le he robado la chaqueta a alguien, pero no, es mía, lo prometo.

Reí sola, mientras ajustaba la luz y el ángulo.

El segundo look fue un vestido mini estampado, con botas altas y un abrigo largo. Intenté caminar frente a la cámara como si fuera una pasarela, pero terminé tropezando con un cable.

—Beber con moderación, que si no luego nos levantamos con resacón —dije riendo, improvisando mientras recogía el tacón caído.

Era una broma dirigida a los espectadores: siempre incluía comentarios absurdos sobre la vida real, errores y caídas, porque eso era lo que hacía que la gente conectara conmigo.

El tercero fue algo más atrevido: falda lápiz, blusa satinada y tacones rojos. Ensayé un giro frente al espejo mientras grababa y, como era habitual, hice una caída suave que terminé con un comentario de los míos.

—Bueno… si me rompo un tobillo, espero que el médico de la ambulancia al menos sea simpático y agradable a la vista —hice un guiño y una leve burla con la lengua.

Subí la voz y reí; sabía que mis seguidores iban a agradecer la autenticidad del momento.

El cuarto look cerraba con un estilo más relajado: pantalones anchos, top brillante y una chaqueta *oversize* con hombreras exageradas. Me miré al espejo y sentí una mezcla de satisfacción y agotamiento: había logrado mostrar cada estilo, cada caída, cada comentario espontáneo que hacía mis vídeos únicos. Era cansado, sí, pero gratificante.

Cuando terminé de grabar, revisé el material. Edité rápidamente los fragmentos, añadiendo música, textos y efectos que hacían el contenido más dinámico. Me divertí, como siempre. Aunque, en el fondo, sentía esa sensación de vacío que a veces aparecía cuando el trabajo estaba hecho y aún quedaba tiempo libre antes de la noche. Un silencio que me recordaba que mis relaciones no habían llenado ciertos espacios. Y, claro, que Erik siempre aparecía de vez en cuando en mi memoria.

Apagué la cámara y me tumbé en el sofá un momento, mientras enviaba el borrador del vídeo a Isa para que lo revisara. En cuanto recibí su mensaje de vuelta, supe que la noche no terminaría tranquila. Isa tenía una habilidad increíble para convertir cualquier tarde aburrida en un plan imposible de ignorar.

—Iris, cariño, vente hoy —me dijo en un mensaje de voz, con esa urgencia habitual—. Tengo plan y no acepto un no por respuesta.

Reí al escucharla. Isa podía ser agotadora a veces, pero nadie mejor que ella sabía cómo sacarme de la rutina. Además, sabía que mi vida social necesitaba un poco de adrenalina y risas sin planear demasiado.

—¿Qué plan? —pregunté mientras me levantaba, masajeándome la nuca —. Bueno, da igual, el que sea, me apunto.

—Cena, copa, risas y alguna que otra tontería que ni te imaginas. Prepárate.

Sonreí y fui a mi habitación a cambiarme, mientras pensaba en qué *outfit* sería adecuado. No quería repetir los looks del vídeo, pero tampoco exagerar. Escogí algo cómodo, pero con estilo, que me permitiera moverme, reír y quizá, si la noche lo requería, hacer algún tropiezo épico sin romper el tacón.

Mientras me arreglaba, me sorprendí a mí misma sonriendo sola frente al espejo. Esa sensación de anticipación, de pequeña aventura, siempre me había gustado. Era ligera, divertida y real. Y necesitaba eso esa noche.

Capítulo 2



Iris

Salí de casa con la sensación de que aquel viernes había sido demasiado extraño para ser un viernes cualquiera. Entre grabar los vídeos, preparar los *outfits* y el recuerdo de Erik que no dejaba de dar vueltas en mi cabeza, necesitaba desconectar. Y nada mejor que Isa, una cena y risas que no tuvieran nada que ver con recuerdos antiguos ni exnovios que habían quedado en el cajón de la nostalgia.

El bar donde habíamos quedado estaba a medio camino entre mi piso y el centro de Madrid, un local acogedor, con luces cálidas, paredes de ladrillo visto y mesas altas que invitaban a charlas largas con copas en la mano. Nada pretencioso, pero con un encanto que hacía que pareciera el escondite perfecto para dos amigas que necesitaban ponerse al día.

—¡Iris! —me gritó Isa desde la puerta, con esa mezcla de entusiasmo y teatralidad que siempre la acompañaba—. ¡Llegas tarde! Y mira que solo son cinco minutos desde tu castillo del Retiro.

Reí mientras la abrazaba. Isa era así: energía pura, sarcasmo en vena y una sonrisa capaz de iluminar toda la calle. Su cabello negro brillaba bajo la luz del bar y su abrigo largo la hacía parecer sacada de una revista de moda. Me dejé arrastrar hasta la mesa mientras nos hacíamos sitio entre otras amigas y conocidos que ya ocupaban algunos rincones.

—He tenido un día larguísimo —dije mientras me sentaba—. Entre vídeos, correos y ese caos que llamo vida, necesitaba esto como el aire.

—Te entiendo —me respondió, con la típica mirada que mezclaba comprensión y diversión—. Pero no te preocupes, que yo traigo planes, cotilleos y suficiente vino para que te olvides de todos tus dramas laborales.

Pedimos la primera ronda y empezamos a hablar. Como siempre, la conversación fluyó sin pausa. Hablamos del trabajo, de los retos de crear contenido constantemente, de los *reels* que habían salido mejor de lo esperado y de los que, por mucho que intentara, siempre parecían un desastre. Yo me reía de mis propios errores, Isa se reía de los de ambas, y de vez en cuando intercambiábamos miradas cómplices cuando alguna anécdota nos recordaba que nuestras vidas, aunque distintas, se entrelazaban en la risa constante.

—Bueno, ¿qué planes tienes para el fin de semana? —preguntó cogiendo su copa de vino.

—Este sábado me voy a quedar en casa —dije mientras removía mi bebida —. Tengo que organizar toda la ropa que me ha llegado para los vídeos y *reels*. Es un caos total, y si no lo hago ahora, nunca encontraré nada la próxima semana.

—Perfecto —dijo Isa, volteando los ojos con dramatismo—. Mientras tú te conviertes en la nueva Ratita Presumida de Instagram, yo tengo planes divertidos. He quedado con unos compañeros del trabajo para pasar la noche del sábado en casa de uno de ellos. Tengo la sensación de que, por fin, el tipo que me gusta va a mover ficha.

Nos reímos a carcajadas, chocando nuestras copas mientras el camarero nos traía otra ronda de vino. La cena estaba deliciosa: pequeñas tapas que nos permitían comer y hablar al mismo tiempo, platos que combinaban sabores españoles con un toque internacional y postres que solo mencionarlos hacían que se nos hiciera la boca agua de lo buenísimos que estaban. Porque, seamos sinceras… ¿A quién no le gusta un buen postre dulce? Pues eso.

—Y el domingo, como siempre, como en casa de mis padres —comenté mientras cortaba un trozo de tortilla—. Nada como la comida de mi madre.

Siempre digo que voy a aprender a cocinar igual de bien, pero nunca lo consigo.

—Claro, y mientras tú comes la tortilla perfecta, yo me imagino la cara de tu madre al mirarte con esas historias de vídeos y tacones por toda la casa —dijo Isa, riendo—. Es genial que tengas esa relación tan buena con ellos.

Entre risas, anécdotas y gestos exagerados, pasamos al tema de nuestras vidas amorosas. Isa no dejaba de lanzar indirectas sobre sus propios ligues y la posibilidad de que finalmente su amor platónico del trabajo moviera ficha. Yo escuchaba, me reía y me sentía parte de esa burbuja de diversión que hacía que el estrés de la semana desapareciera por completo.

—Es increíble cómo cambia todo con un par de copas y risas —dije mientras miraba mi copa y sorbía un poco de vino—. Creo que necesitaba esto más de lo que pensaba.

—Te lo dije —respondió, golpeándome suavemente con el hombro—. A veces, lo único que necesitamos es alguien que nos arrastre fuera del caos, aunque sea solo un ratito.

Las bromas se sucedían unas a otras. Comentábamos la moda, el trabajo, los últimos *reels* que habíamos visto en Instagram y cómo algunos *influencers* parecían vivir en un mundo paralelo. Isa no dejaba de reír cuando le contaba mis desastres recientes grabando vídeos, y yo me reía de sus comentarios sarcásticos, pero siempre certeros.

—A ver, Iris —me dijo mientras tomaba un sorbo de vino—. Necesitas una aventura. No hablo de algo serio, solo de algo salvaje, sin compromisos. Te vendría bien.

—No, gracias —respondí, con una sonrisa ladeada—. No quiero aventuras ahora.

—Pero, ¿no te acuerdas de hace una década? —insistió, como era habitual en mi mejor amiga, con esa mirada intensa que solo tenía cuando sabía que había tocado un punto sensible—. Tu aventura explosiva con aquel tipo mayor… Sí, sí, Erik. Te quedaste tan tocada que ninguno de tus otros novios ha sido suficiente.

Me quedé unos segundos pensativa. Isa tenía razón en parte, pero no del todo. No era solo por Erik, sino porque sentía que algo siempre faltaba. No me enamoraba perdidamente como debería, y eso me dejaba esa sensación de vacío que nada conseguía llenar.

—No es solo por eso —respondí, con un suspiro—. Es que siento que me falta algo, y nada más.

Mientras hablábamos, observé cómo el local se iba llenando poco a poco. Entre la música, la luz tenue y el murmullo de las conversaciones, era imposible no dejarse llevar por la energía del lugar.

Y seguimos charlando y bromeando, dejando a un lado mi vida amorosa, o, mejor dicho, la inexistencia de esta. Nos reímos tanto que tuvimos que apoyarnos en la mesa para no caernos de las sillas. Y fue en ese momento cuando le dije, entre risas y sorbos de vino:

—Si no fuera por ti, no sé qué sería de mi vida.

—Tendrías una vida aburrida de monja. Y lo sabes —contestó, mirándome con complicidad, mientras chocábamos nuestras copas y el bar seguía vibrando con la música y las historias sin final.

Después de reírnos hasta dolernos la mandíbula en la cena, Isa me arrastró al local de copas que estaba de moda desde hacía unos meses. Nada más entrar, el ambiente me golpeó: luces de colores suaves, música electrónica mezclada con ritmos urbanos, gente moviéndose con una energía que parecía contagiosa y un aroma indefinible a perfume caro y alcohol mezclado. Todo el mundo parecía consciente de que la noche estaba hecha para perderse un poco.

—Vamos a tomarnos algo y a ver qué pasa —me dijo Isa, cogiendo mi mano y arrastrándome hacia la barra—. Prométeme que vas a soltar la risa que llevas de serie.

—Prometido —respondí, mientras me acomodaba en un taburete y miraba alrededor.

Pedimos nuestra primera copa: un gin tonic para Isa y un cóctel afrutado para mí. Mientras la mezclaba y jugaba con la pajita, sentí cómo la música empezaba a meterse bajo mi piel. Isa, como siempre, estaba lista para lanzarse a la pista de baile sin avisar.

—Vamos a movernos un poco —me dijo, sonriendo—. Que no se diga que Iris Sáez no sabe cómo disfrutar de una noche de viernes.

Nos levantamos y, entre risas y pasos torpes, nos abrimos camino hacia un pequeño espacio que parecía improvisado para bailar. No éramos expertas, pero no importaba: nos reíamos cada vez que nos tropezábamos, chocábamos codos o girábamos de más. La diversión era completa, sin pretensiones, y eso me encantaba.

—Iris —susurró Isa entre un par de movimientos de baile—. Ese tipo de la barra no deja de mirarte.

Me giré discretamente, intentando que no se notara demasiado, y lo vi. Sonreía mientras levantaba su vaso de whisky hacia mí. Reí de vuelta, divertida, y volví a centrarme en Isa, aunque no pude evitar notar cómo su mirada me seguía con curiosidad. No era un tipo pesado ni agresivo; había algo en su gesto, en su sonrisa, que me resultaba extraño, casi desafiante.

—Deberías tener una aventura salvaje —insistió Isa mientras me cogía del brazo—. Sin pensar, sin compromisos.

—No —dije con tanta firmeza como podía en ese momento—. Ya te he dicho que no quiero aventuras.

—Venga, Iris —dijo con un guiño—. Recuerda lo que pasó hace una década. Te dejaste llevar y tuviste la aventura más alucinante de tu vida. Y no lo digo yo, que eso me lo dijiste tú misma.

Suspiré, girando la mirada hacia la barra. Isa tenía razón, en parte. No era solo por Erik, sino porque sentía que ninguna de las relaciones que había tenido después de él no fueron tan alucinantes. Pero tampoco quería volver a esas emociones por impulso.

En ese momento, el tipo decidió acercarse. Se movió entre la gente con seguridad y, cuando llegó a nuestra altura, nos ofreció una copa:

—Buenas noches —dijo, con voz grave pero amable—. ¿Puedo invitaros a una copa y a bailar un poco?

Isa arqueó una ceja y sonrió con malicia:

—Gracias, pero somos lesbianas y estamos esperando a la tercera mosquetera para montarnos un trío salvaje.

Mi mandíbula cayó en picado, mientras él solo se rio.

—Si queréis un cuarto para el juego, contad conmigo —dijo, antes de alejarse, dejando tras de sí un aire de diversión y desconcierto.

Nos quedamos mirando cómo se iba. Me giré hacia Isa con los ojos desorbitados.

—Estás loca —dije, riendo sin control.

—Sí —dijo ella, con una sonrisa traviesa—. Pero así nos ahorramos soportar al moscón pasadito de copas que nos habría metido la lengua hasta la garganta y la mano hasta el estómago, y nos habría dejado con las ganas.

Y sí, me tuve que reír porque mi mejor amiga tenía cada ocurrencia que era para enmarcar. Entre copas, música y el ruido del local, sentí cómo la noche se transformaba en una especie de burbuja donde nada importaba excepto reír y vivir el momento.

Seguimos bailando, girando y dejándonos llevar por la música. Cada risa, cada comentario absurdo, cada gesto cómplice con Isa, hacía que todo el resto del mundo desapareciera. Y aunque el chico de la barra seguía mirándome de vez en cuando, decidí ignorarlo y concentrarme en la energía que nos rodeaba.

La noche avanzaba, las copas se sucedían y la pista de baile parecía no tener fin. Isa y yo inventábamos coreografías improvisadas, imitábamos movimientos de otros que parecían expertos y nos reíamos hasta quedarnos

sin aliento. La sensación era perfecta: un escape total, un pequeño universo donde no existían recuerdos, compromisos ni expectativas.

En un momento, Isa se acercó a mí y, con un tono de conspiración, me susurró:

—Te lo dije. Esta noche tenía algo. No sé si será él o algo peor, pero necesitabas esto.

Asentí, tomando un sorbo de mi cóctel. Tenía razón. La vida cotidiana, el trabajo, los vídeos y los recuerdos de Erik habían creado un ambiente pesado que necesitaba soltarse. Esa noche era de risa, música y complicidad.

Y mientras miraba a Isa y al resto de gente que había en el local, comprendí que no todo en la vida tenía que ser serio. Que había momentos en los que reír hasta doler era suficiente, y que la diversión compartida era un antídoto perfecto contra los recuerdos que insistían en aparecer.

El reloj seguía avanzando, pero nosotras éramos inmunes al tiempo. Bailábamos, charlábamos y reíamos. Esa noche era nuestra, sin reglas, sin expectativas y con la certeza de que, a veces, solo necesitabas alguien que te arrastrara fuera de la rutina para recordar lo que significaba sentirse viva.

Capítulo 3



Iris

El domingo siempre tenía un ritmo distinto, más lento, casi indulgente.

Cuando salí del ascensor y recorrí el último tramo hasta la puerta de mis padres, me invadió esa mezcla de nostalgia y cariño que solo te provocaba la certeza de que volvías a tu hogar, aunque fuera solo por unas horas. Pulsé el timbre y esperé mientras escuchaba el eco de mis pasos en el pasillo, sintiendo cómo el corazón me daba pequeños saltos de anticipación.

—¡Iris! —la voz de mi madre llegó clara y cálida desde el otro lado—. ¡Pasa, cielo! —dijo al abrir la puerta y allí estaban los dos.

Mi madre, Carmen, con su cabello rubio canoso perfectamente recortado, los ojos azules brillantes y esa sonrisa que siempre parecía iluminar cualquier rincón del piso. Mi padre, Leandro, con su cabello blanco impecable, gafas metálicas y un jersey gris que era casi como su uniforme de jubilado reflexivo, me esperaba en el recibidor, con los brazos cruzados y una mirada serena que contrastaba con la energía de mi madre.

—Mira quién ha decidido aparecer por aquí —bromeó mi madre, dejando de lado la regadera que sostenía en la mano para abrazarme—. ¡Qué alegría verte!

—No podía faltar a la comida del domingo —respondí, abrazándola con fuerza—. Además, alguien tiene que vigilar que el jefe de la casa no se quede

dormido en la terraza.

Mi padre esbozó una sonrisa leve y asentó con la cabeza:

—Yo vigilo más cosas de las que crees, hija. Pero bueno, un poco de supervisión extra nunca viene mal.

Reímos y fuimos hasta el salón, y lo primero que me golpeó fue la familiaridad del lugar. Mi infancia parecía haberse quedado incrustada en cada rincón: los muebles de madera oscura que habían sobrevivido décadas, los cuadros familiares colgados con una precisión casi obsesiva por parte de mi padre y esos pequeños detalles de modernidad que mi madre había ido incorporando con el paso de los años: cojines coloridos, lámparas de diseño y el aroma sutil de vainilla que flotaba por la casa.

—¿Y cómo van esos puzles de madera en 3D, papá? —pregunté mientras pasábamos al comedor.

Mi padre sonrió con orgullo y levantó las manos mostrando los dedos con manchas de barniz:

—No es solo un pasatiempo, hija. Es arte. Mira, el último que he terminado es este puente —dijo señalando una pieza que descansaba sobre la estantería—. Me costó casi un mes, pero el resultado ha valido la pena. Ya sabes, uno tiene que mantener la mente activa incluso después de jubilarse.

—Papá, eres un genio —dije entre risas—. Yo sigo sin entender cómo consigues que las piezas encajen tan perfectamente. Yo con mis tutoriales fallidos de cocina ya me doy por satisfecha si no incendio la casa.

Mi madre soltó una carcajada que resonó por el salón:

—¡Ay, Iris! Siempre con tus historias. No cambies nunca, cariño.

Nos acomodamos en el comedor, y mientras me servían un café recién hecho, no pude evitar mirar hacia la terraza. La puerta estaba abierta y dejaba pasar la luz del sol de marzo, que iluminaba las plantas que mi madre cuidaba con esmero durante todo el año. Me acordé de las tardes de verano, tumbada en la tumbona, con música de fondo, el sol calentándome la piel y un libro en

la mano. Aquellos momentos eran pequeños tesoros, y cada vez que volvía, sentía que recuperaba un poco de esa calma.

—¿Y a ti cómo te va todo en el trabajo? —preguntó mi padre, con la seriedad que siempre ponía en sus preguntas.

—Bien, muy bien —respondí—. Ya sabes, creando contenido, haciendo reír a la gente mientras aprenden de mis desastres. No es lo mismo que tu contabilidad meticulosa, pero cumple.

—Siempre me ha sorprendido tu creatividad, hija —dijo mi padre—. Tu madre y yo siempre hemos sabido que tenías algo especial, algo que te distingue. Y sí, a veces no entendemos muy bien cómo funcionan estas redes sociales, pero vemos que eres feliz, y eso nos basta.

—Papá… —dije con un nudo en la garganta, sonriendo—. Gracias.

El resto de la mañana transcurrió entre risas, anécdotas de mi infancia y algunas bromas que solo mi madre podía permitirse sin que nadie se ofendiera. Mi madre me llevó de un lado a otro por el piso, mostrando las pequeñas renovaciones que había hecho en la última semana, siempre con entusiasmo y esa manera de hablar bajito que me hacía escuchar cada palabra con atención.

—Mira la cocina, cariño —dijo señalando el nuevo juego de utensilios—. Ahora parece un restaurante, pero sin la presión de los clientes.

—Está perfecta, mamá. Aunque creo que seguirás usando tus recetas desastrosas igual que siempre —bromeé.

Mi padre se unió a la conversación desde la terraza, con un puzle de madera en la mano:

—Y no olvides que ahora la terraza también tiene su toque artístico. Este castillo que terminé el otro día es mi obra maestra. —Se giró hacia mí con una sonrisa leve—. Algún día tendrás que venir y enseñarme cómo encajas tus ideas caóticas en algo tan estético como esto.

Me reí mientras me acercaba a la terraza, disfrutando de la brisa fría y del olor de las plantas de mi madre. El piso de mis padres estaba en el centro de Madrid, un lugar donde los ruidos de la ciudad se mezclaban con la tranquilidad de nuestro hogar. Desde la terraza, podía ver los tejados antiguos, las chimeneas y los edificios que parecían contar historias de otras vidas. Siempre había sido mi refugio secreto, un lugar donde podía ser yo misma sin máscaras ni filtros, un contraste perfecto con la vida pública que llevaba frente a la cámara.

Mientras miraba el horizonte, recordé aquellos domingos en los que corría por el salón siendo una niña, y mi madre me seguía con la cámara para grabar mis tropiezos. Ahora, años después, la esencia era la misma: risas, complicidad y un amor silencioso que se sentía en cada rincón.

La conversación derivó hacia recuerdos de mis abuelos, historias de familia y los pequeños rituales de nuestra vida cotidiana. Mi padre, siempre prudente y analítico, nos contaba cómo se sentía al haber terminado su etapa laboral y cómo los puzles le daban la sensación de logro y control que antes encontraba en los números y las cuentas. Mi madre, como siempre, añadía su toque cálido y humorístico, comentando cómo mi padre se tomaba muy en serio incluso los pequeños desafíos de la vida cotidiana.

Cuando el reloj comenzó a marcar la hora de la comida, sentí esa mezcla de satisfacción y nostalgia que siempre me acompañaba en estas visitas. Sabía que la tarde aún nos deparaba risas y conversaciones infinitas, y que la magia del hogar de mis padres me iba a envolver como siempre, recordándome que no importaba dónde estuviera, siempre habría un lugar al que volver.

Nos sentamos a la mesa y el olor de la comida recién hecha me hizo suspirar de placer. Mi madre siempre había tenido un talento especial para combinar platos sencillos con un toque de magia casera, y aquel domingo no era la excepción: un guiso de pollo con verduras que desprendía un aroma irresistible y unas patatas al horno perfectamente doradas. La mesa estaba cubierta con el mantel de lino blanco que guardaba para ocasiones especiales, y los platos de cerámica antigua brillaban bajo la luz cálida del comedor.

—Mira, cariño, he hecho tu plato favorito —dijo mi madre mientras servía con cuidado—. Y va a sobrar para que te lleves un táper. Espero que no estés

demasiado ocupada con tus aventuras de fallos glamurosos como para disfrutar de algo decente.

—Nunca subestimes el poder de uno de tus guisos, mamá —respondí, tomando asiento y oliendo el aroma reconfortante—. Aunque con mis tropezones diarios, este guiso me va a venir de lujo.

Mi padre se sirvió un poco de vino y me miró con esa seriedad que siempre le caracterizaba.

—¿Sigue la gente esperando tus desastres para reírse? —preguntó con una sonrisa casi imperceptible, pero que yo sabía que estaba ahí.

—Sí, papá —dije, sonriendo a mi vez—. La gente parece disfrutar viendo cómo intento hacer recetas, taconear con gracia o simplemente caerme de la manera más ridícula posible. Es un trabajo duro, pero alguien tiene que hacerlo.

La conversación derivó, como siempre, hacia sus amigos. Mi madre, con ese tono bajo y lleno de complicidad, empezó a enumerar a los hijos solteros de sus amistades.

—Mira, cariño —empezó—. Hay cuatro chicos encantadores que podrían ser perfectos para ti. Uno acaba de regresar de Londres, donde ha trabajado seis años. Lo han trasladado de nuevo a Madrid para un puesto de directivo en la multinacional donde trabaja desde hace una década.

—Cierto, y es un chico de lo más formal —añadió mi padre.

—Papá, mamá… —dije, intentando no reír—. Os quiero mucho, de verdad, pero por favor, basta con estas citas planeadas. No necesito que me presentéis a nadie, estoy bien.

—Vamos, Iris —intervino mi madre, con un guiño—. Solo estamos sugiriendo, no obligando. Además, todos ellos son majísimos.

—Seguro que el de Londres tiene un acento perfecto y habla varios idiomas.

—Sí, sí, y es muy correcto —añadió mi padre—. Pero más allá de eso, es un chico responsable, atento… vamos, que cualquier padre estaría contento de que su hija conociera a alguien así.

Suspiré sin decir nada más porque sabía que mi padre tenía esa espinita clavada desde mis dieciocho años, cuando conocí a Erik.

Hablamos durante la comida sobre los demás chicos, con detalles sobre sus trabajos, aficiones y carácter. Mi madre no dejaba de sonreír, como disfrutando el simple hecho de imaginar posibles futuros maridos para mí, mientras mi padre aportaba comentarios prácticos y analíticos, intentando no dejarse llevar demasiado por la emoción de mi madre. Todo esto sucedía entre carcajadas, bromas sobre mis tropiezos y comentarios sobre la vida, con el aroma de la comida llenando cada rincón del piso.

—Bueno, cariño —dijo finalmente mi madre mientras recogía los platos —. Solo quiero que sepas que te queremos y queremos verte feliz, pero no te estamos obligando a nada. Es solo… sugerencias de amigas preocupadas por tu soltería.

—Lo sé, mamá —dije, sonriendo con afecto—. Os quiero muchísimo, pero de verdad, dejad de buscarme candidatos. Estoy más que ocupada siendo yo misma, y eso es suficiente por ahora.

Después del café, que tomamos en la terraza mientras el sol comenzaba a bajar y las luces de Madrid empezaban a encenderse, me despedí de mis padres con abrazos largos y cálidos, sintiendo la paz que siempre me dejaba volver allí.

—No tardes demasiado en volver —dijo mi madre—. Y cuidado con las aceras resbaladizas, que ya sabes que Madrid en invierno no perdona.

—Lo prometo, mamá —respondí mientras caminaba hacia la puerta—. Gracias por todo, como siempre.

De camino a mi piso, el viento frío de la tarde me recordó lo ajetreado que podía ser Madrid, incluso un domingo.

Abrí la puerta de mi apartamento, dejé la bolsa en la entrada y me dirigí a la cocina para guardar el táper que me había dado mi madre y preparar algo que me reconfortara: un chocolate caliente espeso, con un poquito de nata. Mientras lo hacía, sentí cómo los recuerdos del almuerzo y las risas con mis padres se mezclaban con la calidez del chocolate recién hecho.

Me acomodé en el sofá, envolviéndome en una manta suave, y abrí el libro que había empezado el día anterior. La primera página me llevó a otro mundo, pero aún podía escuchar la voz de mi madre en la cabeza, con sus bromas, y la de mi padre, con sus reflexiones discretas. Incluso el modo en el que me hablaban de esos cuatro chicos solteros que parecían ser perfectos para mí.

Todo parecía perfecto, un momento de tranquilidad que me pertenecía únicamente a mí.

Fue entonces cuando sonó el móvil. Al principio pensé que sería un mensaje cualquiera, publicidad de algún tipo, o incluso Isa para hacerme salir de casa y tomar café y pasteles en su piso, pero al ver la pantalla mi corazón dio un vuelco.

—*Erik* —murmuré en un leve susurro para mí misma.

Mi primer amor, el que siempre supe que nunca olvidaría. El hombre que había ocupado mis pensamientos desde la adolescencia hasta la actualidad, aunque la vida nos hubiera separado, aparecía ahora con solo un nombre iluminando la pantalla. Sentí un torbellino de emociones: sorpresa, nostalgia, nervios y una extraña alegría que no podía definir.

No quise contestar inmediatamente; me quedé unos segundos mirando el nombre, mi chocolate caliente humeando en la mesa, el libro abierto pero olvidado en mis manos. La memoria me llevó a esos días de juventud, a los primeros nervios, las sonrisas robadas, los silencios compartidos y esa sensación indescriptible de que todo era posible mientras él estaba cerca.

Finalmente, respiré hondo, con el corazón latiendo con fuerza, dispuesta a deslizar el dedo en la pantalla y descolgar, dispuesta a escuchar su voz una vez más después de nueve años de silencio, pero no lo hice.

No me atreví, no tuve el valor de responder. Y cuando el tono de llamada se cortó y el nombre de Erik se quedó reflejado en la pantalla, comprendí que quizás el hecho de que llevara unos días recordándole más de lo habitual debía ser por esto. Porque alguien o algo me indicaba que quizás algo así podría pasar sin que yo fuera consciente ni lo supiera con certeza.

Capítulo 4



Iris

Me quedé sentada en el sofá, envuelta en la manta, con el chocolate caliente ya casi frío sobre la mesita. El libro permanecía abierto en mi regazo, pero no lo leía. Mis ojos estaban clavados en la pantalla del móvil, que brillaba con el nombre que había alterado por completo mi tarde tranquila: Erik.

Después de tantos años, después de tantas noches en las que me había preguntado cómo estaría, qué habría sido de él, si alguna vez pensaría en mí de la misma manera… allí estaba su nombre, iluminando la pantalla, como un fantasma del pasado que se negaba a desaparecer.

No había cogido esa llamada porque no sabía qué decirle. Ni siquiera estaba segura de qué sentir. ¿Rabia? ¿Alegría? ¿Miedo? ¿Una mezcla de todo eso, triturándome por dentro? Después de nueve años, un domingo cualquiera de marzo, recibía una llamada suya, y mi mente se negaba a aceptar que realmente estaba pasando.

Me mordí el labio inferior, tratando de mantener la calma, respirando hondo. El café de la mañana aún me calentaba la garganta, pero mi corazón latía como si hubiera corrido una maratón. Erik. Nueve años. Y de repente, él llamaba.

¿Por qué ahora? Pensé en todas las posibilidades. Tal vez algo grave, tal vez un arrepentimiento tardío, tal vez… simplemente nostalgia. Pero no podía

ignorar la punzada de miedo que se instalaba en mi estómago. Porque, si bien me decía a mí misma que estaba bien, que había pasado página, que había aprendido a vivir con los recuerdos, la verdad era que nunca lo había olvidado. Nunca.

Mi dedo tembló sobre la pantalla. Llamarle o no llamarle, esa era la cuestión. Podría fingir indiferencia, que diera por hecho que había borrado su número y que, al no tenerlo entre mis contactos, podría estar ocupada y esta no ser más que una llamada cualquiera, pero ¿y si era algo importante? ¿Y si había esperado todos esos años para comunicarse y yo lo ignoraba? ¿Me arrepentiría para siempre de no haber contestado?

Respiré hondo de nuevo, intentando calmar la tormenta de pensamientos que me recorría. Cerré los ojos por un instante, recordando su voz, su risa, la manera en que siempre me hacía sentir especial con una sola mirada. Y luego abrí los ojos de golpe. No podía. No sabía si estaba preparada.

La llamada perdida estaba ahí, pidiéndome a gritos que hiciera algo, devolverla o mandar un mensaje preguntando quién llamaba, fingiendo no saberlo. Pero…

Me quedé mirando el móvil durante varios minutos, incapaz de moverme, de pensar con claridad. ¿Qué querría de mí? ¿Por qué llamaba después de tantos años? ¿Acaso había pensado en mí todo este tiempo y ahora, finalmente, se atrevía a buscarme? El corazón me daba pequeños saltos cada vez que imaginaba su sonrisa, su tono de voz, el modo en que sus ojos azules podían penetrar directamente en mi alma.

Dejé el libro sobre la mesa junto al chocolate frío y olvidado. Me levanté y caminé hacia la ventana, apoyándome en el cristal frío mientras miraba el cielo gris de Madrid. La ciudad seguía su ritmo, ajena a la tempestad que me recorría por dentro. Traté de ordenar los pensamientos, de racionalizar la situación. Pero todo lo que lograba era sentir cómo la ansiedad y la emoción se mezclaban, haciéndome sentir viva y vulnerable al mismo tiempo.

Finalmente, después de lo que me parecieron horas, pero que apenas fueron unos minutos, decidí que tal vez… tal vez debería devolverle la llamada. No sabía si por curiosidad, por nostalgia, por miedo o por algún impulso que no lograba controlar, pero sentí que debía hacerlo. Abrí la

aplicación de llamadas, y mis dedos comenzaron a temblar sobre el icono de Erik. Y justo cuando estaba a punto de marcar, el móvil vibró de nuevo.

Mi corazón se saltó un latido. Temblé y levanté la mirada hacia la pantalla. Allí estaba, otra vez: Erik. Sin número desconocido, sin intermediarios, solo su nombre iluminando mi mundo. Esta vez no dudé. Deslicé el dedo y contesté.

—Hola… —Mi voz salió más temblorosa de lo que hubiera querido admitir, pero intenté mantener cierta calma.

—Hola, Iris —su voz, tan clara y perfecta como la recordaba, atravesó el auricular y me hizo estremecer—. Soy yo.

No hizo falta que dijera su nombre; con su simple voz al otro lado de la línea era más que suficiente para mí para saber quién me llamaba.

Mi corazón se aceleró y me obligué a respirar hondo antes de hablar. Solo escucharle era como retroceder años en el tiempo, a todos esos momentos que había guardado en secreto, momentos que me habían hecho reír, llorar y desearlo de formas que nunca había confesado.

—Erik… —dije finalmente, dejando que el nombre saliera de mis labios —. Hace… hace mucho que no sé nada de ti.

—Sí —respondió él, con un tono suave, casi melancólico—. Demasiado tiempo.

Sentí un nudo en la garganta y me mordí el labio para no soltar un suspiro demasiado evidente. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué llamaba ahora?

—¿Estás bien? —pregunté, intentando que mi voz sonara casual, aunque cada palabra me costaba—. Yo… estoy bien. ¿Y tú?

—También estoy bien —dijo, y esa simple respuesta me hizo estremecer otra vez—. Pero no estoy llamando solo para hablar de cómo estamos, Iris.

Mi corazón dio un vuelco.

—Ah, ¿no? —dije, conteniendo la respiración—. Entonces… ¿Por qué llamas después de nueve años?

Hubo un silencio, solo roto por el sonido distante de la ciudad, y luego su voz volvió:

—Porque quiero verte.

Las palabras flotaron en el aire y casi me hacen soltar el móvil. Quise reír, llorar y gritar al mismo tiempo.

—¿Estás en Madrid? —pregunté, intentando sonar despreocupada, aunque mi mente comenzaba a dar vueltas frenéticamente.

Él se rio, un sonido profundo que reconocí al instante, y me estremeció.

—No, no he viajado a Madrid desde que me marché. Quiero verte, pero… en Tallin.

Mi mente se bloqueó. Tallin. La ciudad donde nació y donde regresó nueve años atrás. El lugar que eligió para olvidar lo que habíamos tenido.

—¿Para qué quieres que viaje hasta allí? —pregunté, tratando de mantener la calma.

—Necesito hablar contigo sobre algo que no puedo contarte por teléfono —dijo, con seriedad en la voz.

Me quedé en silencio, paralizada. El chocolate olvidado, la manta sobre mis piernas, todo desapareció en un segundo. Sentí un torbellino de emociones: miedo, curiosidad, esperanza y un deseo irracional de que lo que tuviera que decirme fuera bueno.

Pasaron varios segundos en los que solo escuché su respiración tranquila. Finalmente, intenté racionalizar.

—Erik… cualquier cosa que quieras decirme, puedes decírmela por teléfono —dije con firmeza, aunque mi voz traicionaba la agitación que sentía.

—Hay cosas que no se pueden contar por teléfono —respondió él—. Y esta es una de ellas.

Mis pensamientos se agolparon. Tal vez después de tantos años se había dado cuenta de que todavía lo amaba de verdad, y quería recuperarme. O tal vez solo quería un encuentro rápido, un poco de sexo fácil y esperaba que yo volviera a ser su amante. Suspiré, tratando de calmarme, y dije:

—Si no puedes contármelo por teléfono… supongo que no será tan importante.

—Sí que lo es, Iris —dijo él con voz firme—. Muy importante.

—No puedes simplemente llamarme un domingo cualquiera de marzo por la tarde y decirme que vaya a verte a Tallin sin más, Erik —dije, intentando sonar lógica—. Tengo una vida, un trabajo…

—Si no fuera un asunto muy importante —me cortó—, yo mismo iría a Madrid para hablarlo, pero no puedo.

Me senté más recta en el sofá, con el corazón latiendo a mil por hora, y le dije:

—Lo pensaré… pero no te prometo nada.

Y colgué sin añadir más.

Me quedé mirando el móvil, incrédula, en shock, incapaz de procesar lo que acababa de suceder. La llamada que había esperado durante meses, esa que jamás llegó, había llegado finalmente. Y yo estaba aquí, temblando, con la certeza de que nada volvería a ser igual.

Capítulo 5



Iris

Cuando terminé de espolvorear el azúcar glas por encima del desastre que pretendía ser un bizcocho de frutos rojos, supe que ese vídeo iba directo a la categoría “fracasos glamurosos nivel experto”.

El olor a horno aún flotaba por mi cocina, mezclado con ese punto quemado que mi audiencia ya reconocía como sello personal. Apagué la cámara, respiré hondo y dejé caer los hombros.

—*Pues nada, otro éxito culinario, Iris* —murmuré, dejando la espátula dentro del fregadero.

Era martes, uno de esos martes interminables en los que el sol entraba por la ventana con intención de recordarte que deberías estar en una terraza y no haciendo de cocinera torpe en tu propio piso.

Llevaba toda la mañana grabando, repitiendo tomas absurdas de cómo NO montar una nata, de cómo no usar una manga pastelera y de cómo sí poner perdida media cocina en el proceso. A mis seguidores les encantaba, y yo admitía que me divertía, pero ese día tenía la cabeza en otra parte. En otro país, para ser exacta.

Me apoyé en la encimera, respirando ese olor dulce y un poco humillante de mi creación culinaria. El bizcocho me miraba desde la bandeja con aire

triste, como si supiera que, en cuanto apagara la cámara, nadie iba a querer comérselo. Ni yo.

Mientras recogía los cuencos, aún manchados de masa rosa, ya que había usado demasiado colorante, otra genialidad, mi mente volvió al mismo sitio en el que llevaba atascada desde el domingo por la tarde. Erik.

El nombre me atravesó como un pinchazo leve, de esos que ya no dolían, pero incomodaban. Hacía nueve años que no oía su voz tan de cerca. Nueve años desde que aquella historia que juré haber superado se quedó flotando en una especie de limbo del que nunca quise tirar demasiado.

Pero él había llamado.

Me agaché para guardar un bol en el armario bajo el fregadero, intentando no pensar en la forma en la que había dicho mi nombre. "Iris". Sin apodos, sin formalidades. Como si el tiempo no hubiera pasado. Como si yo siguiera siendo la chica de veintiún años que había pasado tres años de su vida enamorada de él y con la esperanza de la juventud de que lo nuestro tuviera un futuro, riéndose de todo. Y de nada.

Suspiré. Por enésima vez.

Había llamado, sí, había recibido esa llamada que esperé durante meses creyendo que me diría que se arrepentía y que volvía para buscarme. Ilusa. Inocente. Joven e inexperta, así era yo por aquel entonces.

Y decía que quería verme, en persona, para hablar.

¿En persona? ¿Ahora? ¿Después de nueve años? Eran demasiadas preguntas juntas para un domingo por la tarde.

Le dije que podía contármelo por teléfono. Él dijo que no. Que prefería explicarlo cara a cara. Que… que era importante. Y que necesitaba que viajara a Tallin.

Dejé la batidora sobre la encimera, aún salpicada de gotas de nata semimontada. Cogí un paño y empecé a borrar huellas pegajosas del mármol

como si así pudiera borrar también la ansiedad que llevaba dos días instalada en mi estómago. Qué podía querer ahora. Qué había pasado. ¿Por qué yo?

Pensé en él, en su voz, en esa calma tensa que tenía cuando algo de verdad le preocupaba. No era un hombre impulsivo, nunca lo había sido. Para que me pidiera algo así… tenía que ser realmente serio.

Abrí el lavavajillas y empecé a meterlo todo dentro sin demasiado criterio. El bol grande arriba, las cucharas abajo, la bandeja de horno como encajara. Lo importante era mover las manos. Hacer ruido. No quedarme en silencio, porque el silencio siempre había sido el peor enemigo de mis pensamientos.

El móvil vibró en la encimera. Un susto me recorrió la espalda. Por un segundo, pensé que era él otra vez. Pero no: era una notificación, un recordatorio del calendario que ni siquiera recordaba haber puesto.

Apoyé las manos en la encimera y cerré los ojos.

El domingo me había dejado en un estado extraño, como flotando. Había colgado y me había quedado mirando la pantalla como si esperara que apareciera una explicación mágica en letras luminosas. Algo tipo: “Tranquila, Iris, no es nada dramático, solo un pequeño malentendido de magnates estonios.” Pero no apareció nada.

Volví a abrir los ojos y miré alrededor. Mi cocina parecía haber sobrevivido a una explosión de confeti culinario. La luz entraba con fuerza por la ventana del salón, iluminando el caos. Y en medio de todo ese desastre, yo seguía pensando en él.

En Erik. En su voz. En la llamada. En lo que pudiera querer de mí después de tanto tiempo.

Me puse a recoger más deprisa, como si eso evitara que el recuerdo siguiera creciendo. Guardé las cápsulas de café, limpié las migas del pan que ni recordaba haber cortado, pasé un trapo húmedo por la mesa.
Pero los pensamientos no se iban.

¿Qué podía ser tan importante como para que necesitara que yo viajara allí? ¿Una noticia buena? ¿Una mala? ¿Algo de su empresa? ¿Algo personal?

¿Tenía que ver con…? No. No quería ni pensarlo.

Me acerqué al horno para apagar la luz interior. El bizcocho tenía una pinta lamentable, pero me salió una risa pequeña. Igual podría hacer un vídeo comparándolo con mis expectativas. "Así empezó el declive de mi carrera repostera." Algo así.

Pero incluso la idea del humor me salía apagada.

Miré la hora. Las doce y cuarto. Isa llegaría en un rato para hacer unas fotos que necesitaba para unas campañas nuevas. Iba a venir con energía, con ese comentario suyo típico de "¿por qué siempre estás metida en harina, alma de cántaro?". Mejor. Isa era ruido, vida, cámara y foco. Yo necesitaba ruido.

Apoyé los codos en la encimera y dejé caer la cabeza entre las manos. El eco del domingo seguía pegado a mi pecho. No había hablado con nadie del tema aún. Ni con mis padres. Ni con Isa. Y lo peor es que, cuanto más tiempo pasaba, más me enredaba sola en mi cabeza.

Un viaje a Tallin. De todos los escenarios posibles, ese jamás lo habría imaginado. Una vez me dijo que me llevaría a visitar su país, que me enseñaría sus lugares favoritos. Iríamos a pasar unos días en vacaciones, en verano, fingiendo que iría con Isa a algún otro lugar, y estaríamos solos y seríamos libres de hacer lo que quisiéramos. Pero ese viaje nunca ocurrió.

Me enderecé, cogí el móvil y abrí la aplicación de notas. Había escrito una lista absurda de "posibles motivos por los que Erik quiere verme". Desde algo muy práctico como "Necesito tu ayuda para un proyecto de la empresa", cosa improbable, hasta cosas totalmente inventadas como "Ha encontrado una caja con cosas mías y quiere devolvérmelas". Nada tenía sentido. Nada encajaba.

Guardé el móvil otra vez y me obligué a concentrarme en lo que quedaba por hacer antes de que Isa llegara. Revisé la cámara, vacié la tarjeta de memoria, copié lo importante en el ordenador. Mientras la barra de progreso avanzaba, sentí otra punzada en el pecho, como una mezcla rara de nervios y nostalgia.

Intenté despejarme poniendo música, algo alegre. Una *playlist* de las que solía usar cuando necesitaba buen rollo. Pero ni las voces optimistas ni los

ritmos bailables consiguieron callar lo que me rondaba en la cabeza.

Volví a la cocina a por un vaso de agua. Mientras bebía, apoyada en la isla central, se me escapó otro suspiro.

—*¿Por qué ahora, Erik…?* —pregunté al aire, como si el azulejo de enfrente fuera a responderme.

Desde el domingo había intentado buscarle lógica. A veces me decía que quizá simplemente necesitaba cerrar algo del pasado. O hablar de su vida. Me pasé la mano por la frente y me obligué a respirar. Isa me iba a leer la cara en cuanto entrara por la puerta. Siempre lo hacía. Siempre lo había hecho.

El timbre sonó justo entonces, obligándome a volver a la realidad con un pequeño salto.

—*Perfecto* —murmuré—*, que empiece la distracción.*

Y con el corazón dividido, con una parte en Madrid y la otra a miles de kilómetros, congelada en algún punto de Tallin, fui hacia la puerta.

Abrí la puerta esperando encontrarme a Isa, pero solo era un mensajero que venía a dejar un paquete de maquillaje que había pedido hacía días. Firmé deprisa, lo dejé sobre el mueble de la entrada y volví a la cocina con la sensación de estar viviendo en un constante sobresalto.

El apartamento estaba aún más luminoso que antes. El sol de mediodía entraba con fuerza, marcando sombras alargadas en el suelo y acentuando cada harina desperdigada en la encimera. El desastre culinario parecía brillar. Ideal.

Volví al salón para revisar los focos y el trípode. Necesitaba tenerlo todo en orden antes de que Isa llegara, porque cuando Isa estaba presente, el espacio se convertía automáticamente en un estudio improvisado y, de una forma u otra, conseguía hacerme reír. Ojalá aquel martes hiciera su magia habitual, porque yo seguía con ese pellizco raro atravesándome el estómago.

Mientras ajustaba la luz, el móvil vibró una vez más. Me quedé parada, girándolo entre los dedos antes de mirar la pantalla, como si necesitara

prepararme psicológicamente para verlo. Pero no era él, claro que no. Erik había lanzado la pelota y ahora estaba en mi tejado, como solía decirse, y tendría que ser yo quien diera el paso y llamara para decirle si iba a verle o no.

Era una notificación de Instagram, uno de mis seguidores comentando: *"Iris, eres mi inspiración culinaria… para NO cocinar jamás"*. Sonreí sin querer. Al menos mi reputación seguía intacta.

Respiré hondo. Tenía que concentrarme en editar el vídeo, terminarlo, enviarlo a la marca antes de que llegara Isa. Pero mi cabeza iba por libre, echando a correr por los recuerdos con una facilidad irritante.

Empecé a editarlo todo. Recorté la parte en la que intentaba voltear el bizcocho y acababa estampándolo contra el canto de la bandeja. Recorté también cuando dije "es un bizcocho vegano" sin darme cuenta de que había usado mantequilla. Mis seguidores iban a llorar de la risa. Bien. Que alguien llorase de la risa en mi lugar, porque yo llevaba dos días llorando mentalmente sin soltar una lágrima.

Recordaba el momento exacto en el que mi corazón se detuvo el domingo al ver su nombre en la pantalla. Y después su voz. Una parte de mí deseaba haber dejado el móvil en silencio aquel día.

Apagué el audio del vídeo y me levanté. No podía editar más. No en ese momento.

Caminé por el salón, descalza, con los dedos de los pies tocando el suelo frío. Miré por la ventana. Madrid seguía con su ritmo constante: coches abajo, gente paseando, niños saliendo del colegio cercano. Mi vida seguía ahí, en esa ciudad que me vio nacer, la ciudad que se convirtió en escenario de mis caídas públicas y mis éxitos inesperados.

Y, aun así, una llamada desde Estonia tenía el poder de removerme como si siguiera teniendo veintiún años.

—No dramatices, Iris —me dije en voz alta—. *Seguro que no es nada… insoportable.*

Pero sí lo era. Era insoportable no saber.

Cogí aire y volví a la cocina cuando escuché el ascensor detenerse en mi planta. Esta vez sí, probablemente sería Isa. Su forma de llamar al timbre, rápida, decidida, casi militar, no tardó en confirmarlo.

Abrí la puerta y apareció ella, impecable como siempre: pantalón de pinzas color crema, camisa negra, su cabello perfectamente peinado y esos ojos verdes que lo analizaban todo como si estuviera mirando a través de una lente invisible.

—Madre mía, la melena que llevas hoy —fue lo primero que dijo mientras entraba sin esperar invitación, como de costumbre—. Parece que estás rodando *Cocina con Gremlins*.

—He tenido una mañana movidita —respondí.

—¿Movidita? —Entró en la cocina, abrió los ojos de par en par y soltó una carcajada—. ¿Pero qué es esto? ¿Una explosión versión repostería?

—Muy graciosa.

Isa dejó su bolso sobre una silla y empezó a inspeccionar todo con su habitual teatralidad exagerada.

—Esto es contenido de calidad, cariño. Te hago cuatro fotos en este caos y te viralizas otra vez. Aunque el bizcocho… —Se inclinó, lo olfateó y puso cara de víctima—. ¿Por qué huele a nube quemada?

—Porque está quemado.

—Ah. Bueno, eso explica cosas.

Su humor absurdo me arrancó una sonrisa que me hacía falta. Se quitó la chaqueta, se recogió el pelo con una pinza y sacó su cámara profesional del bolso, como si hubiera venido a salvar el mundo una foto a la vez.

—Venga, ponte allí, entre los restos de tu dignidad culinaria —me indicó, señalando el rincón más caótico de la encimera.

—No pienso posar con esto —protesté.

—Claro que sí. Si hasta te pega. Tú eres la única persona que conozco capaz de hacer que haya glamour en el desastre.

Me rendí. Isa sabía cómo manejarme. Me apoyé en la encimera, intentando poner cara de "este desastre es totalmente intencional". Ella empezó a disparar fotos, moviéndose con la soltura de quien llevaba media vida en ello.

—Súper —dijo tras unas cuantas tomas—. Ahora ponte más así, como mirando el bizcocho con odio existencial.

—El odio es real, no hace falta que lo interprete.

—Perfecto, entonces.

Estuvimos así un rato, a carcajadas, inventando títulos ridículos para el post, como "Cómo NO perder amigos invitándolos a merendar" o "Bizcocho para gente con baja autoestima: si te sale peor que este, te invito yo".

La energía ligera de Isa me fue despejando la cabeza poco a poco. Era imposible estar con ella y permanecer atrapada en el laberinto mental en el que había vivido desde el domingo.

Capítulo 6



Iris

Cuando terminó de hacerme posar con el desastre repostero, guardó la cámara y se puso a prepararnos un café como si fuera su casa. Yo me quedé apoyada en la isla central, observándola.

—Cuenta —dijo sin girarse—. Tienes cara de haber dormido regular. ¿Qué te pasa?

Ahí estaba. La habilidad innata de Isa para arrancar confesiones.

—Nada. Bueno… ¿Te acuerdas de Erik?

Isa dejó de mover la cuchara. Se giró lentamente. Sus ojos verdes se hicieron más pequeños, afilados.

—No me jodas. ¿Qué ha pasado?

Tragué saliva.

—Me llamó el domingo.

El silencio que siguió fue tan intenso que ni la cafetera se atrevió a hacer ruido.

—¿Cómo que te llamó? —me preguntó, acercándose.

—Eso mismo. Llamó. Dos veces. A la segunda contesté.

—¿Y qué quería? —Isa se cruzó de brazos, todo su cuerpo en modo interrogatorio profesional.

—Eso es lo peor —confesé, jugueteando con la manga de mi camiseta—. No me lo dijo. Solo que… necesitaba hablar conmigo. En persona.

La expresión de Isa se endureció, como si procesara cada palabra en cámara lenta.

—¿En persona? ¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Y no se lo preguntaste?

—Claro que sí. Y me dijo que no podía contármelo por teléfono. Que era importante. Y que… —Tragué saliva— que necesitaba que viajara a Tallin.

Isa dejó escapar un silbido.

—Hostia, tía. Eso ya no es nivel "qué casual que te llame". Eso es nivel drama.

—Lo sé. Y desde entonces estoy… así. —Señalé mi cabeza con un dedo—. Con el cerebro hecho puré.

Isa apoyó una mano sobre la encimera, acercándose a mí con esa mezcla suya de cariño y sinceridad brutal.

—Vale, escúchame. A ver… que Erik te llame después de nueve años, eso es heavy. Pero si dice que es importante y quiere hablar contigo allí, entonces… debes ir.

—¿Pero por qué ahora? —pregunté en un susurro—. ¿Qué puede querer de mí?

—Pues sal de dudas —respondió, como si fuera lo más obvio del mundo —. Vas, habláis, vuelves… y ya está. Como mínimo, ganas unos días en una

ciudad preciosa. Y de paso te grabas algún vídeo épico tirándote en la nieve o algo así. A tus seguidores les encantaría.

Me reí, aunque el sonido salió un poco torcido.

—Isa, no sé si quiero volver a verle. Ni siquiera sé si puedo.

—Claro que puedes. —Se acercó más, cogiendo mis manos entre las suyas —. Llevas nueve años arrastrando un capítulo que quedó a medias. No puedes pasarte la vida preguntándote "¿Y si?". Ve, escucha lo que tiene que decir, y vuelve con la cabeza en paz. Seas la chica que se cae en los vídeos o la que se cae emocionalmente, yo te recojo igual.

Sentí un nudo en la garganta.

—No quiero remover cosas…

—Ya están removidas, Iris —dijo con suavidad—. Llevas dos días con la mirada perdida como si estuvieras viendo un fantasma. Necesitas cerrar esto. O abrirlo. Lo que sea. Pero saberlo.

Solté un suspiro largo, larguísimo. Miré el móvil que estaba sobre la mesa como si me observara, esperando el siguiente movimiento.

—¿Y si…? —intenté decir.

—Nada de "y si". —Isa me dio un pequeño apretón en la mano—. Llama. Dile que vas. Ahora. Antes de que te arrepientas.

La miré. Ella me sostuvo la mirada, firme, decidida, como siempre. Y entonces supe que tenía razón. Que, me gustara o no, esa historia no iba a dejarme tranquila hasta que escuchara de su propia voz lo que necesitaba decirme.

Cogí el móvil lentamente. Isa sonrió, cómplice.

—Vamos, cobardica. —Se sentó a mi lado, sin soltarme la mano—. Aquí estoy.

Marqué su número. O, mejor dicho, pulsé el registro de llamadas recientes. Las manos me temblaban un poco, lo admito. El tono empezó a sonar. Una vez. Dos veces. Tres…

—Iris. —Su voz, otra vez. Inconfundible.

Respiré hondo.

—Erik… —Tragué el nudo que tenía—. Iré a Tallin.

Hubo un silencio tan leve que casi no existió, pero pude sentir cómo se aflojaba algo en su respiración.

—Gracias —dijo, con una sinceridad que me desarmó un poco—. Yo me encargo de todo. Te enviaré los vuelos al móvil esta tarde.

—Vale —respondí, mirando a Isa, que me apretó la mano con entusiasmo —. Entonces… nos vemos allí.

—Nos vemos aquí —repitió él, con un tono que no supe descifrar del todo.

Colgué despacio. Muy despacio. El silencio que quedó fue un susurro denso. Miré a Isa. Ella sonrió con ese brillo orgulloso que siempre ponía cuando me veía dar un paso que llevaba meses evitando.

—Estás haciendo lo correcto, cariño —me dijo, acariciándome la mano—. Pase lo que pase, lo estás haciendo bien.

Y por primera vez desde el domingo, respiré sin sentir que tenía un peso en el pecho.

Si la mañana había sido una montaña rusa emocional, la tarde se presentaba igual de intensa, aunque por motivos bastante más divertidos. Después de la llamada con Erik, Isa había insistido en que necesitaba aire, café y algo de azúcar que no hubiera salido de mi horno. Le hice caso, claro. La alternativa era quedarme sentada en la cocina mirando al bizcocho como si fuera un oráculo estropeado.

Estaba guardando la cámara cuando Isa, que ya había acabado su café, me lanzó una mirada afilada.

—Vale, ahora que has soltado la bomba del mes, toca que te cuente yo lo mío —anunció, como si revelara una primicia mundial.

—Ah, sí. Tu sábado misterioso —recordé—. El que no me quisiste detallar por WhatsApp.

Isa sonrió de lado, ese gesto de "tengo información jugosa y tú te vas a quedar muerta". Se subió al taburete alto de la cocina, cruzó las piernas y se acomodó como quien se preparaba para narrar una anécdota legendaria.

—Pues resulta, querida, que el compañero que me tenía loca… se lanzó.

—¿Cómo que se lanzó? —pregunté abriendo mucho los ojos—. ¿Se lanzó cómo? ¿Literalmente a la piscina? Porque conociendo tu departamento de fotografía, me espero cualquier cosa.

—No. Se lanzó a mí, payasa.

Solté un chillido que probablemente escuchó el vecino del quinto. Isa se echó a reír.

—¿En serio? ¡Pero si llevaba meses tonteando contigo como un pavo real con complejo de modelo de Armani!

—Ya. —Isa bebió otro sorbo de café—. Pues el sábado estábamos en su casa. Habíamos quedado para cenar de tranquis con tres personas más del equipo. Pero a la una de la mañana, todos se largaron menos yo.

Me tapé la boca con las manos.

—¡Isa! ¡Que eso ya suena a ambiente de película romántica de Netflix de las que tú criticas!

—Bueno, pues que sepas que la escena fue digna de premio. Me dijo que estaba harto de hacerse el interesante conmigo y que prefería "saltarse la fase de tonteo porque la vida es demasiado corta".

—¿Ese es Álvaro? ¿El mismo Álvaro que tardó tres meses en invitarte a tomar un café porque decía que estaba "enfocado en su evolución personal"?

—Ese mismo. —Isa volteó los ojos con dramatismo—. Yo creo que la evolución personal le llegó de golpe. O quizá por fin se dio cuenta de que me estaba aburriendo.

—Y entonces… —Me incliné hacia adelante—. ¿Qué pasó?

Isa dejó la taza en la mesa y sonrió de verdad, una sonrisa completa, de las que le iluminaban los ojos.

—Pues… que lo intentamos. —Bajó la voz un poco—. Estamos empezando algo. Sin expectativas, sin que sea algo serio. Pero algo hay, eso está claro.

Me puse en pie de un salto y la abracé como si acabara de ganar una competición internacional de fotografía.

—¡Isa, me alegro muchísimo! ¡Por fin! Llevabas demasiado tiempo aguantando idiotas que no te llegaban ni a la sombra.

—Lo sé. —Isa se separó y se acomodó un mechón detrás de la oreja—. Y sí, estoy contenta. Es raro, porque hacía mucho que no empezaba algo que me apeteciera de verdad. Pero sí.

Me senté a su lado, con la energía más ligera que había tenido en todo el día. Qué bonito era verla así. Con esa mezcla suya de seguridad y vulnerabilidad que solo dejaba ver en momentos contados.

—¿Y qué tal es? —pregunté bajando la voz como si estuviéramos en un colegio contándonos secretos.

Isa se rio.

—Iris, no te voy a dar detalles escabrosos.

—No quiero detalles escabrosos. Bueno, sí, pero luego me los das. Ahora quiero los buenos.

—Los buenos son… —Isa suspiró con una sonrisa algo tímida— que es muy dulce. Muy respetuoso. Y que escucha. Mucho. No va de pose. No va de nada. Solo… está. Y me gusta.

Me apoyé en la encimera, sintiendo un calor agradable en el pecho.

—Te lo mereces —le dije—. De verdad que sí.

Ella bajó la mirada un segundo, como si le costara aceptar cosas bonitas, pero luego sonrió de nuevo.

—¿Ves? —dijo señalándome con un dedo—. Estoy empezando algo bonito. Tú estás a punto de irte a un país precioso a hablar con el hombre que te partió el corazón hace nueve años. Esto es un cambio de ciclo.

—¿Cambio de ciclo? —pregunté frunciendo el ceño—. Suena a tarot.

—Pues eso mismo: hay que barajar otra vez la baraja.

—Ojalá la baraja no sea un desastre como mi bizcocho.

—Si la baraja fuera tu bizcocho, sería ya harina emocional —dijo Isa muy seria. Luego se echó a reír sola.

Negué con la cabeza, rendida ante su humor absurdo.

Nos sentamos en el sofá con las tazas aún calientes. Yo sentía un nudo en la garganta que iba y venía, pero al estar Isa allí, parecía más manejable. Ella me miró un momento, ladeando la cabeza.

—Ahora te toca hablar a ti. —Se colocó bien, en modo psicóloga improvisada—. ¿Qué te pasa por dentro? Más allá de la llamada. Quiero decir… ¿Cómo te sientes tú?

Me quedé mirando mis manos. Las moví, enredando los dedos, como siempre hacía cuando empezaba a ponerme nerviosa.

—No sé. Sorprendida. Confundida. Un poco asustada.

—¿De qué?

—De que esto me remueva más de la cuenta —admití por fin—. Pensaba que lo tenía superado, Isa. De verdad. Pero desde que escuché su voz el domingo… es como si hubiera abierto un cajón lleno de sentimientos viejos que no había revisado desde hace años.

Isa asintió despacio.

—Normal. Fue importante para ti. Mucho. Cariño, ese hombre fue tu primer amor y ese… Ese es difícil de olvidar. Y no pasa nada porque algo te remueva. Mientras no te arrastre.

—Eso es lo que me da miedo. Que me arrastre.

—No lo hará. —Isa golpeó suavemente mi pierna—. Primero, porque tú ya no eres la Iris de veintiún años. Y segundo, porque yo te conozco. Sabes poner límites cuando hace falta.

—¿De verdad lo crees?

—Lo sé.

Solté un suspiro. Un suspiro que llevaba muchos días dentro.

—Además… —añadió Isa—, tienes derecho a saber por qué te ha llamado después de tanto tiempo. Eso no significa nada romántico si tú no quieres que signifique nada. Significa claridad. Y la claridad es buena.

Asentí lentamente.

Más allá de la nostalgia, más allá del shock, más allá de lo que me removía… era cierto: necesitaba saber. No podía quedarme con la duda para siempre. Ni con la idea de que él seguía siendo un fantasma en mi cabeza.

—De todas formas… —Isa le dio otro sorbo al café—. Si te llama porque necesita algo serio, lo entenderás mejor allí. No por teléfono. Hay cosas que no se dicen a distancia.

—Eso me dijo él.

—Pues por eso. Ve. Escucha. Y vuelve. Luego ya lloras, ríes o te emborrachas conmigo. Lo que toque.

—Vale. —Me reí un poco—. ¿Y si necesito las tres opciones?

—Pues te preparo una *playlist* triste, una botella de vino y pañuelos. Estoy acostumbrada a cuidar *influencers* dramáticas.

—Oye —protesté, y ella sonrió con cariño.

Nos quedamos en silencio unos segundos, un silencio cómodo, lleno de respiraciones tranquilas. Yo miraba el ventanal, donde la luz de la tarde empezaba a volverse cálida, anaranjada. Y de repente, caí en que estaba haciéndolo de nuevo: estaba imaginando cómo se vería esa misma luz en Tallin.

Me froté la frente y me obligué a volver al salón, a mi piso, a Isa, al sofá, y me acomodé abrazando un cojín como si fuera un salvavidas.

—¿Y si voy, Isa… y no me gusta lo que tiene que decirme?

Isa se encogió de hombros.

—Pues vuelves, haces terapia, me insultas un poco para desahogarte y seguimos con la vida. No pasa nada.

—¿Y si… sí me gusta? —pregunté en un hilo de voz.

Isa se quedó mirándome un instante muy largo. Sus ojos verdes se suavizaron.

—Entonces te tocará pensar qué quieres ahora. No qué querías hace nueve años. Y no qué quiere él. Solo qué quieres tú.

Sentí un vuelco extraño en el pecho. Algo entre miedo y alivio.

—No estoy preparada para eso —susurré.

—Nadie lo está —respondió Isa—. Pero eso no significa que no puedas hacerlo.

Me cogió la mano, igual que había hecho antes, cuando llamé a Erik.

—Y no estás sola. ¿Vale? Pase lo que pase.

Asentí. La garganta se me cerró un poco, pero no lloré. No podía llorar. No quería hacerlo todavía.

—De todas formas —continuó Isa, volviendo a su tono habitual, más ligero—, tienes que empezar a pensar en cosas prácticas. Ropa, horarios, maleta, ese abrigo tuyo que parece un peluche gigante…

—¡Eh! Mi abrigo de peluche es precioso.

—Es enorme.

—Es calentito.

—Sí, pero pareces una oveja *influencer*.

Me eché a reír, y el sonido sonó más natural que en toda la mañana.

Quizá necesitaba reír. Quizá necesitaba a Isa. O quizá necesitaba simplemente aceptar que la vida, a veces, no seguía los planes que yo creía que había ordenado cuidadosamente.

Mientras tanto, con la taza de café tibia entre las manos, observé cómo la tarde seguía avanzando por la ventana. Y sentí, muy, muy despacio, que algo dentro de mí empezaba a moverse.

No sabía si era miedo. O un presentimiento. O simple curiosidad. Pero era algo. Algo que llevaba años dormido.

Capítulo 7



Iris

El aire frío de Tallin me recibió antes incluso de que mis botas tocaran el suelo.

Nada más bajar del avión, una bocanada de viento helado se coló por la bufanda y me dio en toda la cara, como si la ciudad quisiera recordarme que allí las estaciones no eran de broma. Me subí la bufanda hasta la nariz y avancé entre los pasajeros, mientras mi corazón palpitaba con una mezcla extraña de nervios y expectación.

El cartel de *"Tallinn Lennart Meri Airport"* me dio una punzada suave en el estómago. Ya estaba aquí. De verdad. Ya no había vuelta atrás.

Cuando entré en la zona de recogida de equipajes, me estremecí un poco. No tenía que hacerlo, pero mis manos ya empezaban a temblar. No por el frío. O no solo por eso. Miré alrededor, respiré hondo y fui hacia la cinta cuatro, donde pronto aparecieron las maletas de mi vuelo.

La mía salió casi la última, por supuesto. Mi maleta peluche, como la llamaba Isa, era inconfundible con su funda beige de tacto suave. La cogí con cierta torpeza y me dirigí hacia la puerta de salida. Mientras caminaba, la calefacción interior me abrumó; fuera había nieve acumulada en los bordes del cristal, pero dentro hacía un calor casi irritante.

No me dio tiempo a distraerme demasiado. En cuanto crucé las puertas automáticas hacia la zona de llegadas, lo vi: un hombre alto, traje negro, abrigo largo y una carpeta de *Nordikon* entre las manos. En la pantalla de la tableta que sostenía se leía mi nombre, "Iris Sáez".

—Hola —dije en inglés cuando me acerqué, sonando más tímida de lo que pensaba—. Soy Iris.

El hombre sonrió con educación, sin rastro de sorpresa. Tenía el rostro cuadrado, ojos claros y una postura impecable.

—Señorita Sáez. Bienvenida a Tallin. Soy Vahur, su conductor. El señor Saar me pidió que la recogiera y la llevara directamente a su residencia.

A su residencia. No a su casa, ni a su piso, ni a su apartamento. A su residencia. Claro. Erik no vivía en una cabañita de madera en medio del bosque. Era CEO de *Nordikon*. Una de las empresas más grandes del país.

—Muchas gracias —respondí mientras él cogía mi maleta con un gesto ágil—. Podemos irnos cuando quiera.

Me hizo un gesto para que lo siguiera y salimos al exterior. Y ahí sí, el viento estonio me dio un bofetón de bienvenida. Mi pelo salió volando hacia todas partes y tuve que sujetar la bufanda con una mano para no parecer un espantapájaros recién liberado.

El parking estaba cubierto por una fina capa de nieve que hacía brillar el suelo como si fuera azúcar glas. Me mordí el labio, incapaz de evitar catalogarlo mentalmente como un buen momento cinematográfico para mis redes. Qué desastre de cerebro tenía.

Vahur abrió la puerta trasera de un enorme coche negro que parecía blindado y esperó a que subiera. Una vez sentada, me hundí en el asiento, sintiendo ese olor a cuero y calefacción reciente.

El coche arrancó suavemente. Desde la ventanilla, el aeropuerto se fue quedando atrás y un paisaje blanco, ordenado y silencioso empezó a desplegarse ante mí.

Tallin era preciosa.

Había un gris dulce en el cielo, una claridad fría que hacía que todo pareciera más limpio, más afilado. Los árboles desnudos flanqueaban la carretera como esqueletos. A lo lejos, algunas casas de tejados puntiagudos asomaban entre las ramas. Y yo… yo no podía parar de hacer fotos. Ni vídeos.

Saqué el móvil sin pensarlo. Grabé un pequeño vídeo del cristal empañado, de la nieve acumulada en los bordes de la carretera, de una fila de farolas que parecían sacadas de un cuento invernal. No sabía si subiría algo a redes ese día, pero grabar me tranquilizaba. Siempre me tranquilizaba.

Justo cuando estaba enfocando un grupo de pinos altísimos, la pantalla se iluminó.

Isa: *¿Has llegado yaaaaa o tengo que llamar a la Interpol de Estonia?*

Solté una carcajada por primera vez desde que había aterrizado. Le respondí rápido.

Iris: *Sí, he llegado. Estoy en el coche que ha enviado Nordikon. Voy ahora a ver a Erik.*

Isa: *Vale, respira. No te pongas nerviosa. Haz fotos de todo, quiero cotillear luego. Y si ves algún estonio guapo, me lo mandas.*

Puse los ojos en blanco con una sonrisa.

Iris: *Isa, por Dios.*

Isa: *¿Qué? A una le gustan los souvenirs internacionales.*

Negué riendo y guardé el móvil. Pero vibró otra vez enseguida. Esta vez, un nombre que me hizo apretar el pecho con un poco más de cuidado.

Mamá: *¿Ya has llegado, hija? ¿Todo bien? ¿Ha ido bien el vuelo?*

Mi madre. Dulzura andante. Sonreí sola mientras respondía.

Iris: *Sí, mamá. He llegado bien. El viaje ha sido tranquilo. Hace un frío que pela, pero estoy bien. Ahora voy a ver a Erik.*

Tardó menos de un minuto en contestar.

Mamá: *Me alegro, cariño. Y por favor… no te dejes llevar por el corazón. Piensa con calma.*

La frase me atravesó un poco, lo admito. Mi madre nunca hablaba de Erik directamente. Nunca decía su nombre. Siempre usaba expresiones difusas como "aquel chico", "la historia aquella", "lo que pasó cuando eras joven". Pero "no te dejes llevar por el corazón"… Eso sí dolía. Porque sabía que lo decía desde el miedo a verme repetir viejas heridas.

Guardé el móvil, pero mis pensamientos ya se habían ido a otro lugar. A otro momento. A la conversación con mis padres del miércoles, cuando les dije que no iría a comer el domingo porque… iba a viajar a Tallin.

Casi podía revivirla.

Estábamos en la cocina de casa, con mi madre preparando café y mi padre leyendo el periódico como si no se enterara de nada. Me aclaré la garganta.

—*Mamá, papá… este fin de semana no voy a poder venir a comer.*

Mi madre levantó la vista enseguida.

—*¿Estás bien, hija? ¿Te ha salido trabajo?*

—*No. Es que…* —Respiré hondo—. *Voy a viajar a Tallin.*

El periódico de mi padre bajó lentamente.

—*¿Tallin?* —repitió sin emoción visible—. *¿Qué tienes tú que hacer allí?*

Me mordí la mejilla.

—*Voy a ver a Erik.*

Ahí sí, el periódico bajó del todo. Mi padre frunció el ceño como si acabara de oír una blasfemia.

—*Ese hombre…* —empezó.

—*Papá* —intenté cortar.

—*Lo siento, Iris* —continuó él con esa calma que siempre precedía a sus opiniones firmes—*, pero ya sabes lo que pienso. Aunque respeto a ese hombre, porque era hijo de mi jefe y nunca se comportó mal conmigo en lo profesional…* —respiró hondo—. *No me gustó que se aprovechara de mi niña para seducirla.*

Sentí cómo la sangre me hervía. Otra vez el mismo discurso. Otra vez la misma interpretación de algo que no había ocurrido así.

—*Papá, él no se aprovechó de mí* —contesté con firmeza—. *Yo era mayor de edad. Y no me obligó a nada. Yo hice lo que quise y lo que deseé hacer.*

Mi madre, intentando calmarlo todo, puso una mano en mi brazo.

—*Cariño, solo queremos que estés bien. Que no vuelvas a sufrir.*

—*No voy a sufrir.* —Mentira. No lo sabía. Pero lo dije igual—. *Solo voy a escuchar lo que tenga que decirme.*

Mi padre hizo un gesto resignado y volvió a su periódico, aunque no lo leyó. Mi madre suspiró. Yo intenté no llorar.

El coche avanzaba suave, ajeno a mis recuerdos. Por la ventanilla, empezaban a verse casas más grandes, más separadas unas de otras. Zonas residenciales de alto nivel. Algunos tejados parecían sacados de un catálogo de arquitectura nórdica: líneas rectas, madera oscura, ventanales inmensos.

Tallin era distinta. Se respiraba orden. Silencio. Inviernos eternos.

Me recogí el pelo detrás de la oreja y apoyé la frente contra el cristal frío. La música suave que sonaba en la radio del coche, algo instrumental, relajante e impersonal, me ayudó a mantener los pensamientos a raya.

¿Qué cara pondría él al verme? ¿Qué diría? ¿Se arrepentiría? ¿Estaría nervioso? ¿Estaría igual? ¿Habría cambiado?

El coche tomó un desvío hacia una zona aún más tranquila, casi rodeada de árboles altos y oscuros. La carretera se estrechó y, unos metros más adelante, apareció lo que solo podía ser la entrada de su casa.

Una verja de metal negro. Moderna. Alta. Un sistema de seguridad. Un cartel discreto con el número. La mansión, porque aquello era una mansión, no nos engañemos, estaba más atrás, oculta entre abetos y nieve.

Mi respiración se volvió un poco más corta.

Vahur pulsó un mando, la verja se abrió con un movimiento silencioso y elegante, y el coche avanzó por un camino curvo bordeado de luces bajas que iluminaban la nieve a ambos lados.

Allí estaba. La casa de Erik. La casa en la que iba a verle. Después de nueve años. Tragué saliva.

—*Iris… ya estás aquí* —murmuré para mí misma.

La casa de Erik apareció poco a poco entre los árboles, como si la nieve la hubiera estado protegiendo del mundo. Era grande, con un diseño que mezclaba madera oscura y enormes paneles de cristal por los que se escapaba un brillo cálido de chimeneas encendidas.

Parecía casi irreal, como esas casas de catálogo nórdico que Isa me mandaba por Instagram diciendo: *"Si algún día nos volvemos millonarias, quiero vivir aquí."*

El coche avanzó lentamente hasta detenerse frente a la entrada principal. Las luces exteriores estaban encendidas, bañando la fachada con un tono dorado que contrastaba con el azul grisáceo del cielo. Un par de escalones llevaban a una puerta de madera robusta, de líneas simples. Una casa bonita, pero sobria. Como él.

Me di cuenta de que estaba sujetando el móvil con más fuerza de la necesaria. Mis manos sudaban a pesar del frío. Intenté respirar hondo, pero

sentí el aire detenerse a medio camino.

Vahur aparcó, se bajó primero y abrió mi puerta con esa eficiencia silenciosa que parecía formar parte del ADN de todos los estonios que trabajaban en *Nordikon*.

—Hemos llegado, señorita Sáez.

Me bajé del coche con la misma elegancia que una cabra montesa recién despertada. Una ráfaga de viento helado me golpeó de lleno en la cara, obligándome a cerrar los ojos y subirme la bufanda hasta la nariz. El aire olía a nieve y a abeto.

—Gracias —murmuré.

Mientras él iba a buscar mi maleta, yo aproveché para levantar la vista hacia la casa de nuevo. Sentí un escalofrío recorrerme la espalda, y no era solo el frío. Era esa sensación incómoda de estar cruzando un umbral, uno que sabía que me iba a cambiar algo por dentro.

Intenté pensar en otra cosa. En el contenido. En mis redes. En la nieve.

Saqué el móvil y grabé un pequeño vídeo de las luces cálidas reflejándose sobre la nieve. Algo simple: el sonido del viento, el crujido bajo mis botas. Quizá me serviría después.

Vahur volvió, arrastrando mi maleta.

—La acompaño hasta la puerta —dijo.

Asentí. Una parte de mí quería decir: "¿Podemos esperar un momento más en el coche? Quiero… no sé… respirar." Pero ya estaba aquí. Ya no podía esconderme.

Subimos los dos escalones y, cuando él alzó la mano para pulsar el timbre, noté cómo mi estómago se contraía. El sonido fue suave, casi agradable. Un timbre nada pretencioso.

Pasaron apenas unos segundos antes de oír pasos desde dentro.

La puerta se abrió, y apareció una mujer de unos cincuenta años, quizá cincuenta y pocos. Tenía el pelo castaño claro recogido en un moño bajo, algunos mechones sueltos que le daban un aire amable. Sus ojos eran de un azul pálido y tenían esa calidez típica de la gente que había pasado toda su vida cuidando de otras personas. Vestía un jersey de lana gruesa gris claro y un delantal blanco que dejaba caer unas migas pequeñas de lo que supuse sería pan recién hecho.

Sonrió en cuanto me vio.

—*Tere õhtust* —dijo primero, y luego añadió en un inglés suave—. Buenas tardes. ¿Eres Iris?

Asentí, algo torpe.

—Sí, soy yo.

Me devolvió una sonrisa incluso más cálida.

—Bienvenida. Soy Kärt —pronunció algo así como *Kaart*—. El señor Saar me pidió que te recibiera. Te está esperando.

Me hizo un gesto amable para que entrara.

—Gracias —respondí antes de cruzar el umbral.

El calor del interior me envolvió de inmediato, casi con violencia después del frío exterior. Kärt tomó mi maleta con un gesto seguro.

—Yo me encargo de esto. Pasa al salón, por favor. La chimenea está encendida. Él bajará en un momento.

El corazón me dio un vuelco. Él. Erik. Ahí. En un momento.

Me forcé a caminar despacio hacia el salón, mientras absorbía cada detalle como si necesitara documentarlo para sobrevivir.

El pasillo de entrada era amplio, con suelo de madera clara que crujía suavemente al pisar. Había fotografías en blanco y negro de paisajes estonios

colgadas en la pared, y un perchero con varios abrigos de invierno, claramente masculinos, organizados con una precisión casi militar.

A la izquierda, una puerta daba a lo que parecía ser un despacho, por la cantidad de libros y carpetas que sobresalían. A la derecha, unas escaleras de madera subían a la planta superior.

El salón estaba más adelante, y cuando entré, la luz naranja de la chimenea me abrazó de lleno.

Me detuve en el umbral, sin querer interrumpir la quietud del lugar.

El salón era amplio, decorado con un estilo minimalista pero cálido: tonos crema, gris y madera oscura. Grandes ventanales dejaban ver el exterior nevado, donde el cielo empezaba a oscurecer. Había una alfombra enorme delante de la chimenea y un sofá gris claro que parecía increíblemente cómodo. Sobre la mesa baja había una taza humeante, quizá de té, y un libro abierto boca abajo, como si alguien lo hubiera dejado allí hacía solo unos minutos.

¿Él? ¿Había estado aquí justo antes de que llegara? ¿Estaba nervioso?

Me acerqué despacio a la chimenea. El fuego crujía con ese sonido íntimo que siempre me había encantado. Me quedé de espaldas a la puerta, observando cómo las llamas bailaban y se reflejaban en los cristales de los ventanales. Me quité el abrigo y la bufanda y los dejé sobre el respaldo de una silla.

La casa olía a madera, a pan reciente y a invierno. Me pasé las manos por los brazos intentando calmar la tensión. Podía oír mi propia respiración rebotando en mi pecho. Estaba aquí. En su casa. Iba a volver a verle después de tantos años.

¿Cómo sería verle otra vez? La pregunta me arañó la mente justo cuando oí pasos detrás de mí. Pasos suaves, firmes, seguros. Ese modo tan característico que él tenía de andar, que yo podía reconocer incluso entre una multitud.

Se me heló hasta la sangre.

—Iris…

Su voz. Su maldita voz. Había pasado casi una década y, aun así, pude reconocerla al instante. Era más grave que antes, quizá, pero seguía teniendo esa calma, ese control, ese algo que me hacía sentir pequeña e inmensa a la vez.

Me di la vuelta muy despacio. Y ahí estaba él. Erik Saar. El primer amor de mi vida. El hombre que me rompió el corazón sin querer. El hombre al que yo también rompí intentando protegerme.

Me quedé mirándolo, incapaz de decir nada.

Había cambiado, sí, pero no tanto como esperaba. O quizá había cambiado justo lo suficiente. Su pelo rubio ceniza estaba un poco más corto que años atrás, con algunas canas discretas que solo lo hacían más atractivo, para qué engañarnos. Tenía barba de unos días, algo que siempre le había quedado bien, y sus ojos… esos ojos que siempre parecían ver más de lo que decían. Azul intenso. Azul invierno.

Era más ancho de hombros que en mis recuerdos, o quizá es que ahora lo veía con la mirada adulta que antes no tenía. Llevaba un jersey oscuro de lana y unos pantalones negros, ropa sencilla pero que en él siempre parecía cara.

Y estaba mirándome como si no estuviera seguro de si yo era real. Yo tragué saliva.

—Hola… —fue lo único que mi cerebro pudo decir.

Capítulo 8



Erik

La vi antes de que ella supiera que yo estaba allí.

Estaba de espaldas a la puerta del salón, frente a la chimenea, con las manos relajadas a los lados del cuerpo, como si intentara absorber el calor del fuego para calmar algo dentro de ella. Su pelo castaño ondulado caía en una cascada suave y, por un instante, me pareció exactamente igual que años atrás, cuando entraba en una habitación y todo parecía detenerse durante un segundo.

Sonreí sin poder evitarlo. Tenía a Iris en mi casa. Después de doce años desde que la conocí. Después de nueve años desde que la perdí.

Mi pecho reaccionó como siempre lo había hecho con ella: ese pequeño golpe, una punzada cálida, como si el corazón reconociera un ritmo antiguo y quisiera retomarlo sin pedir permiso. No había cambiado esa sensación. Ni siquiera el tiempo había logrado eliminarla.

Me quedé quieto en el marco de la puerta, observándola en silencio durante unos segundos. Bastaron para que todo volviera a mí con una claridad dolorosa.

La primera vez que la vi. Aquel salón abarrotado en la fiesta de *Nordikon*, la música demasiado alta, la luz dorada reflejada en las copas… y ella

entrando detrás de su padre, tropezando con un cable de sonido sobre la alfombra que algún técnico había dejado cruzando el suelo.

Recuerdo que pensé: “Se va a caer”.

Y se cayó. De una forma extrañamente elegante, incluso para una caída. Yo estaba lo suficientemente cerca como para sujetarla, pero no lo hice. Me quedé paralizado, como un idiota, viendo cómo se incorporaba sola, se recolocaba el vestido y soltaba una risa que hizo volverse a varias personas.

Esa risa. Esa naturalidad. Ese modo tan poco calculado de existir en un ambiente lleno de gente excesivamente calculada.

Me acerqué a ella después. No sabía si fue buena idea. Ni siquiera sabía si fue inevitable.

Y ahora estaba aquí, de espaldas a mí, exactamente igual de magnética. Di dos pasos hacia el interior y ella no me oyó. El fuego sonaba demasiado.

—Iris… —dije finalmente.

Ella se sobresaltó con un pequeño brinco, como siempre hacía cuando estaba demasiado concentrada en algo. Se giró de golpe. Y la vi. De frente. Después de tantos años.

Me golpeó un recuerdo tras otro. Aquellas cenas improvisadas. Las noches frías en las que la acompañé hasta su casa porque insistía en que podía ir sola. Las veces en las que se quedaba mirándome como si supiera exactamente lo que estaba pensando. Su manera de hablar rápido cuando se emocionaba. La primera vez que la tuve en mis brazos. Las otras veces. Todas. Cada una.

Y ahora la tenía delante, tan guapa como siempre, quizá incluso más. Sus ojos avellana parecían brillar con una mezcla de nervios y algo que no supe descifrar. Ese brillo… no había cambiado. No. Absolutamente no.

Sentí cómo el aire se me atascaba un instante en la garganta.

—Hola… —dijo sin apartar la mirada de la mía, y noté que había reaccionado exactamente igual que yo, hablando con un nudo en la garganta.

—Has llegado —murmuré, como si todavía necesitara confirmarlo.

Ella asintió, pero no dijo nada. No hizo falta. Di un paso hacia ella. Y otro. La distancia entre nosotros se hizo tan pequeña que, antes de pensarlo demasiado, antes de preguntarme si debía hacerlo, antes de analizar si era apropiado… seguí el impulso más antiguo que tenía guardado, y la abracé.

La rodeé con los brazos, hundiendo mi rostro en su pelo. Y ella, después de un segundo en tensión, se soltó completamente sobre mí. Me devolvió el abrazo con la misma fuerza, con la misma necesidad. Noté sus manos agarrarse a la tela de mi jersey, como si buscara un ancla. Yo cerré los ojos.

Dios. Había olvidado cómo era esto. Cómo era tenerla así. Cómo era sentir su cuerpo encajar con el mío de esa manera que siempre me había parecido absurda de perfecta.

Era un recuerdo vivo. Uno que no se había debilitado ni un milímetro.

—Gracias por venir —susurré contra su sien. Me escuché a mí mismo y supe que lo decía desde un lugar muy profundo, uno que no mostraba desde hacía mucho tiempo.

Ella respiró hondo antes de separarse lentamente. Sus manos bajaron por mis brazos hasta que rompimos el contacto, y yo ya echaba de menos su calor.

—¿Qué tal el viaje? —pregunté, porque era la pregunta segura, la que no nos exponía demasiado.

—En primera clase —respondió con una media sonrisa—. Así que… de maravilla.

Me reí. No pude evitarlo.

—Me alegro —dije, y por un momento vi un destello del pasado, de cómo hablábamos antes, de cómo todo fluía.

Ella también sonrió. Parecía que ambos necesitábamos ese pequeño alivio. Pero duró poco. La sonrisa de Iris se desvaneció despacio. Sus ojos me buscaron con una mezcla de incertidumbre, duda y algo que reconocí demasiado bien: miedo a saber. Miedo a preguntar.

—Podrías haberme dicho lo que sea que quieres hablar conmigo por teléfono —dijo, pasando una mano por su pelo—, pero insististe. ¿Por qué querías verme en persona? ¿No podías contármelo sin que yo viniera?

La pregunta se quedó suspendida en el aire entre nosotros. Y mi pecho, que ya estaba oprimido desde la mañana, se cerró un poco más. Suspiré. Tenía que decirle la verdad. Todo. Pero no de pie, no así, no en ese salón donde cada palabra parecía rebotar con eco.

Me acerqué al sofá y señalé con un gesto suave.

—Iris —dije, intentando mantener la voz estable—. Siéntate conmigo. Por favor.

Ella me observó unos segundos, como si quisiera leerme. Siempre fue buena en eso. Demasiado buena.

Al final, asintió y caminó hacia el sofá. Yo me senté primero, dejando espacio, y ella se acomodó a mi lado, manteniendo cierta distancia prudente, aunque lo suficientemente cerca como para que pudiera percibir su perfume. Uno cálido, dulce. Familiar.

Me apoyé un momento en mis propias manos entrelazadas. Busqué aire. Busqué palabras.

Todo lo que tenía que decirle a Iris podía romperla. Podía romperme a mí también. Pero ya era tarde para retroceder. La miré directamente.

—Hay muchas cosas que necesito contarte —comencé—. Y algunas no son fáciles de escuchar.

Ella no apartó la mirada. Siempre tan valiente. Siempre tan frontal.

—Erik —susurró—. Dímelo.

Y supe que ese era el instante. El punto donde ya no habría retorno.

Me quedé mirándola unos segundos más antes de hablar. No porque dudara de lo que debía decir, sino porque necesitaba prepararme para ver su reacción.

Iris nunca había sido buena ocultando lo que sentía; su rostro siempre había sido un libro abierto, y en este caso… sabía que cada palabra que pronunciara se le iba a clavar en algún sitio.

Respiré hondo, apoyando los codos sobre las rodillas.

—No sabía cómo llamarte —empecé hablando despacio, eligiendo las palabras como si fueran piezas frágiles—. No sabía si debía escribirte, o si era mejor no hacerlo. Pero… había cosas que necesitabas saber. Y no podía contártelas por teléfono. No sería… —Tragué saliva—. No sería justo.

Ella no dijo nada. Tenía las manos entrelazadas sobre su regazo, los dedos tensos, los nudillos blanquecinos. Pero sus ojos estaban fijos en mí. Directos. Firmes.

Iris nunca había sido una cobarde.

—Erik —repitió con suavidad—. Estoy aquí. Dímelo.

Sentí una punzada en el pecho. No de dolor, sino de algo más complejo. Algo que llevaba años intentando enterrar.

Tenía que decírselo, tenía que contarle todo, tenía que hacerla ver que ella siempre estuvo en mi mente, que a pesar de lo que pasó y del modo en el que nos separamos, siempre fue alguien importante para mí.

No podía retrasarlo más, simplemente no podía.

Me pasé una mano por la barba, intentando ganar unos segundos más. Pero al final las palabras salieron.

—No te llamé para remover el pasado —empecé—. Ni para confundirte. Ni para pedirte nada que tuviera que ver con… nosotros.

Ella parpadeó un segundo, pero no me interrumpió.

—Te llamé porque necesitaba que supieras lo que ha sido mi vida estos años —continué—. Porque necesito explicarte dónde estoy ahora, antes de contarte lo más importante.

La vi inspirar despacio, como si se estuviera preparando para una confesión oscura. Pero no tenía ni idea de lo que venía después.

—Iris —susurré—. Perdóname si no te lo dije antes. Aunque no sé si habría cambiado nada hacerlo.

La miré directo a los ojos. Y volví, inevitablemente, al principio.

—Después de que tú y yo… dejáramos de vernos —dije, y la frase ya me sabía amarga—, intenté seguir con mi vida. No fue fácil al principio. Pero conocí a alguien. Una mujer.

Era consciente de que fui su primer todo cuando tenía dieciocho años, y que no debía ser agradable saber que encontré a alguien con quien rehíce mi vida y seguí adelante, pero debía contarle todo, sin obviar ningún detalle, para que entendiera por qué quería volver a verla después de tantos años, por qué le había pedido que viniera y por qué iba a pedirle lo que estaba a punto de pedirle a ella.

Porque no, no había nadie mejor que ella para hacerle la petición más difícil de toda mi vida.

Capítulo 9



Erik

Vi cómo su expresión cambiaba, no de dolor, sino de sorpresa. De comprensión lenta. De una suavidad que me descolocó un poco.

—Se llamaba Liina —continué, sintiendo el nudo habitual formarse en mi garganta con solo decir su nombre—. Era trabajadora social. Vivía aquí en Tallin. Nos conocimos por casualidad, aunque… supongo que ninguna coincidencia importante lo es de verdad.

Apoyé las manos sobre mis piernas y las apreté un segundo.

—Era buena. De verdad. De esas personas que hacen el mundo un poco más amable solo por existir. —Tragué saliva—. Nos enamoramos. Nos casamos poco después.

Iris asintió despacio, como si estuviera encajando cada pieza sin juzgarme, sin escapar.

—Fuimos felices —admití, y esas palabras siempre me dolían y me consolaban a la vez—. Muy felices durante un tiempo.

La mirada de Iris se volvió más suave. Había algo casi… compasivo. Ella sabía muy bien que yo no era un hombre que idealizara nada. Si decía que había sido feliz, era porque lo había sido de verdad.

—Tuvimos un hijo —añadí, incapaz de evitar que una pequeña sonrisa se dibujara en mi rostro—. Matteo.

Los ojos de Iris se iluminaron un instante. Era increíble cómo ella siempre, siempre reaccionaba con ternura cuando se hablaba de niños.

—Ahora tiene cinco años —expliqué—. Y… es un buen niño. Muy bueno. Alegre. Curioso. Igual que era yo con esa edad, según mi madre.

Me reí sin humor, porque la mención me dolió. Mis padres ya no estaban. Tampoco la familia que había tenido antes.

—¿Y ella? —preguntó Iris en voz baja, aun sabiendo que la respuesta no podía ser buena.

Sentí el golpe. Lo sentí como siempre.

—Liina falleció hace dos años —dije despacio, dejando que las palabras se hundieran en el aire cálido del salón—. Un accidente. Nada que pudiéramos prever. Nada que yo pudiera evitar.

Iris no habló. Sus ojos se humedecieron, pero no por ella. Por mí. Por Matteo. Y eso me atravesó como una flecha directa a mi pecho.

—Lo siento —susurró finalmente, y asentí.

—Yo también.

Hubo un silencio largo, el tipo de silencio que no incomodaba, sino que pesaba. Ella lo mantuvo conmigo. No intentó curarme. No intentó interrumpir. Solo estuvo. Tal y como había sido siempre.

Cuando pude seguir, me incliné un poco hacia delante.

—Y después… meses después —dije, despacio— llegó lo otro.

Ya estaba, no había vuelta atrás. Era ahora… o nunca.

Ella levantó la cabeza, alerta. Sabía que ahora venía lo importante. Lo que yo realmente no había podido decirle por teléfono.

—Empecé con un síntoma tonto —expliqué—. Nada serio. Cansancio. Mareos. Pensé que era estrés. Pensé… que era normal después de la muerte de Liina. Pero no lo era.

Ella abrió un poco los labios, pero no habló. Noté cómo sus dedos se curvaban con fuerza.
Suspiré. Mi voz se quebró apenas, lo justo para que se notara.

—Iris… me diagnosticaron una enfermedad degenerativa. Rara. No hereditaria. Avanza rápido. Muy rápido en mi caso.

Ella se quedó completamente inmóvil. Su rostro perdió color. No pestañeó. Y yo tuve que reunir valor para seguir.

—He estado en tratamiento desde hace año y medio —continué—. Funcionó al principio. Consiguió frenar algunas cosas. Pero ahora… parece que ya no es tan efectivo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, y tuve que mirar hacia otra parte para no romperme.

—Sé lo que piensas —añadí, con una calma rota—. Y sí. Tengo buenos médicos. Tengo recursos. No me voy a rendir. Lo estoy intentando todo. Pero…

Apreté los dientes. Las palabras eran un látigo.

—No voy a salir de esta.

Iris llevó una mano a su boca, como si quisiera contener algo que quería salir: un grito, un sollozo, una súplica. No lo sabía con exactitud.

—Erik… —murmuró con la voz rasgada.

Yo negué despacio.

—No quiero que tengas pena de mí. No te llamé para eso. No… —Respiré —. No estoy buscando compasión.

Ella bajó la mano, pero sus ojos estaban llenos de algo que yo recordaba demasiado bien: ese dolor empático que siempre llevaba dentro, esa forma de sentir como si lo que le pasara a los demás le atravesara la piel.

—Entonces —susurró ella—. ¿Por qué querías verme? ¿Qué… qué tiene que ver conmigo?

Era el momento. El más difícil de todos. El que llevaba semanas ensayando y aun así no sabía cómo decir sin destrozar algo.

—Iris —dije en voz baja.

Ella frunció el ceño. Sus ojos buscaban los míos, intentando encontrar el final de la frase antes de que la dijera.

—Sabes que mis padres fallecieron hace años —continué, mirándola fijamente—. Y sabes también que mi tío, que era lo más parecido que tenía a un familiar, murió el año pasado.

Ella asintió despacio, muy tensa. Lo sabía porque su padre había trabajado para *Nordikon* durante toda su vida hasta jubilarse.

—Liina tampoco tenía familia —añadí, dejando que las piezas empezaran a encajar.

El ceño de Iris se frunció un poco más. Me dolió tener que decirlo. Me dolió hasta la médula. Pero lo dije.

—No tengo a nadie, Iris.

Ella abrió los labios, sorprendida, pero no tuvo tiempo a preguntar. Porque solté la bomba.

—Quiero que, cuando yo muera… —Tragué saliva—. Matteo se quede a tu cargo.

Iris se quedó helada. Ni siquiera respiró.

—No conozco a nadie mejor para entregar a mi hijo que a ti —añadí, con la voz firme, aunque por dentro temblara.

Y entonces sí, algo en ella se rompió. No lloró. Pero algo… algo cambió en su mirada. Algo profundo. Algo irreversible.

Después de su primera reacción, me relajé apenas un poco. Pero sabía que lo más difícil aún no había llegado: explicarle cómo sería realmente el día a día de Matteo, y lo que implicaba que ella aceptara cuidar de mi hijo si algo me ocurriera. Todo tenía que ser claro, sin filtros, porque Iris no necesitaba sorpresas ni medias verdades.

—Iris —empecé, cogiendo su mano con cuidado—. No quiero que sientas que esto es una carga. Ni que estoy poniendo sobre ti algo que no puedas manejar. Solo quiero que lo conozcas todo. Que sepas lo que implicaría para ti cuando… bueno, cuando me llegue el momento.

Ella asintió, con esa mezcla de determinación y cautela que siempre la caracterizó.

—Lo entiendo —susurró—. Quiero escucharlo.

—Bien —dije, tratando de mantener la voz firme—. Matteo tiene cinco años, como te he dicho. Es un niño dulce, curioso, muy observador… y se apega rápido a las personas que le importan. Me necesita a mí ahora, por supuesto, pero sé que, cuando llegue el momento, él necesitará alguien que lo cuide como si fuera su familia.

Ella me miró, con los ojos enormes, intentando procesar cada palabra. Su respiración era pausada, contenida, pero podía notar que su corazón estaba acelerado. La veía pensando, midiendo cada escenario en silencio.

—No quiero que pienses que te lo dejo todo de golpe —continué—. No será así. Él va a necesitar estabilidad, cariño y rutinas, y quiero que tú tengas tiempo para adaptarte a eso. No es algo que vaya a ocurrir de inmediato. Pero quiero que sepas que estoy pidiendo lo imposible: que seas su referente, su familia cuando yo no esté.

Iris tragó saliva y cerró los ojos un instante. Luego respiró hondo y volvió a mirarme. Su expresión era intensa, cargada de emociones. Pude leer en ella la mezcla de miedo, cariño y una responsabilidad inesperada.

—¿Y Matteo… sabe algo de ti? —preguntó, con voz suave—. Quiero decir, ¿sabe lo que te ocurre?

Sonreí, porque sabía que esta pregunta venía del lugar correcto. La protección de un niño no se tomaba a la ligera.

—No, no sabe nada —respondí—. Solo que tiene un padre que lo ama y que ha hecho todo lo posible para que no le falte nada. Y… bueno, a ti te conoce de tus vídeos. Te adora, Iris. No sabe por qué, pero te vemos juntos en tus redes y él siempre me dice que quiere ver más.

—Espera, ¿tú me sigues en redes? —preguntó frunciendo el ceño.

—No soy seguidor oficial, pero te busqué una vez, por curiosidad, y comencé a ver todos tus vídeos antes de que tuvieras todos esos seguidores. Me gustaba verte bien, feliz y sonriendo. Y Matteo me vio un día con el móvil el año pasado, preguntó qué hacía y se lo enseñé, se rio de un vídeo en el que estalló la licuadora y desde entonces somos tus fans número uno y dos —sonreí.

Ella parpadeó, y una pequeña sonrisa, tímida y genuina, apareció en sus labios. Esa sonrisa que siempre había sido capaz de iluminar incluso mis días más oscuros.

—¿De verdad me adora? —preguntó, casi incrédula.

—Sí —dije con firmeza—. Te adora. Y sé que, cuando yo falte, él también te verá como alguien seguro, alguien que lo cuidará como su propia familia. Nadie más podría ocupar ese lugar con la naturalidad que tú lo harías.

Hubo un silencio largo, pero esta vez no era pesado. Era un silencio lleno de reflexión, de aceptación. Pude ver cómo Iris procesaba todo, cómo su mente buscaba organizar la realidad que le estaba mostrando, y cómo su corazón, a pesar del miedo, empezaba a abrirse a la idea.

—Erik… —susurró finalmente—. No voy a mentir: esto es… mucho para mí. Es enorme. De todos los escenarios posibles que podría haber encontrado al volver a verte, jamás pensé que fueras a pedirme que me hiciera cargo de tu hijo.

—Como te he dicho, no conozco a nadie mejor que tú para cuidar de lo que más quiero en la vida.

Nos quedamos unos minutos más, en silencio, con la chimenea encendida, con nuestras manos entrelazadas. Había emoción, sí, y también miedo. Pero también había un hilo de esperanza.

Y supe, en lo más profundo de mi ser, que Matteo estaría en las mejores manos posibles. Que, aunque el futuro fuera incierto, no estaría solo. Que, de algún modo, todo lo que había pasado hasta ahora nos había llevado exactamente hasta este momento.

Y, por primera vez en meses, respiré sin sentir que me faltaba algo.

Capítulo 10



Iris

Me quedé paralizada. Las palabras de Erik flotaban en el aire, reverberando en mi mente como si estuvieran grabadas con fuego: “Quiero que, cuando yo muera, Matteo se quede a tu cargo”.

Sentí un escalofrío recorrer todo mi cuerpo, desde la nuca hasta las puntas de los dedos. Me faltaba el aire, y mi corazón latía con fuerza, casi desbocado. Era como si todo lo que había pensado sobre mí misma y sobre mi vida hasta ahora se hubiera detenido en ese instante, obligándome a reconsiderar todo.

No podía evitar pensar en lo que eso significaba. Hacerse cargo de un niño… no era solo acompañarlo, era criarle, protegerle, guiarle en cada paso de su vida. Siempre había querido ser madre, sí, pero nunca me había imaginado que, de repente, alguien me pidiera algo así. Y menos… él. Y menos su hijo.

—Erik… —balbuceé, con un hilo de voz—. No sé… No sé si puedo…

Él se inclinó hacia mí, cogiendo mis manos entre las suyas con esa firmeza tranquila que siempre me había hecho sentir protegida. Su mirada azul, intensa y serena, no dejaba lugar a dudas: confiaba en mí. Y de repente, por primera vez, sentí que yo tenía que confiar también.

—Iris —dijo, con la voz suave, calmada—. No tienes nada de lo que preocuparte. Cuando yo muera, todo lo que tengo pasará a nombre de Matteo y también al tuyo. Tú serás la albacea de mi hijo, pero además tendrás una parte que yo te dejaré en herencia.

Tragué saliva, incapaz de hablar. Su mano apretó ligeramente la mía, y continuó:

—La empresa quedará a manos de mi socio, pero nunca os faltará nada. Todo lo que genere en beneficios será para Matteo… y tú estarás junto a él, asegurándote de que todo salga bien.

Suspiré, con un nudo en la garganta. Mi mente giraba sin parar. No era solo cuidar de un niño, era asumir la responsabilidad de su vida, de su futuro, de todo lo que él tenía. Era un peso enorme, y no sabía si estaba lista.

—Erik… yo… no estoy preparada —susurré, bajando la vista—. No sé si podría ser la tutora de un niño. Es demasiado…

Él inclinó ligeramente la cabeza, y esa sonrisa tranquila que siempre había tenido apareció en sus labios.

—Yo confío en ti, Iris —dijo con firmeza—. Sé que lo harás bien. Sé que serás capaz.

Me quedé en silencio, procesando sus palabras, intentando imaginar cómo sería mi vida si aceptaba esa responsabilidad. Cada pensamiento venía cargado de emociones contradictorias: miedo, incredulidad, ternura… y un extraño calor en el pecho.

—Es solo que… nunca imaginé que alguien pudiera pedirme algo así —dije finalmente—. De todas las cosas que podrían pasar en mi vida… esto jamás habría pasado por mi cabeza.

Él me miró con esa mezcla de ternura y firmeza que siempre había tenido conmigo.

—Lo sé —susurró—. Por eso te pedí que vinieras. Porque eres la única persona en la que confío para cuidar de Matteo, aunque yo ya no pueda

hacerlo. Y sé que harás lo correcto.

Me dejé caer de nuevo en el sofá, intentando asimilar todo. Sentía que mi cabeza daba vueltas sin descanso, y cada vez que pensaba en Matteo, en su futuro, en la responsabilidad que me estaba ofreciendo, me parecía increíble.

—Iris… —dijo, acercándose más—. No quiero que esto te asuste. Ni que lo veas como una carga. Quiero que sea una oportunidad. Una oportunidad para ti y para él. Para los dos.

Suspiré profundamente, dejando que la gravedad de la situación se asentara en mi pecho. A pesar del miedo, había algo en sus palabras que me hacía sentir que podía hacerlo. Que podía estar a la altura. Que podía ser alguien importante en la vida de ese niño.

—Erik… —dije, bajando la voz—. No sé si estoy lista… pero… puedo intentarlo. Por él.

Él sonrió suavemente y me abrazó con fuerza, y en ese abrazo sentí que, de alguna manera, todo lo que había perdido en mi vida hasta ahora empezaba a tener sentido. Que aquel momento, aunque aterrador y sorprendente, podía ser el comienzo de algo completamente nuevo.

—Eso es todo lo que necesito escuchar —susurró—. Que estés dispuesta a intentarlo.

Suspiré al notar el modo en el que él se relajaba. Nunca imaginé que aceptar una responsabilidad así podría sentirse… tan bien. Tan correcto.

Me quedé sentada en el sofá, con la respiración aún entrecortada, tratando de procesar cada palabra que Erik me había dicho. Quedarme a cargo de Matteo… de su vida, de su futuro… era algo que jamás me había imaginado. Intentaba organizar mis pensamientos, ponerlos en orden, y no lograba más que un torbellino de emociones: miedo, incredulidad, ternura y un extraño vértigo que me recorría el cuerpo de pies a cabeza.

De repente, escuché unos pasos apresurados, ligeros, acompañados de una vocecita infantil que llamaba a su padre:

—¡Papá! ¡Papá!

Mi corazón dio un vuelco. No sabía qué esperar, pero cuando ese niño apareció corriendo por el salón, mi boca se abrió sola de asombro. Era guapísimo. Un niño rubio, de ojos azules como los de Erik, con una sonrisa amplia, desbordante, y un brillo en la mirada que irradiaba inteligencia y alegría. La viva imagen de su padre en miniatura.

Se detuvo frente a Erik, y mirándome con curiosidad, preguntó en un español perfecto:

—¿Es esta la amiga que me dijiste que vendría a vernos? —le vi con los ojos muy abiertos.

Erik asintió con una sonrisa y me presentó formalmente:

—Sí, Matteo. Esta es Iris. Iris, este es mi hijo.

El niño me miró directamente, y con la seguridad y naturalidad de alguien que sabía exactamente cómo usar su encanto, extendió la mano hacia mí:

—Encantado de conocerte —dijo, sonriendo mientras yo aceptaba su mano —. Te conozco de los vídeos. Papá, no me dijiste que ella era tu amiga.

—Bueno… ¡Sorpresa! —sonrió Erik, y Matteo se echó a reír.

No podía dejar de mirarle, sorprendida. Su sonrisa era contagiosa, su mirada directa y confiada, y la chispa de inteligencia que parecía tener en los ojos me desarmaba por completo.

—¿Cómo es que habla tan bien español? —pregunté, fascinada.

Erik se inclinó ligeramente hacia su hijo y explicó:

—Como tenemos sedes de la empresa en muchos países, quise que aprendiera varios idiomas desde pequeño, como hice yo.

El niño asintió con orgullo.

—De momento hablo estonio, inglés y español —dijo—. Y voy a aprender más idiomas, aunque ahora no recuerdo cuáles.

Sonreí, divertida y sorprendida. No podía creer que un niño de cinco años hablara tres idiomas y ya mostrara esa seguridad.

Erik me miró y añadió:

—Iris, ¿quieres que te enseñemos el resto de la casa y tu habitación?

Asentí entusiasmada, aún impactada por la belleza del niño y la calidez de la mansión. Me puse de pie, y de repente, Matteo cogió mi mano sin preguntar, guiándome con una confianza que me dejó boquiabierta. Miré a Erik, y él sonreía, como si hubiera sabido desde el primer momento que su hijo y yo congeniaríamos al instante.

Comenzamos a recorrer la casa. Cada estancia era más impresionante que la anterior. El salón, donde habíamos estado hasta ese momento, era amplio, con techos altos, ventanales enormes que dejaban entrar la luz de la tarde y una chimenea antigua de piedra encendida que le daba un calor acogedor. Las paredes estaban decoradas con cuadros contemporáneos y fotografías familiares cuidadosamente enmarcadas.

El comedor contiguo tenía una mesa enorme de madera oscura, con sillas tapizadas en terciopelo gris, y una lámpara de araña que reflejaba la luz en el techo, creando un efecto casi mágico. Matteo corría delante de mí, señalando cada detalle con entusiasmo.

—Y aquí está la cocina —dijo Erik, mientras pasábamos a través de un arco de madera—. Es moderna, con todos los electrodomésticos que puedas imaginar, pero manteniendo un estilo clásico que me gusta.

Subimos por la escalera principal, de madera clara y barandillas de hierro forjado, hasta el segundo piso, donde había seis habitaciones distribuidas con precisión: la de Erik, la de Matteo, la de invitados, la sala de juegos y dos habitaciones para visitas. Cada habitación estaba decorada con gusto exquisito: colores cálidos, muebles de diseño, iluminación cuidadosa y detalles que reflejaban tanto elegancia como comodidad.

Finalmente llegamos a mi habitación. Me quedé parada en la puerta, boquiabierta. Era amplia, con un ventanal enorme que daba a los jardines de la mansión, paredes en tonos suaves que transmitían calma, una cama grande con colchas de lino beige y detalles de decoración en madera y metal que combinaban lo moderno y lo acogedor. Había un escritorio junto a la ventana, con una silla elegante, y un pequeño sofá al lado de la cama. La habitación era luminosa, serena, acogedora… perfecta.

—Vaya… —susurré, recorriendo con la mirada cada detalle—. No puedo creer todo esto…

Matteo me sujetó la mano con fuerza, como si quisiera que supiera que lo acompañaría en todo el recorrido, y yo me dejé guiar. Sentí una mezcla de emoción y vértigo. Cada habitación, cada detalle, parecía decirme: "Este será tu nuevo mundo cuando llegue el momento… y también tu responsabilidad".

—Ahí tienes tu equipaje —dijo Erik señalando el sofá—. Ponte cómoda, organiza todo, que nosotros te esperamos para cenar dentro de una hora.

—Vale —sonreí, y los dos se fueron.

Cuando me quedé sola en la habitación, cerré la puerta detrás de mí y me senté en la cama, dejando que el peso de todo lo que había pasado y todo lo que me esperaba cayera sobre mí. Respiré hondo, tratando de organizar mis pensamientos.

De todas las cosas que Erik podía haberme pedido, sin duda esta era la más inesperada. Nadie me había hablado nunca de cuidar de un niño, de ser responsable de alguien más que de mí misma. Y ahora, de repente, me encontraba en un mundo que jamás imaginé, con un pequeño ser que ya ocupaba parte de mi corazón, y con Erik confiando en mí para algo que sentía que iba mucho más allá de mis capacidades.

Me recosté un momento sobre la cama, mirando el techo, pensando en Matteo, en Erik, en la responsabilidad y en la vida que estaba por comenzar. Todo parecía tan real… y a la vez, tan abrumador.

Pero algo dentro de mí también empezaba a despertar: una mezcla de curiosidad, cariño y determinación.

Tal vez, solo tal vez, podría estar a la altura de lo que Erik me pedía. Y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que aquel desafío podría ser también una oportunidad de cambiar mi vida… y la de un niño que necesitaba amor y cuidado.

Capítulo 11



Iris

Cuando me quedé sola en la habitación, sentí que el silencio se hacía enorme. No incómodo… pero sí denso, como si las paredes, los muebles y hasta el aire estuvieran al tanto de todo lo que había pasado.

Me levanté despacio de la cama. Había pasado casi media hora desde que Erik y Matteo me dejaron allí para instalarme, aunque para mí había sido como si solo hubieran pasado unos segundos; mi cabeza seguía dando vueltas.

Me acerqué a mi equipaje, que estaba apoyado ordenadamente en un lateral del sofá, y me obligué a ocuparme de algo práctico. Necesitaba hacerlo. Ordenar, doblar, separar… poner algo físico en orden mientras mi cabeza trataba de hacer lo mismo con mi vida entera.

Abrí la maleta grande primero. La cremallera sonó fuerte en la habitación silenciosa. Dentro había doblado con esmero mis jerséis, mis pantalones, mis vestidos favoritos en tonos cálidos y también alguna prenda más atrevida que había metido “por si acaso”, aunque ni yo sabía en ese momento qué significaba ese “por si acaso”.

Saqué un jersey beige de cuello alto y lo puse sobre la cama, sintiendo la suavidad de la lana entre los dedos. Después, un vestido de punto burdeos que siempre me hacía sentir elegante sin esfuerzo. Colgué ambas prendas en el armario empotrado, que olía a madera y a algún tipo de esencia limpia, probablemente algo como sándalo.

Mientras colocaba mis botas en la parte inferior del armario, mi mente volvía una y otra vez a la conversación con Erik. No había manera de alejarla. Se colaba en cada pensamiento, en cada gesto, como si la voz grave y calmada de él aún estuviera resonando en mis oídos.

"Quiero que, cuando yo muera, Matteo se quede a tu cargo."

Era increíble cómo una sola frase podía cambiarlo todo.

Respiré hondo, apoyándome un segundo en el borde del armario. Me temblaban un poco las manos. No de miedo exactamente, pero sí de la magnitud del compromiso. De la fuerza de las emociones que todo aquello me generaba.

Yo había venido a Tallin pensando que quizá tendríamos una conversación incómoda sobre el pasado, que se cerraría algún capítulo y que seguiríamos con nuestras vidas. Nunca imaginé que me pediría algo así. Nunca imaginé que su vida había dado un giro tan duro, tan doloroso y tan irreversible.

Me obligué a seguir guardando ropa. Cuanto más hacía cosas sencillas, más podía respirar de nuevo.

Doblé mis camisetas y las puse en el cajón superior. Ordené mis productos de aseo en el baño, alineándolos por costumbre. Abrí la maleta pequeña, donde llevaba mi neceser de maquillaje, mi cámara para grabar y los pequeños focos plegables que siempre me acompañaban porque nunca sabía cuándo tendría que improvisar un vídeo.

Estaba sacando mi estuche de anillos y collares, una cajita metálica adornada con pequeñas flores en relieve que Isa me había regalado por mi cumpleaños, cuando sonó mi teléfono.

El sonido me sobresaltó. Lo había dejado cargando en la mesita de noche y no esperaba ninguna llamada, así que mis nervios se encendieron automáticamente. Crucé la habitación con rapidez y lo cogí. Cuando vi quién llamaba, un alivio instantáneo me recorrió el pecho.

Isa. Mi Isa. Respiré hondo y me senté en el borde de la cama antes de deslizar el dedo para descolgar.

—Dime que ya le has visto —dijo ella sin saludo previo, directa como una flecha—. Y que habéis hablado. Y que no te has caído entrando en su casa, porque sería un clásico.

Me reí sin poder evitarlo. Dios, cuánto necesitaba esa risa.

—Sí, ya le he visto —contesté, intentando sonar más tranquila de lo que estaba—. Y hemos hablado. Mucho.

Hubo un silencio inmediato al otro lado de la línea. Isa no necesitaba ver mi cara para saber que había algo más. Lo detectaba en dos segundos, como siempre.

—Vale —dijo despacio—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha dicho? Porque te conozco, Iris, y ese "hemos hablado, mucho" está cargado de mierda. Suéltalo ya.

Tragué saliva, apoyé el codo en la rodilla y me cubrí la frente con la mano. No sabía ni por dónde empezar.

—Isa… —Empecé a decir, y ya solo con eso la escuché mover algo al otro lado, como si se colocara mejor para prepararse—. Es que… no te imaginas lo que me ha contado.

—Pues cuéntamelo. No estoy para acertijos, llevo toda la mañana editando fotos y eso ya me tiene el cerebro derretido.

Respiré hondo. Tenía que decírselo. Ella era la persona que siempre me ponía los pies en la tierra.

—Erik estuvo casado —solté, directa. Hubo un silencio.

—Ya —respondió ella, sin sonar especialmente impactada—. Vale. Lógico. Guapo, exitoso, adulto funcional… alguien habría caído. ¿Y qué más?

Cerré los ojos. Ojalá fuera solo eso.

—Tuvo un hijo —dije, y otro silencio me respondió al otro lado.

—Ay, mira —respondió Isa—. Ya me imaginaba algo así. Un CEO de cuarenta años… era cuestión de probabilidades, cariño. ¿Qué edad tiene el niño?

—Cinco.

—Vale. Sigue. Estoy preparada para la siguiente bomba, que sé que viene. Te conozco.

Me mordí el labio antes de decirlo.

—Isa… su mujer murió. Hace dos años.

Ella tardó en reaccionar. Cuando habló, su voz sonó más suave.

—Ostras, Iris… —susurró—. Qué fuerte. Pobrecillo. ¿Y él cómo está?

—Está… roto —admití en voz baja—. Es fuerte, ya sabes cómo es él, pero se nota que ha sufrido muchísimo. Y aún hay más.

—¿Más? —exclamó ella—. ¿Qué puede haber más? ¿Es un vampiro? ¿Lleva una doble vida como espía? ¿Ha descubierto que es mi gemelo perdido?

No pude evitar soltar una risa nerviosa.

—Isa, por favor…

—Va, dímelo ya —exigió, y pude imaginármela mordiéndose una uña.

Tomé aire.

—Tiene una enfermedad degenerativa. No hereditaria. Avanza rápido. Muy rápido.

No escuché nada al otro lado durante varios segundos. Nada. Ni siquiera su respiración. Y cuando por fin habló, su voz sonó diferente. Fría y emocional a la vez.

—¿Qué…? —susurró—. ¿Está… muy jodido?

Asentí, aunque ella no podía verlo.

—Sí. Lleva un año y medio de tratamiento. Pero ya no funciona igual.

Isa maldijo en voz baja.

—Joder. Joder, Iris… eso sí que no me lo esperaba. Ni en mil años. Y mira que yo he fantaseado con teorías, pero ninguna así.

Tragué saliva.

—Es que no es todo —añadí.

—¿Hay más? —casi gritó—. ¡Si dices algo más voy a necesitar un orfidal!

Inspiré profundamente. Era ahora.

—Me ha pedido… que cuando él muera, yo me haga cargo del niño.

El silencio que siguió fue tan absoluto que podía haber contado mis propias pulsaciones.

—No puede ser —dijo al fin—. No… no, no, no. No puede ser que te haya pedido eso. Mira que yo pensé en posibles razones para que te llamara después de tantos años —su tono empezó a acelerarse—. Pensé que quería verte para: uno, cerrar asuntos del pasado; dos, soltar algún trauma raro; tres, follar unos días porque está solo y caliente; cuatro, pedirte perdón por algo que ni sabíamos. ¡Pero esto! ¡Esto no estaba en ningún universo posible!

Me llevé una mano al pecho, sintiendo cómo se me agitaba el corazón de nuevo.

—Pues me lo ha pedido —susurré—. Muy en serio.

—Madre mía… —suspiró—. ¿Y tú? ¿Qué has dicho? ¿Qué vas a hacer?

Miré alrededor de la habitación como si buscara una respuesta escrita en las paredes.

—Le he dicho que… puedo intentarlo —confesé—. Que no sé si estoy preparada para algo así, pero que lo intentaré. Por él. Por Matteo. Porque sé que necesita a alguien que esté ahí. Y… no sé. Siento que debo hacerlo.

Isa soltó un bufido, mezcla de incredulidad y cariño.

—Iris, hija… qué corazón tienes. Te lo juro, te lo van a tener que asegurar como si fuera una joya de museo.

Me apoyé en la cama, cerrando un momento los ojos.

—Creo que me voy a quedar un tiempo aquí, en Tallin —continué—. Conocer mejor a Matteo, saber todo lo que pueda de él, de sus rutinas, de su vida… No puedo aceptar algo así sin prepararme.

—Y haces bien —respondió—. Muy bien. Pero prométeme una cosa: llámame a menudo. Cada día. Cada dos horas si hace falta. Y por supuesto, díselo a tus padres. Bueno… prepárate para lo que viene después de eso, porque van a alucinar en colores. Igual tu madre se desmaya. Tu padre se atraganta con el café. Va a ser un festival.

Solté una carcajada suave. Me hacía falta.

—Lo sé —contesté—. Pero se lo contaré. Cuando pueda, cuando esté un poco más ubicada.

—Vale —dijo, más dulce—. ¿Estás bien?

Me detuve antes de responder. Había mil emociones luchando dentro de mí.

—No —admití al fin—. No estoy bien. Estoy… abrumada. Triste. Sorprendida. Y también… no sé. Conmovida. Todo a la vez.

—Normal —respondió con cariño—. Es muchísimo. Nadie estaría bien. Pero no estás sola, ¿vale? Me tienes a mí. Y tendrás a Matteo. Y ese

hombre… bueno. Ya sabemos lo que ese hombre provoca en ti.

Suspiré.

—Isa…

—Calla. Ya hablaremos de eso. Por ahora, una cosa: respira. Date una ducha, cámbiate, céntrate. Y luego bajas a cenar como una persona normal y no con la cabeza metida en una tormenta.

Sonreí.

—Eso voy a hacer.

—Te quiero, idiota —dijo con su tono habitual.

—Y yo a ti —susurré, y colgué.

Me quedé mirando el teléfono varios segundos, respirando despacio. La voz de Isa siempre me recolocaba, pero esta vez… esta vez la realidad seguía demasiado grande, demasiado intensa.

Dejé el móvil en la mesita y me levanté. Me miré en el espejo grande junto a la puerta del baño. Tenía los ojos un poco rojos, el pelo revuelto, la camiseta arrugada por el viaje… y aun así había algo en mi reflejo que parecía distinto. Como si supiera que acababa de cruzar un umbral invisible.

Entré en el baño y abrí el grifo de la ducha. El agua empezó a caer caliente, constante, llenando el espacio de vapor. Me desnudé despacio, dejando la ropa en una pequeña pila en el suelo, y me metí bajo el chorro. Cerré los ojos.

El agua caliente cayó sobre mis hombros y sentí cómo por primera vez desde que aterricé en Tallin podía respirar con un poco más de calma. No del todo, pero sí lo suficiente para volver a mí misma durante unos minutos.

Dejé que el agua resbalara por mi espalda, por mis brazos, por mis manos. Me lavé el pelo mientras intentaba no pensar en Erik. No pensar en Matteo. No pensar en ese futuro que se había abierto repentinamente ante mí.

Pero era imposible.

Cada vez que cerraba los ojos veía la mirada de Erik. Ese azul profundo que tantas veces me había hipnotizado cuando tenía dieciocho años. Esa calma rota que ahora llevaba dentro. La fuerza con la que me había hablado. La vulnerabilidad que nunca antes le había visto. Y esa petición… esa petición imposible.

Me quedé bajo el agua hasta que el vapor llenó todo el cuarto de baño. Después me enjaboné, me aclaré y salí envuelta en una toalla grande y suave que tenía el olor característico de la casa.

Me sequé el pelo con rapidez, usé la crema hidratante que había traído conmigo y fui al armario para escoger ropa limpia.

Quería algo cómodo. Algo que no llamara la atención, pero que me hiciera sentir bien en una cena que, inevitablemente, sería importante.

Elegí un jersey de punto gris claro, suave, con cuello barco; unos vaqueros negros ajustados y cálidos; y un par de calcetines gruesos de lana que parecían abrazarme los pies. Me sequé el pelo solo un poco más y lo dejé suelto, cayendo en ondas naturales.

Cuando me miré al espejo de nuevo, pensé que al menos parecía una versión más estable de mí, aunque por dentro siguiera siendo un caos.

Respiré hondo. Era hora de bajar. Era hora de verlos a los dos de nuevo.

Y, sin saber muy bien cómo, sentí que aquel simple gesto de bajar a cenar podría ser el primer paso hacia una vida completamente distinta. Una vida que jamás había imaginado.

Bajé al comedor y me encontré con una escena que me arrancó una sonrisa inmediata: Erik y Matteo ya estaban allí, sentados frente a una mesa generosa y rebosante de platos que olían de maravilla. Entre los aromas destacaban el *verivorst*, unas morcillas de sangre típicas de Estonia, el *kohuke* como postre dulce, una *rosolje*, ensalada de remolacha con patata y arenque, acompañada de un *kiluvõileib*, los clásicos sándwiches abiertos con arenque y, para

rematar, un buen plato de *sült*, gelatina de carne, y pan de centeno recién horneado que llenaba la cocina de su aroma cálido y reconfortante.

—¡Por fin has bajado! —exclamó Matteo con entusiasmo—. Te estaba esperando para que probaras todo esto.

Erik me sonrió desde su silla, y sentí ese calor familiar que siempre me daba verlo así, tan relajado con su hijo.

—Todo se ve delicioso —dije mientras tomaba asiento—. ¿Lo habéis cocinado vosotros?

—Bueno… —dijo Erik, encogiéndose de hombros—. Íbamos a intentarlo, pero solo Kärt entra en la cocina.

Matteo estalló en risas.

—No nos deja cocinar. Dice que en esa cocina nadie más que ella puede preparar la comida. Aunque a lo mejor te deja a ti hacer alguna de tus recetas.

—No, no creo que me deje entrar ahí, no vaya a ser que la queme —reí.

—¡No me pierdo ni un solo vídeo tuyo de cocina! —dijo entonces Matteo, señalándome con entusiasmo—. Los que más me gustan son los de cuando sale mal todo… así aprendo cómo no cocinar.

Los tres nos reímos, y la cena se convirtió en un momento divertido y ligero, lleno de bromas, risas y pequeñas anécdotas de cocina que Matteo contaba con entusiasmo, enseñándonos sus trucos para no quemar ni un pan ni una morcilla. Cada plato parecía cobrar vida en la mesa, y por un momento, me sentí parte de esa familia, parte de esa complicidad que Erik y Matteo compartían.

Cuando terminamos, Erik y yo acompañamos a Matteo a su habitación. Lo ayudé a ponerse el pijama, y él me miró con esos ojos enormes, llenos de confianza y ternura.

—Buenas noches, Iris —dijo con una sonrisa traviesa.

—Buenas noches, mi pequeño explorador —susurré mientras lo abrazaba —. Que sueñes con aventuras increíbles.

Erik se inclinó para darle un beso en la frente y dijo con voz suave:

—Buenas noches, campeón. Te quiero mucho.

Matteo se acurrucó en su cama, y nos quedamos un momento observándolo, sintiendo que aquella rutina nocturna era un refugio seguro en medio de todo lo demás. Salimos de la habitación, y en el pasillo, Erik me acompañó hacia mi habitación.

Nos detuvimos en medio del pasillo, mirándonos fijamente. Con cuidado, colocó un mechón de mi cabello detrás de la oreja, y luego me besó en la frente.

—Gracias por venir, por escucharme y por quedarte con nosotros estos días —dijo con suavidad—. No sabes lo mucho que significa.

Sentí un nudo en la garganta y una mezcla de emociones que me hizo estremecer. Lo miré fijamente, y por un instante pensé en lo que pasaría si volviera a besarme… si sentiría lo mismo que años atrás.

Él sonrió con esa seguridad tranquila que siempre me desconcertaba.

—Sé lo que estás pensando —dijo.

—No lo sabes —respondí, aunque mi voz temblaba ligeramente.

Se inclinó hacia mí y me susurró al oído:

—Quieres saber si sentirías lo mismo si te besara ahora mismo, y no voy a mentir… lo haría. Pero no quiero que cuando muera sientas que has perdido por segunda vez al primer hombre al que amaste.

Y, como solía hacer, me besó en el cuello, rozando la piel con un calor familiar. Se apartó, y nos quedamos mirándonos en silencio. Finalmente, me deseó buenas noches y se fue.

Entré en la habitación, y no pude contener las lágrimas. Me eché en la cama, abrazando la almohada, pensando que eso ya era un hecho, que una vez más estaba sintiendo que perdía al primer hombre al que había amado, y que esta vez dolía igual… o incluso más.

Capítulo 12



Erik

El lunes amaneció más gris de lo habitual en Tallin, con esa luz azulada que se filtraba tímida entre las cortinas gruesas de mi habitación. Me incorporé despacio, con la sensación aún tibia de un fin de semana que había tenido mucho más brillo que cualquier amanecer nórdico.

Durante unos segundos me quedé sentado al borde de la cama, respirando el aire frío que siempre flotaba en la casa a primera hora, ese aire que me despejaba mejor que cualquier ducha helada. Me pasé una mano por el rostro, intentando ordenar las ideas antes siquiera de poner los pies en el suelo, pero no tardaron en aparecer ellos dos en mi cabeza: Iris y Matteo. O Matteo e Iris. En ese orden indistinto que habían tenido estos días.

Me levanté finalmente y avancé hacia el vestidor, que formaba parte de la propia habitación. Desde atrás, la cama quedaba amplia, impecable salvo por la arruga del lado donde yo dormía. La habitación era sobria, con paredes en tonos grafito y un par de cuadros minimalistas que Markkus insistió en que necesitaba para “humanizar el espacio”. El suelo de madera oscura estaba siempre frío por la mañana, y las alfombras, gruesas y blancas, ofrecían el único toque suave en todo el conjunto.

Frente a la cama había una chimenea moderna que encendía en invierno, aunque ahora solo mostraba piedras negras y frías. A un lado, un ventanal enorme dejaba ver el jardín cubierto de rocío, y más atrás, el bosque que rodeaba la mansión. La mesa baja al lado del ventanal tenía un libro que

llevaba semanas sin tocar y un coche de juguete azul de Matteo que, sin querer, se había quedado allí desde la tarde del viernes.

Entré al vestidor, un espacio ancho y ordenado, con estanterías altas y luz cálida. El olor a madera de roble se mezclaba con el perfume tenue que usaba cada mañana, y por un instante me vi reflejado en el espejo de cuerpo entero: camisa blanca a medio abotonar, cabello aún revuelto, ojeras ligeras y esa expresión tranquila que solo mantenía después de un buen fin de semana. Me terminé de abotonar la camisa mientras pensaba en lo que había sido realmente aquel fin de semana. Mucho más de lo esperado. Mucho más de lo que habría confesado a cualquiera.

Iris. Simplemente recordarla hacía que el lunes pareciera menos lunes.

No había cambiado. Esa fue la primera idea que me golpeó, igual que me había golpeado el viernes cuando la vi. Podían haber pasado nueve años; de hecho, habían pasado, pero ella seguía siendo la misma mezcla imposible de caos y luz, de torpeza graciosa y brillantez espontánea, de dulzura y ruido. Un ruido que, para mi sorpresa, no me había molestado ni un solo segundo. Su voz había llenado los espacios de la casa como si siempre hubiera pertenecido aquí.

Mientras cogía una de las corbatas del cajón, me sorprendí sonriendo. Me acordé, inevitablemente, de cuando salíamos hace años, de aquellos ratos en Madrid cuando ella aún estudiaba. Había una tarde en particular que siempre volvía a mí, como si mi memoria la protegiera para que no se deshiciera con el tiempo. Caminábamos por El Retiro; ella llevaba un helado que se le estaba derritiendo demasiado rápido, y de alguna manera consiguió mancharme no solo la mano, sino también la camisa y creo que incluso el pelo. Se reía tanto, tanto, que ni siquiera pude fingir enfado. Aún recordaba haber pensado, en ese momento exacto, que estaba perdido. Que me había enamorado de ella sin remedio. Y que, por una vez en la vida, no me importaba nada.

No había cambiado. Seguía riéndose igual, igual de fuerte, igual de sincera, como si cada carcajada fuera un salvavidas lanzado contra la oscuridad. Y yo, que había pasado dos años intentando acostumbrarme a un silencio brutal, me descubrí buscándola. Esperando que volviera a reír.

Esperando que su voz llenara otra vez la habitación, o la cocina, o el coche, o lo que fuera.

Terminé de meter la camisa por dentro del pantalón y me acerqué a la ventana mientras anudaba la corbata. Desde allí podía ver el lateral del jardín donde Matteo había jugado el domingo con ella. Bueno, "jugar" quizá era poco. Habían hecho un recorrido absurdo con muñecos, coches, ramas y un gorro de león que Matteo insistió en que Iris debía ponerse. Y ella lo hizo, claro. Parecía hecha de esa fibra de gente que nunca decía que no a un niño cuando se trataba de imaginación.

Lo más sorprendente, con diferencia, había sido Matteo. Sabía que congeniarían; Iris tenía ese algo que hacía que los niños la adoraran sin esfuerzo, pero no esperaba que lo hicieran tan rápido. En cuanto Matteo la vio, se quedó mirándola con esa cara suya entre sorpresa y reconocimiento, y luego la reconoció. Yo pensé que ella se pondría roja, o que intentaría explicarle algo, pero no: se rio. Y se rio tan fuerte que Matteo se rio también sin saber por qué. Fue como ver dos imanes que llevaban años esperando estar cerca.

La conexión entre ellos dos era… distinta. No forzada, ni circunstancial, y tampoco de compromiso. Era natural. Como si Matteo hubiera decidido, sin consultarlo con nadie, que ella estaba en su lista de personas importantes. Y yo, al observarlos desde la distancia este fin de semana, tuve una idea que me sorprendió tanto como me tranquilizó: cuando yo no pudiera estar, Matteo estaría en buenas manos. Ella lo cuidaría como si fuera suyo. Lo adoraría como yo lo adoraba. Lo protegería sin que nadie se lo pidiera. Lo supe de repente, como se sabían las cosas importantes. Y fue extraño, porque fue la primera vez en mucho tiempo que sentí alivio real.

Me detuve un segundo, con la corbata medio hecha, cuando otro recuerdo me golpeó. Uno menos agradable. Uno de esos que llevaban nueve años clavados.

El padre de Iris.

Había intentado no pensar demasiado en él este fin de semana, pero la verdad era que su sombra seguía ahí, como siempre. Aquel día, nueve años atrás, cuando me pidió que me apartara. Que dejara que su hija viviera su

vida, que disfrutara, que saliera con chicos de su edad. Yo tenía treinta y uno, ella veintiuno. Él lo vio como una diferencia insalvable. Yo… no. Nunca lo vi así. Pero lo respeté. Porque la quería. Porque me había enamorado de ella. Y porque, de una manera retorcida, pensé que quizá estaba protegiéndola. Me equivoqué. O quizá solo me convencí de que era lo correcto.

A veces me preguntaba cómo habría sido todo si no hubiera aceptado aquella petición absurda. Si hubiera luchado. Si hubiera insistido. Si hubiera tenido la valentía que me faltó. Quizá Iris habría estado aquí años antes. Quizá el vacío de estos últimos años no habría sido tan profundo. Quizá yo no habría tenido que aprender a vivir con la sensación constante de pérdida.

Apreté el nudo de la corbata, ajustándolo con precisión, expulsando esas ideas que no me llevaban a ninguna parte. El pasado no cambiaba. Y no podía permitirme quedarme atascado ahí.

Cogí la chaqueta y me la puse mientras salía del vestidor. La habitación estaba ahora llena de la luz tenue de la mañana. Miré una última vez el coche azul que Matteo había dejado en la mesa y sonreí. Ese coche había dormido con más tranquilidad que yo.

Salí de la habitación y avancé por el pasillo silencioso. A medida que bajaba las escaleras, el olor a café recién hecho empezó a llegarme y, con él, una sensación cálida que no tenía nada que ver con la temperatura.

El día podía ser lunes. Pero lo empezaba ligero. Y eso… no era habitual.

Al bajar el último tramo de la escalera, antes incluso de llegar al pasillo que daba a la cocina, escuché la risa de Matteo. Una risa clara, infantil, llena de esa luz que parecía capaz de atravesar cualquier muro que la vida hubiese puesto ahí. Era la clase de sonido que siempre me había devuelto a tierra, pero aquella mañana tenía otro matiz. Era una risa que venía acompañada de otra, suave y brillante, una risa que conocía demasiado bien.

La de Iris.

Me detuve un segundo en el rellano, sin moverme, dejándome rodear por ese sonido. Era una combinación que jamás habría imaginado escuchar bajo mi techo. Y, sin embargo, desde que Iris había llegado, parecía que la casa se

hubiese acostumbrado a ello de la forma más natural del mundo. Como si siempre hubiera sido así. Como si ese equilibrio improbable entre la risa infantil de mi hijo y la risa improvisada, cálida y musical de Iris llevase años asentado en nuestras paredes.

Había estado ahí desde que ella llegó. Y lo cierto es que no podía negar que la casa llevaba días sonando… diferente.

No mejor. Ni peor. Simplemente más viva.

Sonreí sin darme cuenta y retomé el camino hacia la cocina. Empujé la puerta con la mano y entré.

La escena que encontré me pilló totalmente desprevenido por lo cotidiana que parecía, por lo natural que se había vuelto en tan poco tiempo: Matteo estaba sentado en la isla central, con las piernas balanceándose y un cuenco de yogur entre las manos. A su lado, Iris sostenía su móvil inclinado hacia él, mientras ambos observaban la pantalla como si fuesen los dos protagonistas de una misión delicadísima. Matteo se reía. Iris también. Y ninguna de las dos risas necesitaba explicación.

—Buenos días —saludé, dejándome ver del todo.

Matteo levantó la cabeza de inmediato.

—¡Buenos días, papá! —exclamó, sonriendo y mostrándose de lo más alegre.

Iris giró la cabeza y me dedicó una sonrisa tan natural, tan ligera, que sentí una punzada familiar en el pecho. Esa sonrisa había sido durante años una brújula inútil que marcaba un norte que no me atreví a seguir. Y allí estaba de nuevo. Sin haber cambiado un ápice.

—Buenos días, Erik —respondió ella.

En ese mismo instante, Kärt apareció a mi derecha como siempre, puntual, silenciosa, eficiente. Llevaba una taza ya preparada en la mano, y sin necesidad de pedirlo, la dejó frente a mí sobre la encimera.

—Buenos días —dijo con un asentimiento respetuoso.

—Buenos días, Kärt. Gracias —respondí, cogiendo el café entre las manos.

El aroma me ayudó a terminar de aterrizar en la mañana mientras seguía observando a los dos que tenía delante.

—¿Qué estáis viendo tan temprano? —pregunté.

Matteo levantó el móvil de Iris con ambas manos, orgulloso como si estuviera sujetando un trofeo.

—Los comentarios del vídeo del bizcocho quemado —anunció, riéndose de nuevo.

Iris apoyó un codo en la isla y se llevó una mano a la frente, en un gesto de lo más teatral.

—No estaba tan quemado…

—¡Sí que estaba! —respondió Matteo, encantado con la confesión—. Mira, este comentario dice que parecía carbón con azúcar.

Ella volteó los ojos.

—La gente es dramática…

—El bizcocho también —sentenció Matteo, levantando un dedo como si hubiera dicho una gran verdad.

Me reí por lo bajo y tomé un sorbo de café. Era imposible no contagiarse.

—Ese vídeo —dije, mirándola por encima del borde de la taza—. Se está haciendo famoso en esta casa.

Iris se encogió de hombros.

—No puedo evitar que mis fallos tengan carisma.

—Ni que mi hijo los adore —añadí.

Matteo asintió muy serio, como si lo confirmara oficialmente.

Seguimos desayunando los tres, cada uno a su ritmo: Matteo devorando el yogur entre risas, Iris robándole pequeños trozos de fruta del plato sin que él se diera cuenta, o fingiendo no darse cuenta, y yo terminando mi café mientras observaba la escena que tenía delante sin comprender del todo cómo se había vuelto tan imprescindible tan rápido.

—¿Tienes todo listo en la mochila, Matteo? —pregunté mientras me ponía de pie para dejar la taza en el fregadero.

—¡Sí! —respondió él enseguida—. Iris me ayudó a revisarla.

Iris levantó una mano con gesto de inocencia exagerada.

—Solo supervisé… él lo tenía casi todo listo.

—Faltaban los guantes —replicó Matteo con una risita delatora.

—Bueno… —Iris se cruzó de brazos—. En mi defensa, tus guantes estaban camuflados dentro de tu abrigo.

Matteo arqueó una ceja con la misma expresión que tenía yo cuando fingía no estar convencido de algo.

—No estaban camuflados.

—Estaban escondidos —insistió ella.

Él negó.

—Tú los escondiste sin querer.

—Matteo… —Iris suspiró dramáticamente—. No sé por qué te he cogido cariño si eres tan sincero.

Él se echó a reír de nuevo, y yo también.

Terminado el desayuno, Matteo bajó de la encimera y salió corriendo hacia la entrada para ponerse las botas, como hacía cada mañana. Iris se levantó después, recogiendo el móvil, y yo me puse la chaqueta mientras Kärt nos observaba desde la distancia con esa mezcla de profesionalidad y ternura que siempre tenía con Matteo.

—¿Listos? —pregunté.

—¡Sí! —respondieron los dos a la vez.

Salimos de la casa poco después, los tres juntos. El aire frío de Tallin nos recibió de golpe, igual que cada mañana, pero Matteo lo celebró soplando al aire como si estuviera haciendo nubes de vapor para impresionar a Iris. Ella fingió sorprenderse cada vez, exagerando las expresiones como una actriz de teatro infantil.

Mi hijo estaba encantado. Iris también. Y yo… bueno, yo intentaba no pensar demasiado en lo que significaba verlos así.

Capítulo 13



Erik

El camino hacia el coche fue breve. Matteo se adelantó a pasos torpes pero entusiastas por la nieve, dejando pequeñas huellas irregulares. Iris le siguió, comentando algo sobre que parecía un explorador polar en miniatura. Yo cerré la puerta de la casa y los observé desde la distancia durante unos segundos. La imagen se me quedó grabada: ellos dos juntos, caminando hacia el coche con la naturalidad de quien compartía algo más profundo que una simple convivencia improvisada.

Los alcancé y nos metimos dentro. Matteo se colocó en su silla, y mientras yo ajustaba el cinturón, él empezó a contarme por quinta vez que en el colegio habían empezado un proyecto sobre animales del Ártico. Iris escuchaba desde el asiento del copiloto, girada hacia atrás, con una atención que normalmente solo se reservaba para las cosas verdaderamente importantes.

Arranqué el coche y comenzamos a circular por la avenida bordeada de árboles desnudos.

—Tu hijo es increíble —dijo Iris tras unos minutos de trayecto, aún mirando a Matteo por el retrovisor interior.

—Ya lo sé —respondí con una sonrisa inevitable—, pero me gusta que me lo recuerdes.

Ella rio suavemente.

—Es muy… no sé cómo decirlo. Muy de verdad. Tiene una forma tan natural de querer a la gente…

Matteo, escuchando a medias, murmuró un "sí" automático sin entender que estábamos hablando de él.

—Siempre ha sido así —dije, manteniendo la mirada en la carretera—. Aunque creo que contigo se ha soltado más rápido que con nadie.

Iris bajó la mirada unos segundos.

—Me sorprende. Pensé que estaría más tímido al principio.

—Yo también —admití—. Pero es que… no sé explicarlo. Tenía la sensación de que congeniaríais. Aunque no imaginé que tanto y tan pronto.

Ella sonrió, pero una sonrisa dulce, pequeña, íntima.

—Es un niño muy especial, Erik.

—Sí. Y tú también lo eres para él.

No me miró. Giró la vista hacia la ventanilla, quizá porque había algo en esa frase que no esperaba, o quizá porque esperaba demasiado de ella.

Llegamos al colegio a los pocos minutos. Era un edificio moderno, de tonos claros, con un patio grande donde ya corrían algunos niños. Matteo bajó del coche a toda velocidad, como siempre, y corrió hacia la puerta principal. Pero antes de entrar, se giró y volvió hasta nosotros.

—¡Se me olvidaba! —exclamó.

Tanto Iris como yo nos agachamos un poco para recibirle. Matteo nos abrazó a los dos con esa energía suya que parecía no tener límites. Primero a Iris, rodeándole el cuello con los brazos. Luego a mí. Y nos dejó un beso en la mejilla a cada uno.

—¡Hecho! —dijo, como si se tratara de un ritual.

—Que tengas un buen día, campeón —le dije, despeinándole suavemente el flequillo rubio.

—¡Lo tendré!

Su profesora salió en ese momento al pasillo del hall y nos saludó con una inclinación amable.

—Buenos días —dijo—. ¿Y usted es…?

Iris levantó la mano, un poco nerviosa pero sonriente.

—Soy Iris. Me quedaré un tiempo con ellos y algunos días traeré a Matteo al colegio.

La profesora sonrió más ampliamente.

—Perfecto. Encantada. Matteo habla mucho de usted.

Iris abrió los ojos, sorprendida.

—¿De mí?

—Mucho —confirmó la mujer.

Matteo, desde atrás, añadió:

—¡Porque se cae siempre!

Iris se llevó una mano a la frente mientras la profesora contenía una risa educada y yo negaba con la cabeza.

—Nos vemos luego —dijo Matteo levantando la mano antes de entrar al aula.

Lo observamos desaparecer por el pasillo y, cuando ya no estuvo a la vista, exhalé sin darme cuenta. Había algo en esa combinación de despedidas, risas

y expresiones infantiles que siempre me dejaba un poco más vacío y un poco más lleno al mismo tiempo.

Nos dirigimos de vuelta al coche. El aire helado golpeó nuestras caras al salir del edificio y los dos subimos enseguida, agradeciendo la calefacción cuando se encendió.

—Bien —dije mientras me abrochaba el cinturón—. Te llevo a *Nordikon*.

Ella sonrió.

—Perfecto. ¿Preparado para que critique tu oficina?

—No vas a criticar mi oficina.

—Erik… la voy a criticar desde el momento en que entre.

No pude evitar reír.

—Antes de que empieces con eso —añadí mientras comenzaba a conducir —, quiero que conozcas a alguien. A mi mejor amigo. Y mi socio.

Ella me miró de reojo.

—Markkus.

—Sí —asentí. Matteo le había hablado de él durante el fin de semana.

—¿Es tan serio como dices?

—Más.

Ella rio y apoyó la cabeza en el reposacabezas. Conduje unos segundos en silencio antes de hacer la pregunta que me llevaba rondando desde hacía días.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte en Tallin?

Ella tardó en responder. Miró por la ventanilla, observando las calles que empezaban a llenarse de gente. Y entonces suspiró.

—Hablé con mis padres —dijo finalmente—. Y como puedo trabajar desde cualquier sitio… no tengo fecha de vuelta. No por ahora.

Volví la cabeza apenas un instante hacia ella. Iris no me miraba. Tenía la vista fija en el paisaje, en la nieve, en cualquier cosa que no fuese yo.

—¿De verdad? —pregunté con la voz más baja de lo que pretendía.

—De verdad.

Sonreí. No pude evitarlo.

—Igual hasta consigo volver a enamorarte otra vez —dije en tono suave, pero con un fondo real que ni yo intenté disimular.

Ella giró la cabeza despacio. Y cuando nuestras miradas se cruzaron, supe que iba a decir algo importante.

—Erik… —susurró—. No tienes que conseguirlo.

Mi corazón dio un golpe seco en el pecho. Ella bajó la mirada, casi avergonzada, y añadió:

—Nunca dejé de estarlo.

El mundo entero pareció detenerse durante un segundo. Y esa fue la última frase antes de que el silencio llenara el coche, no como una distancia, sino como un puente que acabábamos de construir sin darnos cuenta.

El silencio dentro del coche tenía un peso diferente al habitual. No era incómodo; al contrario, se sentía cálido, como si en esas palabras de Iris se hubiera colado una luz que había estado apagada demasiado tiempo. Sus ojos evitaban los míos, pero había algo en su respiración tranquila, en la forma en que sus manos descansaban sobre su bolso, que me decía que lo que acababa de confesar no era un juego ni una broma.

No dije nada. Solo conducía, con la mirada fija en la carretera, pero escuchando con atención cada pequeño sonido: el aire de la calefacción, el leve crujido del volante, el motor del coche y, sobre todo, la respiración de

Iris al lado. Era increíble cómo algo tan simple podía sentirse tan significativo.

—Bueno —dije finalmente, con una sonrisa que no necesitaba explicación —. Entonces supongo que no tengo que esforzarme demasiado.

Ella me miró de reojo, divertida y algo avergonzada a la vez.

—No… —susurró.

Mi sonrisa se amplió, y por un momento sentí una mezcla de alivio y alegría que me hizo apretar un poco más fuerte el volante, sin dejar de mirar la calle cubierta de nieve. Las aceras estaban llenas de pequeños charcos helados y pisadas recientes, y el sol apenas se asomaba entre los edificios, reflejando en los cristales un brillo frío y limpio.

—Matteo es… increíble —continué, cambiando suavemente de tema—. Siempre he pensado que tiene algo especial, pero contigo cerca se nota todavía más. Se abre, se ríe, confía… No sé cómo explicarlo.

Ella volvió a sonreír, y esta vez no evitó mi mirada del todo.

—Es un niño encantador —dijo, bajando un poco la voz—. Y es muy fácil quererle, de verdad.

—Sí —murmuré—. Y me da tranquilidad pensar que cuando no esté, estará en buenas manos. Con alguien que no solo lo cuide, sino que lo quiera como si fuera suyo.

Iris apartó la mirada un segundo, y un pequeño rubor apareció en sus mejillas. Supe que lo que había dicho había calado en ella, aunque no dijo nada. Esa combinación de silencio, mirada baja y sonrisa ligera era parte de lo que siempre me había atraído de Iris: su forma de ser sincera sin necesidad de palabras.

—¿Sabes? —continué—. Matteo me sorprendió estos días. No pensé que congeniaríais tan rápido, y… desde el primer momento parecía que se sintiera cómodo contigo. Es… raro, pero muy reconfortante.

Iris respiró hondo y asintió ligeramente.

—Yo también me sorprendí. Desde el primer momento fue como si nos conociéramos de siempre. Es muy dulce, muy cariñoso… y gracioso. Me encanta.

—Sí —dije, sonriendo por dentro—. Y me hace feliz. Porque cuando no esté, sé que le cuidarás como si fuera tuyo. Y que le querrás… de la misma manera.

Ella apartó la vista un momento, con la sonrisa suave que siempre me había resultado imposible de ignorar. No dijo nada, pero no hizo falta. El silencio compartido entre nosotros, mientras conducía por las calles de Tallin, tenía más significado que cualquier conversación.

El trayecto continuó, y hablamos de Matteo, de su cariño, de lo feliz que era al ver cómo se desarrollaba su relación con Iris. Compartimos pequeñas anécdotas: cómo Matteo había ido guardando sus juguetes favoritos junto a Iris, cómo se reía de sus vídeos sin pudor y cómo a veces parecía mirar a Iris como si ella fuese la heroína de un mundo que solo él conocía.

Llegamos finalmente a la puerta de la sede de *Nordikon*. Yo detuve el coche, respiré hondo y giré la cabeza hacia Iris.

—Bien —dije—. Aquí es donde te presento a Markkus, y a partir de ahora, será tu contacto cuando yo no esté. Es… reservado, pero confiable.

Ella asintió, aún con esa mezcla de emoción y nerviosismo que se reflejaba en su postura y en sus ojos.

—Perfecto —susurró—. Estoy lista.

Miré la fachada del edificio, moderna, elegante y con ese aire frío nórdico que tanto contrastaba con la calidez que traía Iris consigo. Abrí la puerta, la tomé del brazo ligeramente y entramos juntos, conscientes de que cada paso que dábamos era un paso más hacia un futuro que empezaba a delinearse frente a nosotros.

Matteo se había despedido con besos y abrazos hacía menos de media hora, y aunque ya no estaba físicamente allí, su presencia seguía flotando en el coche, en el aire y, sobre todo, en el corazón de Iris y en el mío. Saber que nuestra pequeña familia improvisada estaba creciendo, que lo estábamos haciendo bien… me llenaba de una mezcla de calma y expectativa.

—Te va a encantar conocerle. No es fácil sorprender a Markkus… pero creo que contigo lo lograré.

Ella soltó un pequeño suspiro de risa, mirándome de reojo:

—Eso espero. No quiero intimidarle demasiado…

—No tienes de qué preocuparte —le aseguré—. Él valora la honestidad y la autenticidad por encima de todo. Y tú tienes ambas cosas a raudales.

Y mientras íbamos hacia mi oficina en *Nordikon*, no pude evitar pensar que ese lunes había empezado con la risa de Matteo y que ahora terminaba con algo mucho más profundo: la certeza de que, después de tantos años, algo que creí perdido todavía podía existir.

Iris, la primera mujer de la que me enamoré de verdad, estaba aquí, a mi lado. Y por primera vez en mucho tiempo, sentí que podía enfrentar cualquier cosa que la vida nos pusiera por delante.

Capítulo 14



Erik

Cuando llegamos a la sede de *Nordikon*, no pude evitar sentir un hormigueo en el pecho. El edificio se alzaba imponente frente a nosotros, con líneas modernas y minimalistas que reflejaban la luz grisácea de Tallin, tan característica de sus inviernos largos. La fachada era de cristal y acero, un juego de transparencias que dejaba entrever los movimientos internos sin que perdiera la sobriedad que siempre me había gustado.

Cada planta parecía flotar sobre la anterior, con un diseño que mezclaba la austeridad nórdica con un toque sutil de elegancia que solo se percibía cuando uno se detenía a observar los detalles. Los marcos finos de aluminio, los pasamanos de vidrio, las entradas automatizadas que se abrían como saludando al visitante.

Iris me acompañaba a mi lado, y por un momento la observé en silencio. Su expresión combinaba sorpresa y curiosidad; podía leer en sus ojos la fascinación por la modernidad del edificio, algo que me hizo sonreír. Sabía que ella apreciaba la estética, pero también que buscaba alma detrás de la forma, y esperaba que *Nordikon* le pareciera un lugar con algo más que metal y cristal. Mientras caminábamos hacia la entrada, pensé en lo irónico que era que ella estuviera allí, entrando en el mundo en el que yo había vivido tantos años, y que ahora tendría que compartir parte de él con ella.

Abrí las puertas principales y nos adentramos en el hall. La luz natural caía desde el techo acristalado, iluminando un suelo de mármol blanco con vetas

grises. Había esculturas minimalistas en puntos estratégicos, y un par de sofás modernos colocados como islas, ofreciendo un contraste cálido con la frialdad del mármol. Los relojes de pared digitales mostraban no solo la hora local, sino también la de nuestras oficinas internacionales, como la de Madrid. La presencia de Iris me recordó que Matteo estaba afuera, confiado a nuestro cuidado compartido, y que todo aquello que ahora empezaba a organizar tendría un impacto directo en su día a día.

—Es impresionante —susurró Iris, sin apartar la mirada de los detalles arquitectónicos—. Todo es tan… limpio, pero a la vez acogedor.

Asentí, disfrutando de su apreciación. A mí también me gustaba la armonía de aquel espacio, aunque llevaba años caminando por él y ya no lo veía con ojos nuevos. Pero verla a ella, que todavía encontraba en él maravillas, me hizo redescubrirlo de manera inesperada.

Nos dirigimos al ascensor que llevaba a mi despacho, en el último piso. La cabina era de acero pulido, con un espejo que hacía que el espacio pareciera infinito. Mientras subíamos, le hablé brevemente sobre la distribución de la sede y el flujo de trabajo. Las oficinas de los equipos creativos en los pisos intermedios, los laboratorios de desarrollo y prototipos más arriba, la sala de conferencias con vista panorámica de la ciudad… y, por supuesto, mi despacho, que ocupaba la esquina más luminosa y tranquila del edificio.

Al salir del ascensor, nos recibió un pasillo amplio, con paredes decoradas con fotografías abstractas y vitrinas que mostraban logros de la compañía, premios y maquetas de proyectos internacionales. Cada paso que dábamos hacia mi oficina me recordaba la importancia de mantener el control y la organización en un mundo que, aunque parecía frío y calculador, estaba lleno de variables humanas imprevisibles.

—Y aquí estamos —dije al abrir la puerta de mi despacho—. Este es mi territorio.

El despacho era amplio, con ventanales que ocupaban dos paredes y ofrecían una vista directa a la ciudad. Las mesas de trabajo estaban cuidadosamente ordenadas, y un escritorio de madera oscura ocupaba el centro, acompañado de una silla ergonómica de cuero negro y un sillón de visita frente a él. Las estanterías contenían libros de negocios, arquitectura y

arte moderno, junto con algunos objetos personales discretos: un par de fotos de Matteo, una figura abstracta de bronce y un reloj antiguo que había pertenecido a mi padre. Todo en su sitio, limpio, funcional, pero con un toque que lo hacía mío.

—Y esta es Hanna —presenté a mi secretaria, una mujer de treinta y cinco años, elegante y profesional, con el pelo rubio recogido en un moño impecable—. Te ayudará con todo lo que necesites mientras estés aquí.

Hanna sonrió, asintiendo ligeramente la cabeza.

—Encantada de conocerte, Iris —dijo con una voz cálida, aunque medida, como si evaluara cada palabra antes de pronunciarla.

Iris devolvió la sonrisa, un poco tímida al principio, pero pronto relajándose mientras respondía con su habitual espontaneidad.

—Igualmente. Gracias por recibirme.

Hanna nos dejó a solas y me giré hacia Iris, señalando el despacho y la disposición de los muebles.

—Antes de sentarnos, quiero mostrarte un poco más de la sede. No solo mi despacho. Es importante que tengas una idea de dónde estarán las cosas y cómo se moverá todo cuando yo no esté.

Ella asintió, interesada, y comenzamos el *tour*. Caminamos primero por las oficinas abiertas, donde los empleados trabajaban concentrados frente a pantallas y mesas de trabajo colaborativas. Observé la reacción de Iris: sus ojos brillaban, escaneando cada detalle, anotando mentalmente cada espacio. Pasamos por la sala de reuniones principal, con una mesa de cristal enorme y sillas de cuero negro que invitaban tanto a la formalidad como a la creatividad. Los ventanales ofrecían una vista magnífica de Tallin, y el reflejo de la luz en las superficies daba un aire casi cinematográfico al lugar.

—Aquí es donde se toman las decisiones importantes —comenté—. También donde suelo recibir a clientes internacionales.

Iris se acercó a la ventana, admirando la ciudad desde lo alto.

—Es increíble cómo todo se ve tan pequeño desde aquí y, al mismo tiempo, tan cercano —murmuró.

Le sonreí. No pude evitar recordar cómo alguna vez había imaginado que los problemas del mundo podrían solucionarse desde un lugar elevado, con perspectiva. Ahora veía que no era tan simple, pero al menos se podía intentar.

Regresamos a mi despacho y nos sentamos. Hablamos de las próximas semanas: Matteo, su adaptación, cómo organizaríamos el trabajo y los desplazamientos. Hablamos con detalle de cada escenario posible, de cómo coordinarme con el abogado para dejar todo legalmente atado y claro. Necesitaba que cualquier cambio en la rutina de Matteo estuviese perfectamente documentado, y que Iris tuviera seguridad de cómo actuar en mi ausencia.

—Quiero hablar con Matteo —dije en un momento, frunciendo ligeramente el ceño—, pero no sé cómo hacerlo.

Ella me miró, serena.

—Si lo prefieres, puedo decírselo yo. Tal vez sea más fácil para ti, Erik.

—Te lo agradecería —admití, soltando un suspiro—. Sé que lo manejarás bien.

Pasaron unos minutos de conversación, revisando documentos y horarios. La puerta se abrió de repente y entró Markkus. Su sola presencia cambió el aire en la habitación. Alto, elegante, serio, con esa expresión de "villano atractivo" que siempre había tenido, aunque ahora se suavizaba ante la situación.

—Iris, este es Markkus —dije—. Mi mejor amigo y socio. Quería que os conocierais.

Iris se levantó y le ofreció la mano. La interacción fue inmediata, fluida, y pude ver en su mirada que ambos se estaban evaluando con rapidez, pero con buena disposición. Markkus asintió con cortesía y una ligera sonrisa, y la conversación entre los tres comenzó a fluir sobre lo que sería la vida de

Matteo sin mí presente. Discutimos horarios, rutinas y responsabilidades, y por un momento, por primera vez en mucho tiempo, me sentí completamente tranquilo al pensar que mi hijo estaba en muy buenas manos.

Entonces, el móvil de Iris sonó. Se disculpó con una sonrisa y se levantó para atender la llamada, saliendo del despacho mientras nosotros continuábamos hablando de manera más relajada. Su tono al marcharse, ligero y profesional, dejaba entrever su naturalidad y su capacidad de adaptarse, algo que siempre había admirado en ella.

Cuando la puerta se cerró tras Iris, un silencio momentáneo llenó el despacho. Era un silencio distinto, cargado de significados no dichos, de emociones que flotaban en el aire y que no necesitaban palabras para hacerse notar. Markkus me miró de frente, con esa ceja arqueada que siempre había utilizado para expresar desconfianza o curiosidad; ahora, sin embargo, parecía mezclar ambas sensaciones con un atisbo de intriga.

—Erik —dijo al fin, con su voz grave y calmada, pero con una punta de incredulidad—. ¿De verdad es buena idea dejar a tu hijo a cargo de una ex que, probablemente, todavía te odia por lo que hiciste años atrás?

Lo miré fijamente, intentando que comprendiera la complejidad de la situación antes de hablar. Mi pecho se tensó un segundo; era difícil explicar todo en pocas palabras.

—No hay nadie mejor que ella —respondí con firmeza—. Sí, le hice daño, como tú dices. Y sí, probablemente tenga recuerdos difíciles de nuestro pasado, pero por mucho que me gustaría que las cosas hubieran sido diferentes, no lo fueron. Y ahora… ahora no puedo atarla a mí. No voy a pedirle que se case conmigo ni que me ame el resto de mi vida. Esa vida que me queda ya es demasiado corta, y lo sé mejor que nadie.

Markkus frunció el ceño, y por un instante, me dio la sensación de que dudaba de que entendiera la profundidad de lo que acababa de decir.

—¿Y ella sabe realmente lo corta que es tu vida? —preguntó, con tono inquisitivo, casi desafiándome.

Negué con la cabeza, dejando escapar un suspiro.

—No, no le he dicho eso —admití—. Solo le he dicho que todo va demasiado rápido, que las cosas cambian y que necesitamos organizarnos. Nada más. No quería cargarle con eso.

Markkus inclinó levemente la cabeza, evaluando mis palabras.

—Si ha aceptado quedarse al cargo de tu hijo, a pesar de lo que pasó entre vosotros… —dijo con esa mezcla de admiración y sorpresa que siempre tenía cuando hablaba de Iris—, es que tiene un corazón enorme.

Sonreí, un poco divertido, porque sabía exactamente a qué se refería y no pude evitar la ironía de la coincidencia.

—En eso los dos sois iguales —dije, con un pequeño brillo en los ojos—. Podríais hacer una buena pareja.

Markkus arqueó la ceja, y yo no pude contener una risa breve y ligera. Su gesto de incredulidad me recordó que, aunque conociera a Iris y la respetara, no tenía idea de cómo influía en mí.

En ese momento, la puerta volvió a abrirse y, con una sonrisa radiante, Iris entró de nuevo. La luz que traía consigo parecía llenar el despacho de repente, y su presencia tuvo un efecto inmediato en Markkus y en mí.

—Ya estoy de vuelta —dijo, con una voz suave y ligera—. Mis padres te envían recuerdos, Erik.

No pude evitar silbar, divertido y sorprendido al mismo tiempo.

—Pensaba que tu padre iba a decirme que me acomodara en el infierno —respondí, con esa ironía que siempre había caracterizado nuestra relación pasada.

Ella sonrió, divertida, y se acercó a mí. Me dio un leve golpecito en el hombro, un gesto que combinaba reproche y complicidad.

—Una cosa es que no le gustara que sedujeras a su niña —dijo, suavemente—, y otra muy distinta que no tenga empatía y sienta pena por un hombre con toda la vida por delante y tan poco tiempo.

Su cercanía me afectó más de lo que hubiera esperado. Había algo en su mirada, en su voz, en la manera en que se movía, que me recordaba todo lo que había sentido por ella, y mucho más: el arrepentimiento, la nostalgia, la esperanza. Antes de irse, me dio un beso en la mejilla y añadió:

—Me voy a dar un paseo por Tallin.

Cuando cerró la puerta tras de sí, Markkus y yo nos quedamos solos. Miré hacia la puerta unos segundos, todavía con su presencia flotando en el aire, y respiré profundamente. Una sonrisa se dibujó en mi rostro sin que pudiera evitarlo.

—Tengo la sensación de que esto acaba en la cama —dijo Markkus de repente, rompiendo el silencio, con su habitual franqueza y un toque de humor seco.

Arqueé una ceja, mirándole con incredulidad y un poco de diversión.

—¿Iris y yo, o Iris y tú? —pregunté, dejando que mis palabras flotaran en el aire, sabiendo que la respuesta sería imposible de adivinar.

Markkus abrió los ojos, visiblemente sorprendido, y no dijo nada. Se levantó y se dirigió hacia la puerta, dejándome solo, y yo me quedé pensativo. Tal vez la presencia de Iris no solo removiera algo en mí; quizás también afectara a quienes nos rodeaban, y eso me hizo sonreír con cierto orgullo silencioso.

Después de unos minutos, me senté de nuevo en mi escritorio, observando la vista de Tallin a través de los ventanales. La ciudad parecía tranquila desde lo alto, pero sabía que debajo de esa calma se escondían millones de historias, decisiones y complicaciones. Entre todas esas historias, la mía ahora incluía a Iris y a Matteo, y aunque la realidad era complicada, la sensación de tener a ambos cerca, confiando en mí y en nosotros, me dio una claridad inesperada.

Sabía que las próximas semanas serían intensas: organización de horarios, ajustes en la rutina de Matteo, coordinación con el abogado, reuniones con Markkus… pero también sabía que había algo más, algo que no podía controlar y que me llenaba de expectativa. La posibilidad de que Iris permaneciera cerca, compartiendo no solo el cuidado de Matteo, sino también

momentos de nuestra vida que habían quedado pendientes durante tantos años.

Miré el escritorio frente a mí, con los documentos bien ordenados, los relojes marcando la hora exacta, y un pensamiento constante: aunque la vida fuera corta, había algo en el presente que valía cada esfuerzo, cada decisión. Y parte de ese presente era ella.

La ciudad seguía a mis pies, indiferente, y yo empezaba a aprender a vivir en el tiempo que me quedaba, con la certeza de que el pasado ya no podía atarme y el futuro aún estaba por escribirse.

Capítulo 15



Iris

Salí de la sede de *Nordikon* con una mezcla de emociones que aún no lograba ordenar. La mañana fría de Tallin me envolvía, y sentí cómo el viento me revolvía el pelo mientras bajaba las escaleras del edificio, todavía pensando en la manera en que Erik había hablado conmigo, en la seriedad de sus palabras y en la tranquilidad que, a pesar de todo, había en su mirada.

—¡Iris! —una voz grave y clara me hizo girar.

Fruncí el ceño por un segundo y me encontré con Markkus, el mejor amigo y socio de Erik, que caminaba hacia mí con esa elegancia nórdica que parecía casi innata. Alto, de complexión atlética, con el cabello negro impecable y unos ojos grises penetrantes, como si pudiera leer cada pensamiento antes de que se formara. Vestía un abrigo largo y oscuro que le daba un aire imponente, serio y, al mismo tiempo, atractivo de un modo que hacía que mi corazón latiera un poco más rápido.

No pude evitar preguntarme, medio en broma, medio en serio, si todos los estonios tenían que ser así de atractivos… Su sola presencia era suficiente para imponer respeto y despertar curiosidad al mismo tiempo.

—Hola, Iris —dijo con una ligera sonrisa, asintiendo con la cabeza—. Te invito a un café.

No podía rechazar la invitación. Había algo en su tono, en la manera en que se movía, que me transmitía confianza y, sobre todo, que necesitaba escuchar lo que tuviera que decir. Asentí y lo seguí mientras caminábamos por la calle.

A pocos metros encontramos una pequeña cafetería, cálida y acogedora, con ventanales empañados y olor a pan recién horneado. Nos sentamos en una mesa junto a la ventana, y mientras pedíamos, me preparé mentalmente para las preguntas que no me había atrevido a hacerle a Erik: quería saber la verdad, la cruda y real, sobre lo que le pasaba y cuánto tiempo le quedaba.

Markkus me miró mientras tomaba un sorbo de café. Su postura era relajada, pero sus ojos no dejaban de transmitir la preocupación por su amigo.

—Sé que quieres saberlo todo sobre Erik y Matteo —dijo, dejando un silencio dramático en el ambiente.

—Sé que todo va muy rápido, pero hay algo que él no me ha contado.

Lo miré con atención, sin parpadear, tratando de adivinar lo que iba a decir.

—No sabemos exactamente cuánto tiempo le queda —dijo finalmente, con la voz grave—. Pero no hay nada que hacer.

Sentí que un pequeño escalofrío recorría mi espalda. Por un momento, me aferré a mi café como si pudiera encontrar en él alguna protección contra la realidad que estaba escuchando.

—Y no te pareció buena idea que le pidiera a una ex que se quedara a cargo de su hijo —dije, intentando sonar firme, aunque la emoción me traicionaba.

Markkus dejó escapar una sonrisa breve, sin humor realmente, más bien como una exhalación de resignación.

—Exacto —dijo—. A ver, él te dejó sin más hace nueve años. Podrías odiarle, y sería entendible. Y podrías pagarlo con el niño. Por eso me sorprendió tanto que él pensara en ti para esto.

Me reí, sintiendo cómo la tensión en mi pecho se suavizaba un poco.

—Te equivocas —dije, con sinceridad—. Me he enamorado de Matteo desde el primer momento. Nunca le haría nada malo. Además… siendo sincera, me gusta saber que al menos siempre tendré un pedacito de Erik conmigo. Fue mi primer amor, y ese tipo de amor… nunca se olvida.

Markkus me miró de un modo que no logré descifrar del todo. Era como si estuviera evaluando no solo mis palabras, sino mi alma entera.

—¿Pasa algo? —pregunté, intentando romper el silencio.

—No —respondió, inclinando ligeramente la cabeza—. Solo que Erik tenía razón: tienes un corazón enorme. No todo el mundo se haría cargo del hijo de una expareja o de un examante.

Sonreí, un poco emocionada y un poco sorprendida por la claridad con la que me veía.

—Yo tampoco pensé que Erik me pediría algo así —dije—. Nueve años después, de repente aparece y me pide que cuide de su hijo. Pero… si no tiene más familia, no voy a dejarlo solo.

Markkus asintió, con una seriedad que ya sabía que debía tener siempre cuando hablaba de Erik y Matteo, como si reconociera la responsabilidad y la confianza que él estaba depositando en mí.

Nos quedamos un momento en silencio, contemplando la calle húmeda a través del cristal empañado, y por primera vez me permití respirar sin sentirme abrumada. La realidad era dura, pero también había algo profundamente valioso en poder formar parte de la vida de Matteo y, de algún modo, en seguir conectada con Erik, aunque fuera de una manera diferente a la que había imaginado años atrás.

Después de unos minutos de silencio, mientras el vapor del café subía formando pequeñas nubes entre nosotros, me armé de valor y le hice la pregunta que llevaba rondándome desde hacía tiempo.

—Markkus… —empecé, sintiendo cómo mis palabras temblaban un poco —. ¿Por qué Erik no pensó en ti para hacerte cargo de Matteo?

Él me miró con una expresión seria, pero no hubo reproche en sus ojos; solo una mezcla de comprensión y firmeza. Tomó un sorbo de su propio café y dejó que el tiempo llenara el espacio entre su mirada y la mía antes de responder.

—Yo no puedo —dijo finalmente—. No es que no quiera, pero es complicado. Mi vida aquí, mis responsabilidades en *Nordikon*… no podría dar al niño el tiempo y la atención que merece. Pero soy su padrino, Iris. Aunque tú vayas a ser su albacea, yo también lo seré, y nunca os faltará de nada. Nunca.

Sentí un nudo en la garganta al escuchar sus palabras. Había algo en la manera en que las decía que transmitía seguridad y lealtad, y entendí que tanto él como Erik compartían un compromiso profundo hacia Matteo.

—Y cuando Erik… —empezó con cautela, sin poder completar la frase—, ¿te quedarías con Matteo en Tallin o te lo llevarías a Madrid?

—Eso también tengo que hablarlo con Erik —dije con serenidad—. No hemos tratado ese tema aún, pero será necesario.

Asintió, y con solo una mirada supe que podía confiar en él, y eso me hacía sentir que Matteo estaría bien, incluso en los escenarios más difíciles.

En ese momento, su móvil vibró en el bolsillo de la chaqueta. Lo sacó, frunciendo el ceño al ver la pantalla.

—Maldición —susurró, antes de responder.

Su conversación fue breve, rápida, en un idioma que apenas comprendía, y pronto colgó. Se volvió hacia mí con un leve gesto de disculpa.

—Llego tarde a una reunión —dijo, con un toque de prisa—. Pero antes de irme… —Hizo una pausa y sacó de su bolsillo una tarjeta que me entregó con una mano firme—. Si necesitas algo, lo que sea, no dudes en llamarme. Sobre todo, si Erik tuviera algún episodio duro o necesitara ayuda.

Cogí la tarjeta entre mis dedos, leyendo su nombre y su número, y sentí una mezcla de gratitud y alivio. En un mundo que de repente se había vuelto tan incierto, saber que había alguien como Markkus cerca me tranquilizaba.

—Gracias —dije, con una sonrisa sincera—. Lo haré.

Él asintió, esbozando una sonrisa fugaz antes de colocarse la chaqueta y levantarse.

—Nos vemos, Iris —dijo, y con un movimiento seguro, se marchó por la puerta de la cafetería, dejando tras de sí un leve aroma a madera y café recién molido.

Me quedé allí un momento, mirando cómo se alejaba, pensando en la seriedad de nuestra conversación y en todo lo que había implicado. La realidad de Erik, su enfermedad y el tiempo que le quedaba, se mezclaban con mi propia decisión de cuidar a Matteo y, de algún modo, de seguir vinculada a Erik, aunque fuera a través de su hijo.

Miré la tarjeta en mi mano de nuevo. Su nombre y su número parecían ahora un puente, un recordatorio de que no estaba sola en esto. Ni Matteo, ni Erik, ni yo. Todo estaba entrelazado, y aunque la vida parecía moverse demasiado rápido, al menos había certezas: el cariño de Matteo, la lealtad de Markkus y la responsabilidad que había decidido asumir.

Con un suspiro, guardé la tarjeta en el bolsillo de mi chaqueta y miré por la ventana de la cafetería. Las calles de Tallin estaban iluminadas por la luz gris del día, con la gente caminando apresurada, ajena a los conflictos, decisiones y secretos que ocupaban mi mente. Sabía que los próximos días serían intensos, llenos de encuentros, conversaciones difíciles y ajustes, pero también sabía que podía manejarlo. Porque Matteo me necesitaba, y Erik, aunque de manera indirecta, confiaba en mí.

Salí de la cafetería, ajustándome la bufanda alrededor del cuello, y respiré hondo el aire frío y húmedo de la ciudad. Tenía un camino que recorrer, decisiones que tomar y un futuro incierto que, de repente, no parecía tan aterrador con alguien como Markkus cerca, aunque no fuera mi prioridad emocional.

Mientras caminaba por la calle empedrada, con la tarjeta segura en mi bolsillo, no pude evitar pensar en Erik y en todo lo que aún no habíamos hablado. Su enfermedad, el tiempo que le quedaba, cómo se organizaría la vida de Matteo y, en medio de todo eso, cómo él y yo estábamos tratando de encontrar un equilibrio entre el pasado, el presente y lo que quedaba por construir.

Al final, entendí algo muy claro: no podía controlar el futuro, ni la enfermedad de Erik, ni los años que había pasado lejos de él. Pero sí podía decidir qué hacer ahora, cómo cuidar de Matteo, cómo apoyar a Erik y cómo permitirme sentir de nuevo, aunque fuera de manera diferente.

Y mientras me alejaba por las calles de Tallin, con el viento frío en la cara y la tarjeta de Markkus en mi bolsillo, me sentí, por primera vez en mucho tiempo, un poco más preparada para todo lo que venía.

Capítulo 16



Iris

Caminaba por las calles empedradas de Tallin con los pensamientos completamente dispersos, como si la bruma ligera que cubría la ciudad se hubiera metido dentro de mi cabeza. La mañana se había tornado gris, pero eso no le restaba belleza a la capital estonia. Cada rincón de la ciudad vieja parecía sacado de un cuento, con sus torres medievales, casas de colores y tejados puntiagudos que se elevaban al cielo como si quisieran tocarlo.

Pasé frente a escaparates cuidadosamente decorados: en uno, un conjunto de ropa vintage mezclado con toques modernos que me hizo sonreír; en otro, una vitrina de dulces que parecía más un altar que una tienda. Los colores me llamaban la atención, los detalles me distraían, pero no podía sacarme de la cabeza la conversación con Markkus ni todo lo que había hablado con él sobre Erik y Matteo.

Entré en una tienda de artesanía local, oliendo la madera recién trabajada y los perfumes de cera de velas que impregnaban el aire. Cada objeto parecía contar su propia historia, y mientras tocaba una pequeña figura de madera, recordé todas las historias que había inventado para Matteo, los cuentos que le contaba y la manera en que su risa se me quedaba grabada en la memoria.

Seguí caminando y, tras unos minutos, encontré una pequeña cafetería escondida entre calles estrechas. La puerta tenía un cartel de madera pintado a mano que colgaba torcido, y el olor a café y pasteles recién horneados me

atrajo inmediatamente. Entré, dejando la puerta que se cerraba con un tintineo detrás de mí, y me senté junto a la ventana.

El lugar estaba cálido y silencioso, un refugio perfecto para mis pensamientos. Pedí un café y me quedé mirando el vapor que se elevaba en mi taza mientras mis ojos se humedecían sin que pudiera evitarlo. Pensé en Erik: en su mirada calmada, en la ternura que le dedicaba a Matteo, en la fuerza que mostraba, aunque sabía que estaba enfermo. Me sentí abrumada por una mezcla de tristeza, impotencia y cariño.

No podía evitar llorar en silencio, sola, con nadie a mi alrededor para verme. Era injusto que él tuviera que pasar por esto, injusto para Matteo, que no entendería del todo la gravedad de la situación, y para mí, que me veía arrastrada de nuevo a un pasado que creía cerrado. Cerré los ojos un momento y me prometí a mí misma que cuidaría de Matteo como si fuera mi hijo, que le protegería, le enseñaría, le haría reír, le abrazaría y le contaría historias como si nada de lo demás importara.

Respiré hondo y abrí los ojos, dejando que el vapor del café y el aroma dulce del lugar me calmaran un poco. Saqué el móvil y, sin pensarlo, llamé a Isabella. Necesitaba hablar con alguien que me conociera de verdad, alguien que pudiera escuchar sin juzgar, alguien que pudiera hacerme sentir que no estaba sola en todo esto.

—¡Iris! —la voz de Isa sonó alegre al otro lado—. ¿Cómo estás, loca?

—Hola, Isa —dije, intentando sonar tranquila, aunque mi voz temblaba ligeramente—. Estoy… paseando por Tallin.

—Ah, eso suena bien —respondió, y pude sentir su sonrisa incluso a través del teléfono—. ¿Y Erik? ¿Y Matteo? ¿Cómo van las cosas?

Suspiré y miré por la ventana la calle que se extendía ante mí, llena de gente caminando apresurada, hablando por teléfono o disfrutando de un café para llevar. Una imagen de normalidad que contrastaba con el torbellino que tenía en el pecho.

—Erik está… —comencé, buscando palabras—. Bueno, sabes que está enfermo. Y Matteo… Matteo está genial, feliz, como siempre. Pero… —Hice

una pausa, conteniendo otra lágrima—. Es todo tan injusto.

Isa permaneció en silencio unos segundos, solo escuchando, y eso me dio fuerza.

—Iris… —dijo finalmente con suavidad—. Sé que es difícil, pero tú vas a cuidar de Matteo como nadie más lo haría. Y me atrevería a decir que ya le quieres, ¿verdad?

Asentí, aunque ella no podía verme.

—Sí —dije con firmeza—. Le quiero como si fuera mío, y le voy a proteger siempre. No voy a dejar que le falte nada. Ni cariño ni amor.

—Eso es lo que importa —dijo ella—. Y Erik lo sabe. Por eso confía en ti.

Suspiré, sintiendo cómo el nudo en el pecho se aflojaba un poco. Había alguien que entendía, alguien que compartía mi preocupación y podía acompañarme en el camino.

—Gracias, Isa —dije—. De verdad.

—Para eso estamos —respondió, con ese tono cálido que siempre tenía—. Ahora disfruta de Tallin, y llámame si necesitas llorar otra vez, o reír. O lo que sea.

Colgué y me quedé mirando la calle desde la ventana de la cafetería. Las lágrimas se habían secado, pero la emoción seguía allí, latiendo dentro de mí con fuerza. Sabía que mis próximos días serían intensos, llenos de decisiones, paseos con Matteo y la responsabilidad de cuidar de alguien que no era solo un niño, sino una extensión de Erik, de lo que él amaba y de lo que había dejado en el mundo.

Con un suspiro profundo, tomé el último sorbo de mi café, dejando que el calor del líquido calmara un poco el frío que sentía por dentro, y me levanté para continuar mi paseo por la ciudad. Las calles de Tallin seguían llamándome, con sus rincones escondidos, tiendas de artesanía, escaparates llenos de dulces y pequeñas plazas donde la historia se respiraba con cada paso.

Mientras caminaba, mi mente volvía una y otra vez a Erik y a Matteo. Pensaba en lo que vendría, en cómo organizaría las tardes con el niño, en cómo podría ayudarle a comprender lo que estaba pasando y en cómo podía estar ahí para Erik de manera discreta pero constante. Y, sin darme cuenta, una sensación cálida y extraña empezó a surgir cada vez que pensaba en Markkus, aunque no lograba identificar por qué.

Colgué el teléfono y respiré hondo, dejando que el aire frío de Tallin refrescara mi rostro. Continué mi paseo por las calles empedradas, admirando los tejados inclinados, las fachadas color pastel y los escaparates decorados con esmero. Cada detalle parecía contar su propia historia, y yo me dejaba llevar por la ciudad, intentando despejar un poco la mente de las emociones que aún bullían dentro de mí.

Sin darme cuenta, mis pensamientos se desviaron hacia Markkus. No entendía por qué él rondaba mi mente. Había sido solo una conversación breve en la cafetería, una charla que debería haberse centrado únicamente en Erik y Matteo, y, sin embargo, su presencia parecía haberse quedado conmigo. Lo recordé: su mirada firme, la serenidad con la que hablaba y, sobre todo, cómo había dicho que era "complicado" que él se hiciera cargo de Matteo.

Me pregunté si tal vez no le gustaban los niños, o si su trabajo absorbía demasiado tiempo. Tal vez pensaba que no podría equilibrarlo con *Nordikon*. El recuerdo de su tono tranquilo y seguro me hizo sonreír, aunque no entendía exactamente por qué. Sabía que era un hombre leal y responsable, y que la vida le había enseñado a priorizar de forma diferente a como lo hacía yo. Pero, aun así, la sensación de misterio alrededor de él me intrigaba, aunque no quisiera admitirlo del todo.

Caminaba sin rumbo fijo, pero con un destino inevitable: el colegio de Matteo. Cada paso me acercaba a la realidad cotidiana de su vida, a la rutina que pronto compartiría más estrechamente. Tallin parecía tranquila a esa hora de la mañana, con turistas mezclados con locales. Me sentía como una observadora de un mundo que podía tocar, pero que a la vez me recordaba todo lo que estaba en juego.

Cuando finalmente llegué al colegio, saqué el móvil y marqué el número de Erik.

—Hola, Erik —dije, intentando sonar despreocupada—. Ya estoy en el colegio. Voy a recoger a Matteo.

Su voz sonó calmada, pero podía percibir la ligera tensión detrás de ella.

—Perfecto, Iris. Mandaré un coche de *Nordikon* para que os lleve a casa después —dijo.

Sonreí mientras escuchaba su respuesta, sintiendo un alivio inesperado.

—Está bien, gracias —dije—. Nos vemos pronto.

Guardé el móvil y miré el patio del colegio. En cuanto Matteo me vio, corrió hacia mí, gritando mi nombre con esa energía contagiosa que siempre tenía. No pude evitar reírme mientras lo cogía en brazos, sintiendo su calor y la alegría pura que transmitía.

—¡Iris! —exclamó—. ¡Les he dicho a todos mis amigos que la mejor amiga de mi papá eres tú! Quieren que hagas un vídeo de un postre esta tarde.

Solté una carcajada mientras lo sostenía, balanceándolo suavemente.

—Eso es muy peligroso, Matteo —le dije con fingida severidad—. Podríamos quemar la mansión.

—¡No te preocupes! —respondió con una sonrisa traviesa—. Hay extintores por si acaso.

Reí de nuevo, con el corazón lleno de amor y complicidad. Era imposible no sentirse completamente viva en esos momentos, aunque la tristeza por Erik seguía presente en un rincón de mi pecho.

Mientras caminábamos hacia la calle, el coche de *Nordikon* apareció frente a nosotros, brillante y elegante, esperando para llevarnos de vuelta a la mansión. Matteo se acomodó en su asiento con entusiasmo, mientras yo me

sentaba junto a él, revisando mentalmente la ruta de regreso y pensando en las próximas semanas.

Durante el trayecto, Matteo no paraba de hablar, de contar historias y hacer preguntas sobre todo lo que veía por la ventana. Yo lo escuchaba atentamente, respondiendo con la paciencia y la ternura que merecía. A pesar de que el mundo exterior seguía avanzando con su ritmo implacable, en ese pequeño espacio dentro del coche, todo parecía estar en su lugar.

Pensé en lo mucho que cambiaría mi vida a partir de ahora, en cómo cada decisión que tomara afectaría no solo a Matteo, sino también a Erik. Y, mientras lo observaba, sonriendo y riendo a su lado, me prometí nuevamente que estaría a la altura de la confianza que Erik había depositado en mí. No sería solo su amiga o alguien que se ocupaba de su hijo; sería su apoyo, su refugio y, en la medida de lo posible, un pedazo de felicidad en medio de todo lo que estaba pasando.

Tallin pasaba lentamente ante mis ojos mientras el coche avanzaba, y aunque el frío de la ciudad golpeaba suavemente los cristales, dentro del vehículo reinaba la calidez de una complicidad recién formada y la certeza de que, a pesar de todo, Matteo estaría bien.

Capítulo 17



Iris

La tarde ya caía cuando nos encontramos en la cocina de la mansión Matteo y yo, con Kärt moviéndose ágil entre los fogones, preparando todo para nuestro pequeño experimento culinario.

Erik se había quedado en la sede por una reunión que se alargó más de lo previsto, así que aquella tarde la íbamos a pasar solos, o al menos eso creí al principio.

—Hoy tengo un ayudante de cocina de lo más encantador —dije mientras colocaba a Matteo sobre una pequeña banqueta para que llegara a la encimera —. ¡Saluda a la cámara, Matteo!

El niño levantó la mano con entusiasmo y saludó con esa sonrisa traviesa que me derretía siempre.

—¡Hola a todos mis compañeros del cole! —exclamó, y no pude evitar reírme ante su entusiasmo—. ¡Van a ver cómo hacemos un postre peligroso hoy!

Kärt me guiaba paso a paso mientras yo explicaba a la cámara qué íbamos a hacer: un bizcocho de chocolate “a nuestra manera”, que resultaría ser más divertido que perfecto. Matteo estaba encantado, mezclando harina y huevos con una energía desbordante, salpicando un poco por todas partes, y yo no podía dejar de reír ante cada desastre que sucedía.

—¡Cuidado, Matteo! —grité entre risas cuando la harina voló hacia su cara —. ¡Vas a parecer un fantasma!

—¡Un fantasma delicioso! —respondió, riéndose mientras se limpiaba con la manga.

Kärt nos ayudaba a contener el caos, pero dejaba que el niño participara, guiándolo suavemente, y yo me sentía más feliz de lo que había estado en días. Era imposible no disfrutar de aquella tarde, de las risas que llenaban la cocina, del aroma a chocolate y mantequilla que impregnaba el aire y de la complicidad que se estaba formando entre Matteo y yo mientras grabábamos el vídeo.

Cuando finalmente terminamos, el resultado era, cuanto menos, desastroso: el bizcocho había subido torcido, la cobertura de chocolate se había escurrido por los lados y un par de galletas habían quedado pegadas a la encimera. Pero, aun así, no podía dejar de sonreír. Matteo aplaudía mientras señalaba los "errores" como si fueran trofeos, y yo capturé cada momento, sabiendo que aquel vídeo sería uno de mis favoritos.

—¡Y eso es todo por hoy! —dije a la cámara—. ¡Gracias a mi ayudante de cocina, Matteo, que ha hecho un trabajo excepcional!

—¡Hasta la próxima, amigos! —gritó Matteo mientras saludaba otra vez, y yo no podía evitar reírme ante su entusiasmo y alegría que eran de lo más contagiosos.

En ese momento, la puerta de la cocina se abrió y mis ojos se iluminaron al ver a Erik aparecer, acompañado de Markkus. Matteo, sin pensarlo, se lanzó a los brazos de su padrino con una alegría que iluminó toda la estancia.

—¡Markkus! ¡Mira lo que hemos hecho! —gritó Matteo, emocionado, mientras señalaba el bizcocho desastroso—. ¡Ha sido increíble!

Ambos hombres se rieron al ver el desastre culinario, y Erik me dedicó una sonrisa cómplice.

—Kärt —dijo Erik con tranquilidad—, Markkus se queda a cenar esta noche.

Kärt asintió, sorprendida pero sonriente, mientras Matteo seguía abrazando a su padrino, contando con entusiasmo todos los pasos que habíamos dado y los accidentes más divertidos que habían sucedido durante la grabación.

Me sentí cálida por dentro. La tarde, a pesar de las circunstancias, había resultado perfecta: risas, complicidad, un niño feliz y el hogar lleno de energía y cariño. Incluso la presencia de Markkus no hacía más que sumar a ese ambiente.

Observé a Erik con atención mientras se sentaba cerca de la encimera, hablando con Kärt y Markkus, y por un instante sentí una mezcla de ternura y tristeza. Era consciente del poco tiempo que nos quedaba con él, de la enfermedad que lo debilitaba poco a poco, pero también de la fuerza que mostraba y la tranquilidad con la que confiaba en mí para cuidar de Matteo.

La cocina, el olor a chocolate y harina, la risa de Matteo y la complicidad con Kärt y el hombre que formaba parte de la vida de Erik me hicieron sentir que todo, al menos por un momento, estaba en su lugar. Y aunque el bizcocho fuera un desastre absoluto, había algo perfecto en esa tarde: la sensación de que, pese a todo, estábamos construyendo recuerdos que durarían mucho más que cualquier receta.

La tarde se transformó en noche sin que nos diéramos cuenta. La cocina quedó despejada, el bizcocho desastroso ya descansaba sobre la encimera, y Kärt nos ayudó a recoger mientras Matteo corría de un lado a otro, explicándole a Markkus con detalle cada paso del “proyecto” culinario.

Cuando finalmente nos sentamos a cenar, la atmósfera era relajada y divertida. La mesa estaba llena de platos sencillos pero sabrosos, y las conversaciones giraban de forma natural entre bromas, anécdotas y risas. Matteo no paraba de comentar cómo había quedado el bizcocho, haciendo gestos exagerados y provocando que los adultos no pudiéramos contener la risa.

Kärt y yo intercambiamos una mirada cómplice mientras Erik sonreía, observando a Matteo reír feliz con esa ternura que siempre lo caracterizaba. Markkus, por su parte, parecía disfrutar de la dinámica familiar, participando con comentarios irónicos pero cálidos que hacían reír a todos.

—Si esto es lo que llamáis desastre, estoy deseando ver cómo sería una catástrofe total —dijo Markkus, y todos nos reímos.

Matteo, contento de tener toda nuestra atención, se despidió de la cena con besos y abrazos a su padre y a Markkus antes de que yo lo llevara a la cama. Subimos juntos, y mientras lo acostaba, no pude evitar sentir una mezcla de ternura y responsabilidad.

—Buenas noches, cariño —susurré, acomodándolo bajo las mantas—. Que sueñes con postres deliciosos y aventuras increíbles.

—Buenas noches, Iris. Eres la mejor amiga del mundo —me dio un beso y sentí un nudo en la garganta.

Salí de la habitación y volví al salón, donde Erik y Markkus estaban sentados junto a la chimenea, cada uno con un vaso de whisky en la mano. La luz cálida de las llamas iluminaba sus rostros, acentuando la seriedad de Erik y el aire enigmático de Markkus.

—¿Quieres uno? —me preguntó Markkus, levantando el vaso hacia mí.

—No, gracias —respondí, sentándome en el sofá entre los dos—. No bebo.

Erik pasó el brazo por mis hombros y yo sonreí, acomodándome y dejando que la cercanía me reconfortara. Markkus nos miró con interés y dijo:

—Deberíamos salir los tres una noche a cenar y tomar una copa. Mostrarle a Iris la parte divertida de la noche en Tallin.

—Me parece buena idea —dijo Erik, sonriendo—. Aunque mejor salid vosotros dos solos, porque yo no soy la mejor compañía para una noche de fiesta.

—No seas muermo —le dije, riéndome—. Todavía recuerdo nuestras noches de cena y copas… y todas acababan de maravilla.

Erik arqueó una ceja y sonrió, pero respondió:

—Si pretendes acabar con sexo, lo llevas crudo. Estoy en baja forma.

Me sonrojé y le di un manotazo en el pecho, provocando que se riera. Markkus, por su parte, intervino con un tono divertido:

—Si queréis intimidad, yo me voy.

—No —le dije—. Lo nuestro fue hace años y ese tren ya pasó.

Me senté un poco más cerca de Erik y, con sinceridad, confesé:

—Quiero a Erik y le tengo mucho cariño, pero nada más.

Él sonrió, me besó en la frente y me abrazó con ternura:

—Yo también siento lo mismo.

Markkus, cruzando los brazos y sonriendo, nos observó un momento antes de preguntarme:

—¿Te parece bien salir el viernes?

—Sí —respondí, devolviéndole la sonrisa.

Erik se levantó finalmente, nos dio las buenas noches y le dijo a Markkus que le vería por la mañana en *Nordikon*. Cuando le sugerí que también debería irme a la cama, Erik insistió:

—Quédate un rato más hablando con Markkus. No muerde.

—No, si no me lo piden —respondió Markkus, y los tres nos reímos nuevamente.

Cuando Markkus y yo nos quedamos solos, hablamos un poco sobre Erik y la enfermedad. Sus comentarios eran medidos, sinceros, y aunque no podía decirme todo, se notaba el cariño y la preocupación que sentía. Antes de despedirse, acordamos que pasaría a buscarme el viernes a las ocho, me dio un beso en la mejilla y yo sentí un escalofrío. Me miró fijamente unos segundos, me dijo buenas noches y luego se marchó.

Subí a mi habitación, pero al llegar al pasillo escuché a Erik tosiendo y luego vomitando. Alarmada, corrí hacia él y lo encontré en el baño, en bóxers, tambaleándose levemente.

—Erik, ¿estás bien? —pregunté, con el corazón latiéndome con fuerza.

—Sí… estoy bien —dijo débilmente—. A veces me pasa. No te preocupes.

Lo ayudé a volver a la cama, apoyándolo con cuidado, y cuando se recostó, me miró y acarició mi mejilla con ternura:

—Sabía que Matteo se quedaría en buenas manos contigo —susurró.

Dejé escapar una lágrima que él secó suavemente con los pulgares, mientras continuaba:

—Ojalá todo hubiera sido distinto.

—Erik… —dije con un hilo de voz, sintiendo la injusticia de la vida.

—Si hay algo de lo que me arrepiento y me arrepentiré siempre… —dijo, con la voz cargada de emoción— Es de haberte dejado. Buenas noches, Iris.

—Buenas noches, Erik.

Salí de su habitación con el corazón encogido, entrando en la mía. Cerré la puerta y me senté en la cama, llorando en silencio, pensando en lo injusta que era la vida, en lo frágil que podía ser la felicidad y en cómo, a pesar de todo, me había prometido cuidar de Matteo como si fuera mío.

Aquel día había estado lleno de risas, cariño y complicidad, pero también había dejado al descubierto la vulnerabilidad de Erik, la certeza de su enfermedad y la profundidad de los sentimientos que aún nos unían.

Sabía que cada momento contaba, que el tiempo era corto y que, por primera vez en mucho tiempo, había aceptado que el cuidado, la ternura y el amor no dependían de promesas eternas, sino de la entrega sincera y presente.

Capítulo 18



Iris

Era viernes por la noche, y el aire fresco de marzo me recordó que no podía bajar al salón con cualquier abrigo ligero. Me detuve frente al espejo de la habitación, asegurándome de que el vestido beige estaba impecable, ajustando la bufanda y comprobando que la chaqueta de lana gruesa me cubriera hasta la cadera. Mis botas altas de cuero marrón completaban el conjunto, y me aseguré de que el gorro y los guantes combinaran con el tono cálido del abrigo.

Mientras me ajustaba la bufanda, no pude evitar sonreír al pensar en lo nerviosa que estaba. No era una cita, ni siquiera una cena formal, pero algo en el plan de Markkus me tenía con el corazón acelerado. Y, por supuesto, Erik y Matteo estarían allí para observar cómo me transformaba de "tutora y amiga de familia" a "mujer que va a salir a divertirse".

Terminando de colocarme el abrigo, bajé las escaleras con cuidado, y la primera imagen que me recibió fue la de Matteo, con sus ojos brillantes, sonriendo desde el salón.

—¡Iris! —exclamó—. ¡Estás guapísima!

Erik levantó la mirada de la taza de café que tenía en las manos y sonrió ampliamente.

—Sí, lo está —dijo, y añadió con un toque de ironía—. Creo que Markkus va a tener un problema.

Volteé los ojos ante su comentario y suspiré con una sonrisa divertida, acercándome a la puerta justo cuando alguien llamaba. Erik se levantó y me acompañó, ayudándome a ajustar el abrigo antes de abrir la puerta.

Al instante, lo vi: Markkus, con ese porte impecable, elegante sin esfuerzo, cabello oscuro ligeramente despeinado, ojos grises que parecían atravesarte y esa expresión seria que de alguna manera resultaba magnética. Me quedé mirándolo unos segundos sin palabras, y él, sorprendentemente, también se detuvo, contemplándome como si hubiera olvidado respirar.

—Le puedes decir que está guapa —dijo Erik, rompiendo el silencio.

Markkus parpadeó, recuperando la compostura, y dijo con voz grave pero cálida:

—Está mucho más que guapa… estás increíble.

Sentí que me ruborizaba inmediatamente, bajando la mirada y mordiéndome levemente el labio. Erik sonrió ante mi reacción y me dio un suave beso en la frente.

—Diviértete —me dijo—. Y Markkus, no la dejes en casa muy tarde.

—Por Dios, Erik, pareces el padre de Iris —respondió Markkus, y los tres nos reímos.

—Es que eso es lo que diría su padre —comentó Erik encogiéndose de hombros.

Sonreí, y caminé con Markkus hasta el coche, que me ayudó a quitarme el abrigo y lo sostuvo mientras mantenía la puerta abierta para que me acomodara.

Al sentarme, noté que me miraba con atención, como si intentara grabar cada detalle de mí en la memoria. La sensación me hizo sonreír de manera nerviosa, pero también emocionada.

El trayecto hasta el restaurante fue corto, pero suficiente para que comenzáramos a hablar sobre todo un poco. Matteo, el clima, la ciudad y, poco a poco, la conversación derivó hacia la empresa. Se veía que Markkus estaba muy involucrado en los negocios; mientras me hablaba de las operaciones internacionales, también me preguntó cómo me sentía yo en Tallin hasta el momento. Le expliqué que, aunque era un cambio grande, me sentía segura sabiendo que Matteo estaría bien cuidado, y que tanto Erik como su equipo se aseguraban de que todo estuviera cubierto.

Llegamos al restaurante, y al entrar, el ambiente cálido y acogedor me hizo relajarme de inmediato. Nos sentamos en una mesa apartada, con luz tenue y manteles impecables. La camarera nos mostró los menús y, mientras Markkus los leía, no pude evitar observarlo: cada gesto, cada pequeño movimiento de sus manos al pasar las páginas, tenía algo atractivo.

—Espero que no te moleste —dijo él, rompiendo mis pensamientos—, que hablemos un poco de trabajo. Erik me dejó claro que tenía que mantenerte al día de todo lo que conlleva la empresa; a fin de cuentas, serás la albacea de su hijo.

—Para nada —respondí, sonriendo—. Además, es importante saber que Matteo estará bien cubierto, ¿no?

La cena se desarrolló entre bromas y risas, con momentos en los que nos interrumpíamos para hacer comentarios graciosos sobre las anécdotas de Matteo y sobre Erik. Nos contábamos historias de viajes, reuniones y, en algunos casos, compartíamos opiniones más personales, riéndonos de los desaciertos que ambos habíamos tenido en nuestras vidas.

—No sabía que los nórdicos también podían ser tan irónicos —dije, levantando una ceja y sonriendo.

—Solo cuando no estamos trabajando —respondió Markkus, con un toque de humor seco que me hizo reír aún más.

Entre plato y plato, la conversación fue hacia temas más profundos: la responsabilidad que sentíamos hacia Matteo, la manera en que Erik había confiado en mí y en mi cuidado para estar tranquilo, y cómo la vida podía ser frágil e impredecible. Había algo en Markkus, en cómo escuchaba y en la

manera en que me miraba, que hacía que todo el entorno desapareciera por unos segundos, y solo quedáramos nosotros dos.

Cuando terminamos la cena y pedimos el postre, un ligero flan de vainilla con salsa de frutos rojos, nos echamos a reír recordando cómo Matteo había estado "ayudándome" en la cocina con Kärt durante esas tardes para preparar algunos de mis vídeos. Sus gestos, su entusiasmo y su risa eran contagiosos, y ambos coincidimos en que era un niño con un corazón enorme.

—Tienes razón —dijo Markkus—. Siempre tuvo una familia que lo quiere mucho, y tú eres parte de eso ahora.

—Sí —dije, mirando mis manos—. Y quiero cuidarlo como si fuera mío.

—Liina lo amaba y se desvivía por él, y Erik… —suspiró—. Ese hombre ha estado en un sinvivir desde que supo lo de su enfermedad. Si sus padres hubieran estado vivos, o si Liina hubiera tenido familia, todo sería muy distinto. Pero están solos —agachó la mirada, pero pude ver la vulnerabilidad con la que decía aquello—. Y la verdad, que recurriera a una ex me pareció una locura, pero estoy de acuerdo en que era eso o dejar al niño en manos de cualquiera.

—No están solos, te tienen a ti —dije sin poder evitar poner una mano sobre la suya, y ese simple gesto me hizo sentir una leve descarga eléctrica que, si él la sintió o no, no podía saberlo porque no reaccionó de ningún modo.

—Como te dije, no puedo quedarme con él, aunque sea su padrino. Habría tenido que recurrir a niñeras o alguna familia de acogida que lo cuidara unos años.

—Pero estás ahí, y vas a seguir estando. A mí no me puedes dejar sola con el niño que me da un ataque de pánico. —Puse cara de terror y Markkus sonrió.

Seguimos hablando mientras pasaba el tiempo, disfrutando de aquella velada tan inesperada como sorprendente.

Era evidente que entre nosotros había química. Sus miradas, la forma en que sonreíamos en los momentos correctos y las pequeñas insinuaciones que surgían entre comentarios y risas hacían que la atracción se notara sin esfuerzo. Era imposible ignorarla.

Cuando el postre desapareció, Markkus me invitó a continuar la velada con una copa y no dudé en aceptar; al fin y al cabo, esa noche era precisamente para eso, para que él me mostrara la diversión en la vida nocturna de Tallin.

El lugar al que fuimos era más íntimo, un local donde él solía ir cuando necesitaba despejarse, según me comentó. La música era suave pero rítmica, suficiente para acompañar una conversación que poco a poco se volvió más personal, más cercana.

El local estaba tenuemente iluminado, con luces cálidas que se reflejaban en los cristales y la madera oscura de las mesas. La música era suave, envolvente, pero con un ritmo que invitaba a moverse sin esfuerzo. No pude evitar observar a Markkus de reojo, preguntándome cómo era posible que alguien pudiera combinar ese aire serio y elegante con un magnetismo tan real.

—¿Qué quieres tomar? —me preguntó, y su voz grave resonó en mis oídos.

—Algo suave —respondí, tratando de mantener la compostura, aunque sentía un cosquilleo en el estómago que me recordaba a los nervios de juventud—. Que no quiero perder la noción de la noche.

Nos sentamos en un rincón apartado, con vista parcial a la pista de baile y al resto del local. Pedimos un par de cócteles, y la conversación comenzó ligera, llena de bromas y risas, hasta que poco a poco se volvió más cercana, más personal. Markkus tenía una forma de escuchar que hacía que me abriera sin darme cuenta, y cada historia que compartíamos parecía acercarnos un poco más.

—No esperaba que esta noche fuera tan divertida —dije sonriendo mientras jugaba con la pajita de mi bebida—. Pensaba que sería solo una cena elegante y que acabaría siendo todo demasiado formal.

—Yo tampoco —respondió, con un toque de humor seco—. Me alegra que hayas aceptado venir. A veces uno necesita escaparse de la rutina.

La música cambió ligeramente, y él me ofreció la mano para bailar. Al principio dudé, pero luego me dejé llevar. La proximidad, el calor de su cuerpo, el roce de nuestras manos, todo era eléctrico. Cada paso, cada giro, me hacía sentir que la atracción que había percibido desde la cena se convertía en algo más vívido, más intenso.

La música, el movimiento, la proximidad… todo me hizo sentir una electricidad que no esperaba. No podía negarlo: Markkus me atraía.

Mientras bailábamos, nos acercamos más de lo que sería "normal" para alguien que se considerase amigo, aunque nosotros ni siquiera estábamos aún en ese punto, puesto que todavía nos estábamos conociendo.

Nuestros cuerpos casi se tocaban, y me di cuenta de que mi respiración se aceleraba. Sus ojos se encontraron con los míos y, por un instante, el mundo desapareció alrededor.

Podía sentir su respiración cerca de mi oído, y mis pensamientos empezaron a entrelazarse con la sensación de deseo que crecía en mí. Era imposible ignorarlo.

—Iris —susurró, inclinándose ligeramente hacia mí—, si te besara ahora mismo, ¿qué pasaría? Porque no quiero llevarme una bofetada y tampoco que me digas que piensas en Erik.

Tragué saliva, sintiendo cómo el corazón se me aceleraba. Por un instante, dudé, pero luego sonreí y respondí:

—Si no lo haces, es que eres un cobarde.

Markkus se rio suavemente, con un sonido que me hizo estremecer, y me besó. Fue un beso intenso, cargado de deseo y complicidad. Me dejé llevar, olvidando todo alrededor, sintiendo cómo la química que había entre nosotros durante toda la noche se liberaba en un instante de contacto. Cada segundo parecía eterno, y, al mismo tiempo, demasiado breve.

Cuando nos separamos, seguimos mirándonos fijamente. Sus ojos grises me estudiaban con una intensidad que me hizo temblar ligeramente.

—Quiero más que un beso —dijo, con una mezcla de sinceridad y travesura—, pero no quiero que Erik me parta la cara.

Me reí, un sonido suave que escapó antes de poder controlarlo.

—Eso no pasará —dije, sintiendo cómo mi corazón se aceleraba—. Erik me quiere como amiga, y los dos lo tenemos claro.

Y volvió a sonreír, con un brillo en los ojos que me pareció peligroso y excitante al mismo tiempo.

—¿Y ahora qué pasa? —pregunté en un momento, con una sonrisa nerviosa—. Porque esto… no es solo un beso.

—No lo es —respondió, con una sonrisa que mezclaba diversión y deseo —. Pero por ahora, podemos dejar que la noche nos guíe. Sin presiones, sin compromisos. Solo nosotros.

Markkus cogió mi mano con suavidad, y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Sentí que, por primera vez en mucho tiempo, estaba dejando que alguien entrara sin barreras, sin recordar el pasado. Recogimos nuestras cosas, caminamos hacia la salida del local y, mientras subíamos al coche, el silencio que se instaló entre nosotros no era incómodo, sino cargado de anticipación.

Durante el trayecto, mis pensamientos no dejaban de girar en torno a lo que acababa de pasar entre nosotros. La química, la tensión, la atracción… todo era confuso y emocionante a la vez. Me sentía viva de una manera que hacía mucho tiempo no experimentaba. Miraba a Markkus de reojo, y él parecía disfrutar de cada instante tanto como yo.

Qué nos depararía la noche era aún un misterio, aunque no había que ser una experta para saber cómo la íbamos a acabar. Y no, no me iba a pensar nada de lo que pasara esa noche, porque como decía Isa, alguna vez debía ser la primera para dejarme llevar sin pensar en nada más que el aquí y ahora.

Capítulo 19



Iris

El ascensor se detuvo suavemente y, al abrirse, Markkus fue el primero en salir, con ese porte impecable que parecía no necesitar esfuerzo alguno. Me adelanté un paso y, al seguirlo, un aroma a madera recién pulida y a algún ambientador sutil me envolvió.

La puerta del ático se abrió y, al cruzar el umbral, sentí cómo mi respiración se aceleraba ligeramente: el espacio era impresionante, una mezcla de modernidad elegante y calidez acogedora que me hacía sentir tanto sobrecogida como cómoda.

El suelo de madera clara reflejaba la luz de la luna que entraba por los ventanales que iban del suelo al techo, ofreciendo una vista panorámica de la ciudad que parecía un tapiz de luces titilantes. Cada mueble estaba cuidadosamente escogido: sofás de líneas rectas con tonos neutros, alfombras de fibras suaves, mesas de cristal que captaban la luz y la devolvían en destellos cálidos. Las paredes tenían cuadros abstractos de colores profundos, que combinaban perfectamente con la decoración minimalista y sofisticada. Me detuve frente a uno de los ventanales, dejando que mis manos rozaran la superficie fría del cristal mientras contemplaba la ciudad bajo la noche.

Markkus estaba detrás de mí, observándome con esa intensidad que me hacía sentir que podía leer cada pensamiento mío. No dije nada, me quedé en silencio observando todo, y sentí un cosquilleo en el estómago y el calor de su

presencia a mi espalda. Me giré un poco, y él aprovechó el movimiento para acercarse, con la mirada fija en la mía.

—¿Te gusta? —preguntó con suavidad, señalando el espacio a nuestro alrededor.

—Es… impresionante —logré responder, un poco sin aliento—. No esperaba algo así.

Él sonrió, esa sonrisa ligera que podía derretir cualquier resistencia, y se acercó un poco más. La distancia entre nosotros se redujo sin que yo realmente lo planease, y sentí cómo la tensión entre ambos comenzaba a hacerse más real, cargada de algo más que simples miradas.

—Me alegro de que te guste —dijo, acercando una mano a la mía.

El roce de sus dedos al entrelazarse con los míos me hizo sonreír, a pesar de que mi corazón latía con fuerza. No era solo la suavidad de su contacto; era la sensación de proximidad, la electricidad que parecía fluir entre nosotros con cada pequeño gesto.

Caminamos hacia el salón del ático, un espacio amplio que invitaba a moverse libremente. Había un sofá enorme, un par de sillones bajos y una mesa de centro que parecía flotar en el aire por su diseño moderno. Sobre ella, una bandeja con copas de cristal y una botella de vino dentro de la cubitera esperaban silenciosamente, como si supieran que íbamos a necesitarlo más tarde.

—¿Tenías planeado traerme aquí esta noche? —pregunté arqueando la ceja, mirando hacia la botella y las copas.

—Para una última copa —sonrió—. No esperarías que te llevara a casa de Erik antes de medianoche, ¿o es que eres Cenicienta?

Me eché a reír, pero sobre todo por ese brillo travieso que había en sus ojos.

—Siéntate —me dijo, señalando el sofá con una mezcla de autoridad y suavidad—. Quiero que te relajes un poco.

Lo hice, y mientras me acomodaba en el sofá, él se sentó junto a mí, lo suficientemente cerca como para sentir el calor de su cuerpo sin rozar el mío completamente. Esa cercanía era un desafío delicioso; cada milímetro que nos separaba parecía aumentar la tensión en el aire.

Hablamos sobre cosas sin mucha importancia al principio: la ciudad, la vista desde los ventanales, algunas anécdotas de viajes recientes que él había hecho por trabajo. Pero pronto, la conversación se volvió más personal, más directa. Cada frase suya estaba cargada de intención, y yo respondía con cuidado, consciente de cada palabra, de cada gesto.

Fue él quien rompió el límite sutil que nos separaba, inclinándose apenas hacia mí y rozando su mano contra la mía. El contacto era breve, pero suficiente para que un escalofrío recorriera todo mi cuerpo. Miré sus ojos grises, profundos y penetrantes, y sentí que no podía apartar la mirada.

—Iris… —susurró, con un tono que me hizo estremecer—. No sé si debería hacerlo… pero no puedo evitarlo.

Antes de que pudiera responder, se inclinó un poco más y nuestros labios se encontraron en un beso suave, primero tentativo, explorando como si temiera que me fuera a apartar, pero lleno de intensidad. Mi corazón se aceleró y un cosquilleo me recorrió desde el estómago hasta la nuca. No había prisa, solo un momento perfecto donde la química que habíamos construido durante la noche se liberaba en un gesto que decía más que mil palabras.

El beso se profundizó lentamente, y sentí cómo su mano se movía con cuidado, rozando mi rostro, mi cabello, sin apresurarse, explorando con delicadeza. Yo me dejé llevar, apoyando mis manos sobre sus hombros, sintiendo la calidez de su cuerpo tan cerca del mío que parecía imposible mantener la distancia.

Cada respiración compartida, cada mirada entre besos, hacía que la atracción se sintiera mucho más real, como si el espacio del ático se hubiese reducido únicamente a nosotros dos.

Nos separamos apenas unos segundos, respirando con dificultad, y nos quedamos mirándonos, sonriendo con complicidad. La tensión no había

disminuido; al contrario, parecía intensificarse con cada gesto, cada roce, cada susurro compartido.

—Nunca he sentido algo así en… mucho tiempo —dije, con una mezcla de timidez y honestidad, sintiendo cómo me perdía en su mirada.

—Yo tampoco —respondió, con un hilo de voz grave y cálido—. Y, sinceramente, quiero más, Iris. Quiero mucho más esta noche.

Sin decir más, volvió a acercarse, y nuestros labios se encontraron otra vez, esta vez con más urgencia y pasión contenida, aunque sin perder la suavidad que hacía que todo fuera delicado y emocionante a la vez.

Me sentí segura y deseada, y, por primera vez esa noche, decidí dejarme llevar completamente, disfrutando de cada segundo, de cada contacto, de cada gesto de complicidad que surgía entre nosotros.

El ático, con su lujo moderno y silencioso, se convirtió en nuestro refugio. Las luces cálidas y la ciudad iluminada a través de los ventanales creaban una atmósfera perfecta: un espacio donde la química y la atracción podían desplegarse sin límites, aunque sin necesidad de apresurarnos, sin saltarnos pasos. Solo él y yo, un espacio cargado de tensión, deseo contenido y emociones compartidas.

La noche avanzaba lentamente, y yo me sentía viva, emocionada, disfrutando de cada instante, consciente de que aquella velada no sería fácil de olvidar. Cada mirada, cada roce, cada suspiro, me recordaba que, por primera vez en mucho tiempo, había alguien capaz de encender en mí algo que creía dormido.

Markkus y yo nos dejamos llevar por la cercanía, por la complicidad, por la atracción que se hacía cada vez más evidente, mientras el ático entero parecía observarnos en silencio, testigo de un momento que prometía continuar, de una conexión que solo acababa de comenzar.

Podía sentir sus manos por todo mi cuerpo, acariciando y tocando cada rincón sin miedo alguno. Sus labios dejaban besos en mi cuello, mis clavículas, y devoraban mis labios de tal modo que me hacían sentir que me abrasaba con llamas candentes.

Mi cuerpo reaccionaba estremeciéndose ante cada caricia, y mis manos buscaban también su cuerpo. El calor que desprendía se sentía a través de la tela de su camisa, y mi excitación aumentaba con cada segundo que pasaba, tanto como estaba segura de que aumentaba la suya.

Después de un tiempo en el salón, con la ciudad brillando bajo nuestros pies, Markkus se inclinó hacia mí y, con una sonrisa apenas perceptible, susurró:

—¿Quieres que subamos a la habitación?

Sentí un escalofrío recorrer mi espalda, mezclado con emoción y un ligero nerviosismo. Asentí, sin poder evitar que una sonrisa se dibujara en mi rostro, y él cogió suavemente mi mano para guiarme por un pasillo iluminado tenuemente, con alfombras suaves que amortiguaban nuestros pasos. Cada gesto suyo, cada roce accidental de sus dedos en los míos, aumentaba la tensión que ya sentía desde el salón.

La habitación era igual de impresionante que el ático: moderna, elegante, con ventanales enormes que dejaban entrar la luz de la ciudad nocturna y una cama amplia vestida con sábanas de lino blanco impecable. Todo estaba cuidadosamente diseñado: muebles de líneas simples pero sofisticadas, luces cálidas que creaban una atmósfera acogedora y una sensación de intimidad perfecta.

Me dejé caer sobre la cama, no de manera frágil, sino con un gesto de comodidad y confianza. Markkus se sentó a mi lado, y la proximidad de su cuerpo hizo que mi corazón latiera con fuerza. Nos miramos durante un instante largo, como si quisiéramos memorizar cada detalle del otro: la curva de su mandíbula, la profundidad de sus ojos, la manera en que su sonrisa se formaba lentamente.

—No sé si debería estar disfrutando tanto de esto —dije, con una risa suave y un toque de timidez, mientras jugaba con la manga de su chaqueta.

—Yo tampoco —respondió, con un tono grave y cálido que me hizo estremecer—. Pero no puedo evitarlo.

No, yo tampoco podía evitarlo, porque ese hombre me atraía y era un hecho; algo que hacía mucho, mucho tiempo, no me había pasado con nadie.

Capítulo 20



Iris

La mano de Markkus se posó suavemente sobre la mía, entrelazando los dedos con cuidado, y yo respondí con el mismo gesto, sintiendo cómo una corriente de conexión pasaba entre nosotros. Nos acercamos poco a poco, rozándonos primero los hombros, luego las mejillas, hasta que nuestros labios se encontraron otra vez en un beso prolongado, lleno de complicidad y deseo contenido. Cada contacto era un recordatorio de que la atracción entre nosotros era innegable.

—No pensé que acabaría así la noche —susurró, apoyando su frente contra la mía, y yo sentí que mi respiración se entrecortaba—. Pero tampoco quiero evitar que acabe así.

—Yo tampoco —respondí, con sinceridad—. Solo quiero… estar contigo ahora.

Era una sensación extraña y deliciosa: querer dejarse llevar, pero al mismo tiempo querer saborear cada instante, cada roce, cada mirada. La tensión se volvía casi palpable, un hilo invisible que nos conectaba de manera intensa. Nos movimos lentamente, sin prisa, explorando la cercanía del otro, riendo entre susurros y miradas cargadas de complicidad.

Markkus se inclinó sobre mí de nuevo, susurrando palabras que me hacían sonreír y sonrojarme al mismo tiempo.

—Eres increíble… y no quiero que olvides ni un instante de esta noche.

Yo lo miré, tenía los ojos fijos en los míos, y sentí que todo lo demás desaparecía: la ciudad, el ático, el mundo entero. Solo existíamos él y yo, cada gesto, cada suspiro, cada risa compartida cargada de deseo y complicidad.

Nos tumbamos de lado, frente a frente, nuestras manos explorando la suavidad de la ropa del otro de manera cuidadosa, llena de ternura y cercanía. Cada movimiento, cada roce, parecía decir lo que las palabras no podían: que nos deseábamos, que queríamos estar cerca, que no podíamos ni queríamos evitar lo que estaba pasando entre nosotros.

—Nunca pensé que pudiera sentir algo así tan rápido —admití, con la voz baja y entrecortada, mientras apoyaba mi cabeza contra su hombro—. No soy de las que se dejan llevar en la primera cita, pero… por una vez, he hecho caso a mi amiga.

Markkus sonrió, con esa mezcla de diversión y calidez que siempre lograba que me sintiera segura y deseada al mismo tiempo.

—Entonces, dale las gracias a tu amiga de mi parte —dijo, susurrando—. Y aprovechemos la noche. Déjate llevar.

Reí suavemente ante su comentario, y mientras lo hacía, sentí cómo él volvía a besarme, esta vez en el cuello, mientras sus manos se posaban con delicadeza sobre mí, recordándome la intensidad de la atracción que compartíamos. No era solo físico; era una combinación de deseo, complicidad y conexión emocional que nos mantenía juntos, entrelazados en ese instante que parecía suspendido en el tiempo.

—Sí… —susurré, con una mezcla de risa y emoción—. Me voy a dejar llevar. Esta noche… y todas las que vengan después.

Markkus me sonrió, y sus labios volvieron a rozar los míos, mientras nuestras manos continuaban entrelazadas. Nos quedamos así un rato, hablando suavemente, compartiendo pensamientos y risas, dejando que la cercanía, el deseo y la emoción llenaran el espacio entre nosotros. Cada palabra, cada gesto, cada suspiro, reforzaba la sensación de que aquella noche

era solo nuestra, un momento que ninguno de los dos quería que terminara pronto.

Nos fuimos desprendiendo de la ropa entre besos y caricias, despacio al principio, más rápido cuando los dos observamos el brillo en los ojos del otro y supimos que el deseo nos abrasaba.

Volvimos a besarnos y sentí un escalofrío al notar las yemas de los dedos de Markkus deslizándose por mi piel, acariciando deliberadamente despacio mientras bajaba hasta encontrar mi sexo.

Jadeé cuando sus dedos se deslizaron entre mis pliegues, jugando con mi clítoris y pellizcándolo, haciendo que un leve grito saliera de mis labios.

Markkus se apartó y comenzó a bajar dejando breves besos en mi cuello, el hombro y el torso hasta que se detuvo con los labios que me abrasaban como llamas en uno de mis pechos. Y lo besó mientras sus ojos permanecían fijos en los míos, con una ternura que no esperaba para nada.

Tras el beso, deslizó la punta de la lengua por el pezón y comenzó a lamerlo, dibujando círculos perfectos, lentos y casi tortuosos mientras sentía que me excitaba aún más.

Succionó con fuerza el pezón y después lo mordió, tirando de él, haciendo que un grito ahogado de placer saliera de mis labios. Miré a Markkus y sonrió mientras se inclinaba sobre el otro pecho y le daba esas mismas atenciones a mi pezón.

Sus dedos en mi sexo seguían jugando, tocándome y llevándome sin prisa, pero sin pausa, a un nivel superior de excitación. Y cuando me penetró con uno de ellos mientras seguía haciendo fricción con el pulgar en mi clítoris, cerré los ojos y arqueé la espalda gimiendo ante ese placer.

Comenzó a penetrarme más rápido sin dejar de lamer y mordisquear mis pezones de manera alterna, y mi cuerpo reaccionaba ante cada toque con un escalofrío que me recorría de pies a cabeza.

No tardó en hacerme llegar a ese punto de no retorno en el que sentí que se formaba mi orgasmo, y él lo supo. Me agarré con fuerza a sus brazos cuando

se incorporó para devorar mis labios con un beso tan ardiente y apasionado que me hizo perder la cordura, y cuando su mano comenzó a moverse más y más rápido, penetrándome con el dedo tan profundamente que me hacía gemir en su boca, me liberé por completo y dejé que el clímax me alcanzara.

Ni un segundo de tregua me dio ante aquel orgasmo, y cuando quise darme cuenta le tenía entre mis piernas, penetrándome con fuerza y hasta lo más profundo de mi ser, moviéndose dentro y fuera, una y otra vez.

Así llegué al segundo orgasmo, con él entregado al momento como lo estaba yo misma, y cuando grité con la espalda arqueada y la cabeza caída hacia la cama, Markkus se retiró y comenzó a besarme desde el pecho hasta el vientre.

Jadeando y con el cuerpo ardiendo por el placer y el momento que estaba viviendo, miré hacia abajo y le vi separarme las piernas, tocarme el clítoris, consiguiendo que me estremeciera y me sobresaltara por lo sensible que lo tenía llegados a ese punto, y lo siguiente que vi fue cómo se lanzaba sin dudar a devorar mi sexo.

Markkus lamió mi clítoris una y otra vez sin parar, con un ritmo que me encendía más de lo que nunca antes había sentido, y mientras me mantenía las piernas separadas y las sujetaba para que no pudiera moverme, me llevó a otro momento de placer tan intenso como electrizante mientras dejaba que el clímax me alcanzase de nuevo.

Cuando se retiró y volvió a cernirse sobre mí, no me lo pensé, me dejé llevar por el momento y, en un instante de lujuria y deseo de lo más carnales para mí hasta el momento, le empujé por los hombros hasta que cayó recostado sobre la cama y me acomodé sobre él.

No apartó la vista de la mía en ningún momento, ni sus manos dejaron de tocarme con delicadeza, pero con deseo. Y mientras me inclinaba para besarle, sosteniendo su rostro entre mis manos, él me fue guiando hasta que sentí que su miembro, duro y erecto, se abría paso de nuevo hasta lo más profundo de mi ser.

Seguimos besándonos y moviéndonos deprisa, dejándonos llevar por el deseo y la pasión que nos envolvía. Markkus me guiaba con sus manos en las

caderas, subiendo y bajando mi cuerpo de tal modo que su miembro entraba con una facilidad increíble en mi cuerpo.

Y no paramos, no nos detuvimos más que para respirar unos breves segundos entre beso y beso, hasta que los dos sentimos que el deseo compartido nos había llevado hasta el momento para el que no había vuelta atrás.

Nos dejamos llevar y liberamos el clímax al unísono, jadeando, gimiendo, gritando y moviéndonos, acompasando el movimiento de mis caderas con sus penetraciones, hasta que nos corrimos con fuerza entre gritos.

Cuando acabamos, caímos los dos en la cama, recostados y abrazados, con el cuerpo aún ardiendo, con el sudor resbalando por nuestra piel, con la respiración entrecortada, pero saciados y satisfechos, al menos por el momento.

Y permanecimos así, en silencio, contemplando la luz de la luna que entraba por la ventana durante unos minutos, hasta que me escuché reír por lo bajo.

—¿Qué es tan divertido? —me preguntó mientras me acariciaba la espalda con las yemas de los dedos de manera distraída.

—Que, si me viera Isa, capaz era de hacerme la ola.

—¿Por qué?

—Porque, como te he dicho, no soy de irme a la cama con alguien en la primera cita. Y ya sé que esto técnicamente no era una cita, pero tú me entiendes.

—Entonces creo que te haría la ola durante días.

—¿Por qué?

—Porque… —Se incorporó y volvió a recostarme en la cama de modo que él quedó completamente sobre mí—. Esto no ha hecho más que empezar, encanto. Aún tenemos mucha noche por delante —y sin darme tiempo a decir

nada, ni siquiera a intentar protestar, Markkus volvió a besarme con tal intensidad y urgencia que supe que no podría evitar que ocurriera de nuevo lo que acababa de pasar.

Claro que tampoco quería evitarlo, porque me había quedado muy, pero que muy claro, que ese hombre de ojos grises y penetrantes me atraía, tanto o más como le atraía yo a él.

Y mientras la ciudad brillaba a nuestros pies, sentí por primera vez en mucho tiempo que podía permitirme dejarme llevar, sin miedo, sin dudas, disfrutando de la química, la pasión y la complicidad que había surgido entre nosotros. Esa noche, supe que algo nuevo había comenzado, algo intenso, emocionante y completamente inevitable.

Capítulo 21



Iris

Me desperté con los primeros rayos de sol filtrándose por las cortinas. El silencio de la habitación me envolvía, y por un momento sentí un vacío extraño al darme cuenta de que estaba sola en la cama. La sensación duró apenas un instante, porque la calidez de la noche anterior aún flotaba en mi memoria y una sonrisa se dibujó en mis labios.

Me incorporé lentamente y miré a mi alrededor. La cama estaba desordenada, con las sábanas arrugadas, y la camisa de Markkus colgaba a medio borde de la silla junto a la ventana. La cogí y me la puse, dejando que la tela suave que aún conservaba su perfume cubriera mi cuerpo. Era demasiado grande para mí, pero la sensación de protección y cercanía que me daba me hizo sonreír aún más.

Con cuidado, bajé las escaleras hacia la cocina. Aún podía escuchar los sonidos sutiles de la ciudad despertando, mezclados con el aroma a café recién hecho y pan tostado. Al entrar, lo vi: Markkus, concentrado, moviéndose con soltura entre la cocina y la isla central, preparando el desayuno. Llevaba un pantalón de algodón negro y una camiseta de manga corta, y sus movimientos, aunque naturales, tenían un aire elegante que no podía ignorar.

Me detuve un momento a observarlo, y él giró la cabeza, atrapándome con su mirada. Mis nervios se convirtieron en una emoción cálida y vibrante, y

antes de que pudiera reaccionar, me recibió con una sonrisa que hacía que el corazón se me acelerara.

—Buenos días —dijo, con un tono grave y cálido que me hizo estremecer —. Me alegra verte.

—Buenos días.

Sin pensarlo demasiado, me acerqué a él, y antes de poder decir nada, me atrapó en un beso breve pero intenso. No era solo un gesto romántico; era un recordatorio de la noche que habíamos compartido, de la química que había entre nosotros y de la complicidad que se había instaurado sin esfuerzo.

—Ven aquí —dijo después, con una sonrisa traviesa—. Quiero que estés cómoda.

Antes de que pudiera responder, me cogió en brazos con facilidad y me sentó sobre la isla de la cocina. La sensación de proximidad, de calor compartido, era abrumadora. Nos miramos durante unos segundos mientras sus manos descansaban con suavidad sobre mi cintura y nuestras miradas se encontraban. La tensión entre nosotros era tan intensa que se podía cortar con la mano, cargada de un deseo que no necesitaba palabras.

No hacía falta apresurarse; cada roce, cada suspiro, cada gesto tenía un peso, un significado. Me reí suavemente cuando nuestras frentes se rozaron, y él correspondió con un brillo divertido en sus ojos.

Y volvió a besarme de ese modo que me dejaba sin palabras y me hacía perder la cordura. Sus manos comenzaron a bajar despacio hasta tocar la piel desnuda de mis muslos, acariciando cada centímetro que encontraban a su paso hasta que una de ellas fue a mi entrepierna.

Gemí en la boca de Markkus cuando sus dedos comenzaron a jugar con mi clítoris, cuando me torturaba penetrándome despacio y haciendo que me excitara y que mi cuerpo quisiera más, necesitara más de él.

Con la otra mano hizo que me recostara en la encimera y bajó dejando breves y suaves besos con los labios por mi cuerpo, hasta que su lengua, esa lengua juguetona que no había dejado de excitarme la noche anterior, se

deslizó entre mis pliegues y lamió mi clítoris para después devorarme por completo hasta hacerme gritar y estremecer de puro placer.

Estaba excitada, necesitada y jadeando tras ese primer orgasmo de la mañana y perdida en la mirada de Markkus, cuando le vi liberar su miembro del encierro en sus pantalones y, un segundo después, agarrándome por la cadera con una mano y manteniendo la otra en mi hombro, me penetró con tal fuerza que noté cómo me movía ligeramente en la encimera.

Le rodeé con las piernas por las caderas y me dejé llevar por el mar de sensaciones que ese hombre me provocaba, sintiendo cómo mi cuerpo reaccionaba a él, cómo mi excitación crecía a cada segundo, con cada embestida con cada mirada suya y ese brillo en sus ojos que me decía que deseaba esto tanto como yo, que lo necesitaba tanto como yo, y que no iba a renunciar a ello.

Nos besamos con urgencia mientras él seguía penetrándome, una y otra vez, llegando tan adentro que antes de lo que pensaba me estaba dejando llevar de nuevo por el clímax, y él me seguía.

Aquel encuentro fue rápido y breve, pero tan intenso como los que habíamos tenido durante la noche.

Porque sí, después de la primera vez vino una segunda, y horas después, mientras dormíamos, no sabría explicar cómo, pero nos despertamos, nos miramos, nos besamos y acabamos dejando que el deseo y las ganas tomaran las riendas por nosotros una vez más.

—Nunca pensé que desayunar pudiera ser tan… estimulante —dije, con un hilo de voz, mientras jugaba con un mechón de su cabello.

—Depende de la compañía —me respondió, con esa mezcla de seriedad y humor seco que siempre me hacía sonreír—. Y de la persona que tenga la suerte de compartirlo.

Nos quedamos así unos momentos, disfrutando de la cercanía, de la complicidad, del calor que se había instalado entre nosotros. Cada pequeño contacto, cada caricia ligera, era suficiente para que la química se sintiera intensa y real.

Finalmente, nos separamos un poco para sentarnos frente a frente y disfrutar del desayuno que él había preparado. Pan tostad, frutas frescas, café y un toque de miel en los yogures. La conversación fluyó con naturalidad: anécdotas de la ciudad, planes que tenía yo para los próximos días, risas compartidas sobre pequeños despistes matutinos. Cada palabra, cada gesto, fortalecía la sensación de intimidad y conexión entre nosotros.

—Te queda muy bien mi camisa —dijo Markkus con un brillo travieso en los ojos mientras tomaba un sorbo de café—. Deberías quedarte con ella.

—¿Quieres que me quede con un recuerdo tuyo? Qué generoso —respondí, divertida y coqueta.

Nos reímos, y la ligereza de la mañana contrastaba con la intensidad de la noche anterior, recordándome que lo que habíamos vivido era real.

Después de desayunar, nos vestimos y estuvimos listos para irnos, ya que me llevaba de vuelta a casa de Erik. Nos miramos una vez más antes de salir del ático, intercambiando sonrisas cargadas de promesas.

Markkus me cogió de la mano y así bajamos en el ascensor hasta el parking subterráneo donde dejó el coche la noche anterior.

El trayecto hasta la casa de Erik fue breve, pero suficiente para que nuestras manos se entrelazaran de manera natural, sin necesidad de palabras, disfrutando de la cercanía y la emoción del momento.

Cuando llegamos a la puerta, nos detuvimos. La ciudad seguía brillando a nuestro alrededor, y el aire fresco de la mañana tenía un toque revitalizante.

—Gracias por la velada de anoche, y por esta mañana —dije, mirándolo a los ojos, incapaz de ocultar la sonrisa—. Ha sido… perfecta.

—Y no será la última —respondió, acercándose y besándome suavemente en los labios—. Te llamaré para volver a salir.

Nos separamos apenas un instante, solo el tiempo suficiente para intercambiar una mirada intensa y una sonrisa cómplice, antes de volver a

besarnos con suavidad, sellando la promesa de que aquello no era un adiós, sino solo un hasta luego.

Tras un guiño, Markkus me dejó en la puerta de casa de Erik, y mientras lo veía alejarse, sentí una mezcla de alegría, emoción y anticipación por lo que vendría.

La noche y la mañana nos habían mostrado que algo entre nosotros era innegable, y no podía esperar a explorar esa conexión, aunque aún tuviera que mantener cierto control sobre mi corazón.

Entré en la casa y, al instante, lo vi: Erik, apoyado contra el marco de la puerta del salón, cruzado de brazos y con la ceja arqueada. Me detuve unos segundos, sorprendida, mientras un rubor se apoderaba de mis mejillas.

—Siento no haberte avisado de que no dormiría aquí —dije, intentando esbozar una sonrisa para disimular los nervios que sentía en ese momento.

Tenía la sensación de que había vuelto a la adolescencia, a mis dieciocho años, regresando a casa después de una noche fuera de casa de mis padres.

Erik soltó una risa suave, relajando la tensión de la habitación, y dio un paso hacia mí. Me envolvió en un abrazo cálido, lo suficientemente largo como para transmitir confianza y afecto, y sentí cómo el rubor se intensificaba, pero ahora acompañado de comodidad.

—Contaba con ello —dijo con una mezcla de humor y sinceridad—. Cuando tú y Markkus os conocisteis, vi algo en vuestra mirada que me hizo sospechar que esto podría pasar. Y me alegro de que así haya sido.

—¿De verdad? —pregunté, sorprendida—. ¿Y no te importa?

—No, pero quiero que tengas cuidado —me respondió, dejando un instante de silencio para que mis ojos se encontraran con los suyos—. Si me permites un consejo: no entregues tu corazón otra vez como me lo entregaste a mí. No quiero verte sufrir.

Mi sonrisa se suavizó, y mi corazón se encogió un poco al recordar los años pasados, el dolor, la confianza rota.

—¿Por qué lo dices? —pregunté, con un hilo de voz, intrigada y un poco temerosa.

Erik suspiró y bajó la mirada por un momento, antes de volver a mirarme con intensidad.

—Porque imagino que, cuando llegue el momento en que yo ya no esté, te irás a Madrid y te llevarás a Matteo contigo —explicó, con esa mezcla de sinceridad y melancolía que siempre lo caracterizaba—. Por eso te lo digo.

Lo miré, conmovida, y no pude evitar que mi corazón latiera con fuerza ante la preocupación y el cariño que todavía sentía por él. Erik inclinó la cabeza y depositó un suave beso en mi frente, un gesto que hablaba de un afecto profundo y protección.

—Sube a ducharte y ponte ropa cómoda —dijo después con una sonrisa—. Vamos a salir a comer los tres, y quiero que estés relajada y feliz.

Asentí, todavía un poco sonrojada, y me dirigí hacia mi habitación. Mientras me duchaba, el agua caliente me relajaba y lavaba los restos de sueño de la mañana. Mis pensamientos no podían evitar regresar a la noche y la mañana que había pasado con Markkus: la química, los besos, la cercanía.

Por primera vez en mucho tiempo, me prometí a mí misma que no entregaría mi corazón como lo había hecho años atrás. Esta vez, lo que tuviera que pasar con Markkus sería solo pasión, deseo y química intensa, sin compromisos emocionales profundos, sin expectativas que pudieran hacerme daño cuando tuviera que volver a mi vida con el pequeño Matteo a mi lado. Solo dejarme llevar, disfrutar del momento y permitir que la emoción de nuestra conexión guiara cada instante.

Salí de la ducha, me vestí con ropa cómoda y me miré en el espejo. La ciudad se veía mucho más viva, y aunque mi corazón latía más rápido de lo habitual, sentí una extraña sensación de control. Esta vez, decidiría qué dejar entrar y qué mantener a distancia.

Bajé las escaleras y encontré a Erik esperando, con la misma sonrisa tranquila, pero con un brillo de complicidad en los ojos que me hizo sentir bienvenida.

—Lista —dije, tratando de sonar casual, aunque por dentro me sentía aún llena de emociones encontradas.

—Perfecto —respondió Erik—. Vamos a comer. Matteo ya está esperando en el coche y seguro que nos dará más de una sorpresa durante la comida.

Mientras nos dirigíamos a la puerta, me sentí agradecida por la calidez y protección de Erik, por la confianza que aún existía entre nosotros, y al mismo tiempo, emocionada por lo que los días siguientes podrían traer con respecto a Markkus.

Esta vez, mi corazón estaba decidido: disfrutaría de la química y de la pasión sin dejar que se mezclara con los recuerdos del pasado ni con expectativas que no me llevarían a ningún lado y podrían hacerme más mal que bien.

Al abrir la puerta para salir, respiré hondo, dejando que el aire fresco de la ciudad me llenara los pulmones, y supe que estaba lista para dejarme llevar, para vivir el momento, para explorar lo que surgiera con Markkus y, al mismo tiempo, proteger mi corazón de viejas heridas.

Esa mañana, el mundo parecía más brillante, y la sensación de algo nuevo me acompañaba mientras bajábamos las escaleras hacia un nuevo día con mi primer amor y mi nuevo gran amor de cinco años llamado Matteo.

Capítulo 22



Markkus

La nieve seguía acumulándose en los bordes de la carretera cuando tomé el desvío hacia la casa de mis padres. Aquel camino lo conocía de memoria: el giro suave a la derecha, la recta estrecha flanqueada por abedules, el pequeño muro de piedra que mi padre había levantado hacía más de treinta años con sus propias manos. No importaba cuántas veces lo recorriese; siempre me provocaba la misma sensación de volver a algún lugar que llevaba demasiado tiempo echando de menos.

Aparqué frente al porche de madera y me quedé un instante dentro del coche, con el motor aún encendido, observando la fachada. Seguía igual. Idéntica. La misma calidez en las contraventanas pintadas en verde oscuro, el mismo tejado ligeramente más blanco que el resto del vecindario, porque mi madre siempre insistía en que allí la nieve caía "con más cariño". Siempre decía tonterías así, y lo cierto es que yo había crecido creyéndolas todas.

Apagué el motor y salí. El frío me golpeó en la cara con esa brusquedad propia de Tallin en pleno invierno, pero me reconfortó más de lo que me molestó. A veces me preguntaba si, en realidad, la única parte de mi vida que no se había distorsionado con los años era esta casa. Este porche. Esta sensación.

Toqué la puerta una vez, aunque sabía que no hacía falta. Mi madre tenía una habilidad inquietante para anticipar mis visitas, como si me oliera desde

la carretera. Y, efectivamente, antes de que llamara por segunda vez, la puerta se abrió.

—Markkus —dijo, con esa voz dulce y suave que tenía desde siempre.

Riina Lepp. Cabello recogido de cualquier manera, un jersey grueso color crema y esa mirada que parecía leerme entero antes de que yo siquiera cruzara el umbral. Me miró igual que me había mirado toda la vida: como si no importase lo que hubiese pasado puertas afuera, ella supiera algo que yo aún no sabía.

—Hola, mamá —respondí, entrando.

Me abrazó. Mi madre no era especialmente dada a los abrazos cuando yo era pequeño; la rigidez militar de mi padre había impregnado un poco la forma en que se expresaba en casa. Pero desde que me hice adulto… o tal vez desde que mi vida se fue complicando, ella me abrazaba más. Como si quisiera compensar en silencio algo que no se podía nombrar.

—Estás frío —murmuró.

—Esto es Estonia, mamá. Todos estamos fríos.

Se rio como si aquello fuera ingenioso, cosa que no era, pero que agradecí igualmente.

El olor que venía de la cocina era exactamente el de mi infancia. Sopa de salmón, pan horneado por ella misma y ese toque a eneldo que parecía flotar por las paredes. La casa tenía la misma distribución, los mismos muebles de madera oscura, incluso los mismos cuadros colgados en el pasillo: fotos antiguas de mi padre en servicio, alguna pintura regalada hacía décadas y dos retratos míos de cuando era niño. Nada había cambiado. Era una burbuja suspendida en el tiempo, ajena a todo lo que yo había estropeado de mi propia vida.

Mi padre estaba en la mesa del comedor, sentado con la espalda recta. A sus setenta años seguía teniendo esa autoridad natural que imponía sin pretenderlo. Arvo Lepp, general retirado, la voz que había dirigido a cientos de hombres y que ahora apenas levantaba más que para preguntarle a mi

madre dónde estaba el azúcar. Bigote blanco perfectamente recortado, gesto serio, pero no duro, y unos ojos atentos que no perdían detalle.

—Hijo —saludó simplemente, inclinando la cabeza.

—Papá —respondí, tomando asiento.

Mi madre empezó a servirnos la sopa, ignorando cualquier intento de que la dejáramos sentarse antes. Ella funcionaba así: primero alimentaba al mundo, luego comía.

El calor del tazón entre mis manos me devolvió un pedazo de serenidad que no sabía que necesitaba.

—Has venido antes de lo esperado —comentó mi padre, como quien observaba el clima.

—Tenía la mañana tranquila.

No era del todo cierto, pero tampoco era mentira. Lo que tenía era la cabeza llena.

Comimos en silencio unos minutos, un silencio cómodo. De los pocos que me quedaban en la vida.

—¿Cómo está Erik? —preguntó entonces mi madre con suavidad.

Sabía que la pregunta llegaría, pero aun así sentí un nudo estirarse en el estómago.

—Igual —respondí—. Hay días mejores, y días que no lo son tanto.

Mi padre asintió despacio, con los labios apretados. Él y Erik siempre habían tenido una relación curiosa; se respetaban profundamente, quizás porque en el fondo eran demasiado parecidos.

—¿Duele verlo así? —preguntó mi madre, y lo hizo con esa manera suya de preguntar que no era invasiva, pero tampoco dejaba espacio para mentir.

—Mucho —suspiré—. Y lo peor es hacer como que todo está bien delante de Matteo. Ese niño… —Me quedé un momento sin voz—. Ese niño no debería tener que pasar por esto.

Mi madre apoyó una mano en mi antebrazo.

—Lo sé.

—Y ahora con la llegada de… —Me detuve, no sabía muy bien cómo introducir el tema.

Mi madre arqueó una ceja.

—¿De la mujer que ha venido a Tallin?

Mi padre también levantó la mirada, atento. Tragué una cucharada de sopa antes de responder.

—Sí. Iris.

Mi madre repitió el nombre en un susurro, como probándolo. A ella siempre le había gustado entender a las personas a través de cómo sonaban sus nombres. Tonterías suyas.

—¿Y qué tal? —preguntó ella.

—Bien —respondí, quizá demasiado rápido—. Muy bien, de hecho. Siempre pensé que sería… no sé, una ex algo resentida, o alguien con necesidad de poner distancia con Erik después de tantos años. Ya sabes cómo es la gente cuando hay historias pasadas de por medio.

Mi padre soltó una especie de gruñido que interpreté como un “la gente es un desastre”, su opinión habitual sobre el mundo civil.

—Pero no es así —continué—. No es para nada así. Ha congeniado con Matteo desde el primer minuto. El crío la adora. Y ella… bueno, se nota que es buena persona.

Mi madre dejó la cuchara dentro del cuenco y se quedó mirándome. Y no era su mirada normal. Era esa mirada. La que usaba cuando quería obtener algo de mí sin decirlo. La que siempre me daba miedo porque nunca fallaba.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Ella sonrió apenas, pero no era una sonrisa de diversión.

—Nada.

—No —negué, apoyando los codos en la mesa—. Cuando pones esa cara, sí pasa algo.

Mi padre dejó su vaso de agua con un leve golpe que indicó que él también había detectado "esa cara", y mi madre suspiró. Un suspiro largo, lleno de significados que había pasado media vida intentando evitar.

—Es solo que… —empezó, mirándome como si yo fuera más frágil de lo que soy—. Te he notado algo cuando hablabas de ella.

Me tensé.

—¿Algo como qué?

—Como que te gusta —soltó, sin dramatismo, pero con la precisión que solo una madre podría tener.

La miré en silencio unos segundos, intentando decidir si negarlo o insultar su capacidad para leer a la gente.

—Mamá… —dije finalmente—. Es guapa, sí. Muy guapa. Y simpática. Y divertida. Lo admito. Pero no puedo fijarme en ella. No de ese modo.

—Ya te has fijado —replicó ella, sin dudar—. Y no me mires así, que a mí no me engañas desde que tenías seis años.

Mi padre sonrió. Un poco. Muy poco. Pero lo hizo. Yo negué con la cabeza.

—No es… no puedo. Iris va a ser familia para Matteo. Erik confía en ella para cuando… —Mis palabras se quebraron en el aire— cuando él no esté. Yo soy el padrino del niño. No puedo permitirme que nada interfiera. Si la cago ahí… perdería a Matteo. Y no pienso perderlo.

Mi madre me observó con esa mezcla suya de ternura y miedo que me incomodaba más que cualquier reproche.

—Lo único que te pido —dijo— es que no la hagas daño. Ni a ella, ni a ti. Esa chica va a formar parte de la vida de Matteo. Ten cuidado.

—Por mucho que quisiera fijarme en ella de cualquier otro modo —respondí—, sé de sobra que no podría hacerlo. No con la vida que tengo. No con… todo esto.

Ella bajó la mirada, resignada. Y entonces fue mi padre quien habló.

—Ojalá pudiera hacer algo para que tu vida cambie —dijo, con una sinceridad que pocas veces permitía salir—. Para que no fuera la que es.

Me quedé inmóvil. Mi padre nunca decía cosas así. Nunca expresaba deseos que no se pudieran cumplir.

—Papá… —susurré, y él negó con la cabeza—. No puedes, y lo sabes. Nadie puede.

Silencio. Duro. Pesado. Real. Mi padre asintió, porque no había nada más que decir. Sabíamos perfectamente de qué hablábamos. Y de quién.

Mi madre rompió el silencio levantándose para recoger los primeros cuencos, como si necesitara moverse para disipar la tensión que había quedado flotando en el comedor. Mi padre se aclaró la garganta, gesto que solía usar para sellar conversaciones incómodas sin dar sensación de huida.

—Come un poco más —dijo mi madre desde la cocina—. Has adelgazado.

—No he adelgazado —protesté, como siempre.

—Claro que sí —replicó ella.

Mi padre me lanzó una mirada de esas que decían “mejor no discutas” y le hice caso. Me serví otro pedazo de pan.

Aquella casa tenía un don: lograba que todo pareciera más simple de lo que realmente era, como si las paredes amortiguaran los problemas hasta dejarlos en algo manejable. Y, aun así, allí sentado, me sentía más vulnerable que en cualquier sala de reuniones de *Nordikon*. Era curioso: ante medio mundo podía mostrarme imperturbable, pero ante mis padres… nunca del todo.

—Cuéntanos más sobre ella —dijo mi madre, con voz aparentemente neutra, y suspiré.

—¿Sobre quién? ¿Iris?

—Sobre quién va a ser, Markkus. No creo que estemos hablando de Katriin precisamente —murmuró mi padre y fruncí el ceño.

—No estamos hablando de nadie más que de mi responsabilidad como padrino de Matteo. Y sí, la conocí. Pasé un… —Busqué una palabra que no implicara demasiado— un rato con ella cuando llegó. Erik me pidió que la recibiera, que la pusiera al día de cómo estaban las cosas; a fin de cuentas, seré yo quien la ayude con el niño.

Mi madre asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

—¿Y te cayó bien?

Demasiado, pensé.

—Sí —respondí, intentando sonar neutral—. Es espontánea, habla mucho, ríe más aún. Matteo está con ella como si la conociera de toda la vida. Y eso… eso le hizo bien al crío.

Mi padre asintió.

—Es importante que el niño tenga a alguien así cerca. Sobre todo, cuando…

No terminó la frase, pero no hacía falta.

—Sí —respondí simplemente.

Mi madre volvió a sentarse con nosotros.

—¿Y cómo es ella? Además de simpática, digo.

Sabía exactamente a qué se refería: a su forma de mirar, de moverse, de ocupar espacio. Mi madre valoraba el carácter más que el físico, pero tenía un instinto brutal para detectar pureza de intenciones. Se había pasado la vida rodeada de militares y sus familias; sabía identificar en segundos quién era auténtico y quién era un escudo con piernas.

—Es… —Me quedé pensando—. Es cálida. Muy cálida. Y divertida. Hace que las cosas parezcan menos pesadas sin esfuerzo. No sé cómo lo hace. Habla rápido, se atropella, se ríe cuando se equivoca. Matteo piensa que es mágica.

Mi madre me observó con tanta atención que tuve que apartar la mirada.

—Ya —dijo, como si confirmara algo.

—Mamá —le advertí.

—¿Qué? —preguntó con falsa inocencia.

—Esa cara.

Ella apoyó la barbilla en la mano.

—Esa mujer te ha tocado algo. Y no estoy hablando de atracción física. Tú sabes perfectamente a qué me refiero.

Me removí en la silla.

—Mamá, por favor.

—Markkus —insistió—, no estoy diciendo que te estés enamorando. Solo… —suspiró—. Solo veo algo en tu mirada cuando hablas de ella. Como si te recordara algo que llevas muchos años sin permitirte mirar.

Mi padre, sorprendentemente, intervino.

—Es verdad. —Se encogió de hombros cuando lo miré—. No te enfades. Tu madre tiene razón más veces de las que me gustaría admitir.

Me llevé una mano a la frente.

—Es una mujer buena. Punto. Y sí, es atractiva. Pero no puedo permitir que eso signifique nada. Sería… sería cruzar una línea que no debo cruzar. No con mi situación. No con la de ella. No con la de Matteo.

Mi madre apoyó su mano sobre la mía.

—Hijo, yo no pretendo decirte lo que debes sentir. Solo… —Su voz se volvió más suave— solo que no quiero que te castigues por sentir algo bonito. A veces parece que vives para renunciar a todo lo que te podría dar un poco de alegría.

Las palabras me atravesaron más hondo de lo que me esperaba.

—No es castigo —mentí.

Mi padre bufó.

—Lo es. Y lo sabes. Toda tu vida gira alrededor de proteger a quien no deberías proteger. Y sé por qué lo haces. Pero aun así… —Me miró fijamente, con esa gravedad suya que no admitía evasión—. Me gustaría que tu vida fuese otra. Que no estuvieras atrapado donde estás.

Sentí la garganta cerrarse.

Mi madre habló entonces, muy bajito.

—Ojalá pudiera liberarte. Aunque fuese un poco.

Sonreí con tristeza.

—Estoy bien. De verdad.

Mi padre soltó una risa sin humor.

—No, hijo. No lo estás.

Nadie habló durante un rato. Mi madre retiró los platos y trajo el postre, un pastel de trufa y nata que yo adoraba desde niño. Me sirvió una porción generosa, como si la comida pudiera reparar heridas antiguas. Y sí, en parte, lo hacía.

—Y bien —dijo ella, intentando aligerar el ambiente—. ¿Te quedarás un rato después de comer?

—No —respondí—. Tengo que volver a casa. Tengo trabajo pendiente para la reunión del lunes.

Mi padre arqueó una ceja.

—¿Trabajo? ¿Un sábado?

—Es *Nordikon* —repliqué con una leve sonrisa—. No entiendo cómo sigues sorprendiéndote.

—No me sorprendo —contestó—. Solo me niego a aceptar que un día vas a trabajar hasta en tu propio funeral.

—Sería eficiente por mi parte —respondí con ironía.

Mi madre negó con la cabeza.

—Eficiente, dice… —Se levantó para buscar más té.

Mientras ella estaba de espaldas, mi padre se inclinó hacia mí.

—Markkus —murmuró—. Escúchame. Si de verdad te importa ese niño… y si de verdad esa mujer es tan buena como dices… entonces mantén la cabeza fría. Pero no cierres el corazón. No del todo.

—Papá… —comencé.

Pero él levantó una mano.

—No. No hablo de enamorarte. Hablo de no proyectar tu dolor donde no toca. Ella no es Katriin. No pagues en ella lo que no puedes romper en tu matrimonio.

No respondí. No podía.

Mi madre volvió y sirvió el té como si nada hubiera pasado, pero sabía perfectamente de qué hablábamos. Siempre lo sabía.

—Toma, cariño —dijo, colocando una taza delante de mí—. Te hará bien.

Asentí. El vapor me subió por la cara y me tranquilizó ligeramente.

Capítulo 23



Markkus

Comimos el pastel en silencio, esta vez un silencio más ligero, menos cargado de verdades no dichas. Mis padres hablaban entre ellos del clima, de un vecino nuevo. Parecía una escena normal, y quizás lo era. Pero yo sabía que, bajo toda esa normalidad, se tejía algo más profundo. Algo que ninguno de nosotros nombraba.

Cuando terminé el té, dejé la taza en la mesa.

—Debo irme.

Mi madre asintió, aunque su gesto decía que habría deseado retenerme un rato más. Mi padre se levantó conmigo y me acompañó hacia la puerta. El aire frío entró como un cuchillo cuando abrí.

—Cuídate —dijo él.

—Siempre.

—Y cuida del niño.

—Puedes estar seguro.

Asintió, satisfecho con esa respuesta. Mi madre me abrazó antes de que bajara el escalón del porche, apretándome con más fuerza de la habitual.

—Markkus… —susurró junto a mi oído—. Sea lo que sea que sientas… no te castigues por sentirlo.

Tragué saliva.

—Mamá…

—Solo eso —me separó un poco para mirarme a los ojos—. Solo vive un poco. Aunque sea un instante. Aunque luego vuelvas a encerrarte donde creas que debes estar.

No supe qué decir. Así que no dije nada.

Me había despedido de mis padres con una sensación extraña, como si hubiese dejado algo sin decir, como si las palabras que no pronuncié pesaran más que las que sí. Cerré la puerta del coche y apoyé la cabeza en el reposacabezas un segundo antes de arrancar. Necesitaba un instante para recomponerme. Respiré hondo, conté hasta tres y puse el motor en marcha.

La nieve caía con más intensidad ahora, aunque los copos eran pequeños, como si estuvieran decidiendo si convertir la tarde en tormenta o dejarla en simple decoración invernal. Encendí los faros y empecé a conducir despacio, dejando atrás la calle tranquila donde vivían mis padres. Por un momento pensé en girar la vista hacia el retrovisor, para ver si aún estaban en el porche, pero no lo hice. Prefería quedarme con la imagen de ellos juntos, hombro con hombro, antes de que yo arrancara.

El trayecto hacia mi casa era casi automático. Podía hacerlo con los ojos cerrados; había recorrido ese camino más veces de las que podía contar, siempre con la misma sensación contradictoria: alivio por llegar a un lugar que conocía al milímetro y, al mismo tiempo, ese vacío inevitable que se abría en mí cada vez que cruzaba la verja de entrada.

Mi casa surgió entre los árboles cuando tomé el último desvío. Dos plantas, fachada de madera oscura, ventanales verticales y líneas rectas, arquitectura moderna mezclada con toques nórdicos. Cuando la compré, me pareció el lugar perfecto para llevar una vida que nunca llegó. Eran más habitaciones de las que necesitaba, más espacio del que ocupaba, un silencio

demasiado grande para un hombre que pasaba la mitad de los días evitando su propia existencia.

No, el ático donde había llevado a Iris no era donde vivía, solo un lugar al que acudía cuando necesitaba estar solo, cuando necesitaba no pensar en nada.

Aparqué en el garaje y apagué el motor. Me quedé sentado unos segundos, mirando el interior en penumbra. A veces sentía que aquella casa me observaba. No en un sentido literal, claro. Pero sí en ese modo silencioso en que los lugares que deberían estar llenos terminaban recordándote, sin palabras, cuánto sobraba el espacio cuando faltaba lo esencial.

Entré por la puerta lateral, dejé las llaves en el cuenco de cerámica que había comprado en un mercadillo hacía años y me quité el abrigo. El recibidor estaba igual que siempre: ordenado, demasiado ordenado, como si allí no viviera nadie. A la derecha, el salón; a la izquierda, el comedor. Más al fondo, las escaleras que llevaban a las habitaciones del piso superior. Me detuve un instante, escuchando el silencio.

Había días en los que me parecía acogedor. Otros en los que era una amenaza.

Colgué el abrigo y crucé el pasillo hacia el salón. Me acerqué al ventanal y apoyé la mano sobre el cristal frío. El bosque que rodeaba mi propiedad estaba cubierto por una neblina fina que se mezclaba con la nieve. Era un paisaje hermoso. Era, también, un paisaje al que alguien como yo estaba condenado a mirar siempre desde dentro.

Me pasé la mano por la nuca, intentando despejarme. Pero la verdad era que no tenía la cabeza en aquel bosque, ni en mis padres, ni siquiera en los mil asuntos pendientes de *Nordikon* que me esperaban sobre la mesa del despacho.

La tenía en ella. En Iris.

La imagen apareció sin pedir permiso: sus ojos avellana brillando cuando sonreía, la forma en que hablaba con las manos, el modo en que se mordía el labio inferior cuando intentaba concentrarse y terminaba riéndose de sí

misma. Y también la forma en que me había mirado la noche anterior. Dios. Esa noche.

Me obligué a caminar hacia el despacho antes de que el recuerdo se apoderara del todo de mí. Abrí la puerta, encendí la luz tenue y me dirigí directamente a la estantería donde guardaba las botellas. Saqué una de whisky, la que reservaba para los días en los que el silencio se volvía demasiado estridente, y me serví un poco en un vaso.

El primer sorbo me quemó la garganta, y lo agradecí.

Me acerqué al ventanal grande del despacho, el que daba hacia el horizonte, y sujeté el vaso en mi mano mientras dejaba que el alcohol hiciera su trabajo. Fuera, la nieve empezaba a caer con más decisión. Dentro, yo empezaba a ser consciente de que estaba jodido. Pero jodido de verdad.

Porque no debería pensar en ella así.

No debería recordar su piel erizándose bajo mis manos. No debería acordarme del sonido suave que soltó cuando la besé en el cuello, ni del temblor de sus dedos cuando los entrelazó con los míos.

No debería recordar la forma en que su cuerpo reaccionó al mío como si siempre hubiese estado esperando a que la tocara. Y, sin embargo, lo recordaba con una claridad que me atravesaba cada vez que me permitía pensar dos segundos seguidos en ella.

Porque recordaba exactamente cómo se estremeció. Cómo se arqueó ligeramente hacia mí cuando la sostuve de la cintura, como si su cuerpo reconociera el mío. Como si ya me perteneciera desde antes de que yo la tocara. Como si hubiese una verdad entre nosotros que ninguno había querido nombrar, pero que existía ahí, palpable, ardiendo bajo la piel.

Cerré los ojos.

No debía haber pasado. Y, aun así, si pudiera volver atrás… no sé si habría tenido la fuerza para evitarlo.

Me llevé el vaso a los labios otra vez y esta vez no sentí quemazón. Sentí alivio.

Había intentado mantener distancia desde la primera vez que la vi. Había intentado no mirarla demasiado, no escucharla demasiado, no permitir que su risa se me quedara enganchada en el pecho como si fuera algo propio. Pero no había servido de nada. Esa mujer… esa mujer tenía una forma de existir que se te metía dentro. Y yo, que llevaba años enteros viviendo en alerta permanente, me encontraba bajando la guardia con ella sin darme cuenta.

Era peligroso. Era estúpido. Y sí, era inevitable.

Apoyé la frente en el cristal del ventanal, y sentí que estaba frío, demasiado frío. Perfecto para intentar apagar algo que ardía más de lo que debería.

Pensé en lo que me había dicho mi madre antes de salir. “No te castigues por sentir algo bonito”.

Pero yo no podía permitirme nada bonito. No en mi vida. No con mi matrimonio. No con el pacto. No con la deuda de honor que llevaba arrastrando desde antes de nacer. No con la espada constante que Katriin sostenía sobre la reputación de mi padre.

No con todo aquello que me tachaba la posibilidad de desear algo distinto. De desearla a ella.

Y sin embargo… ahí estaba. Atrapado entre lo que debía ser y lo que, por primera vez en años, quería.

Quería verla. Quería tocarla. Quería volver a sentir su respiración contra mi cuello, la forma en que su cuerpo buscaba el mío casi con necesidad.

Me pasé una mano por el rostro.

No. No. No podía permitirme ese pensamiento. No podía caer en la tentación de imaginarla entre mis brazos otra vez, aunque eso era exactamente lo que mi cabeza estaba haciendo, como si mi cuerpo no entendiera que desearla era peligroso.

La veía claramente. La veía sonriendo con esa mezcla de picardía y timidez que la hacía aún más irresistible. La veía mirarme como me miró esta mañana, como si intentara descifrar algo en mí que yo no estaba preparado para mostrarle.

Y lo peor… Lo peor era que me gustaba que lo intentara.

Tomé otro sorbo. Largo. Más largo de lo que debería. Aquel deseo creciente no era algo que pudiera ignorar. No era algo que pudiera "controlar" como si fuese una negociación más.

Iris no era una negociación. Era un problema. Un problema que me atraía de una manera que no sabía gestionar. Y cuanto más intentaba evitarla, más inevitable se volvía.

Porque la quería lejos. Pero al mismo tiempo… la quería cerca. Demasiado cerca.

Capítulo 24



Markkus

El martes amaneció gris sobre Tallin, con esa luz pálida que no terminaba de decidir si quería ser día o seguir siendo madrugada. El cielo llevaba así desde hacía horas, quizá desde el domingo, o tal vez solo desde que yo me había sentado en mi despacho intentando fingir que podía concentrarme.

Habían pasado cuatro días desde la cena con Iris. Cuatro días desde aquella noche y tres días desde la mañana siguiente. Cuatro días en los que mi cabeza no había encontrado descanso.

Estaba sentado frente al ordenador, revisando informes que ya había revisado dos veces, corrigiendo cosas que no necesitaban corrección, fingiendo ser el Markkus eficiente, preciso, frío y absolutamente centrado que todos conocían. Pero la verdad era otra: llevaba cuatro días con el móvil demasiado cerca, demasiado presente en mi mesa, como si en cualquier momento fuese a cogerlo sin pensar y enviarle un mensaje.

Y había estado a punto de hacerlo. Muchas veces. Más de las que estaba dispuesto a admitir incluso a mí mismo.

Había tocado el teléfono, lo había desbloqueado, había buscado su nombre en la lista de contactos y me había quedado mirando la pantalla, con el pulgar flotando sobre el teclado como un idiota que no sabía qué quería poner. Ni siquiera era una cuestión de qué decir. Podría haber escrito un simple “¿Cómo estás?”, y aun así no lo envié.

Porque si enviaba ese mensaje… no sabría mantener la distancia que llevaba años obligándome a mantener con todo el mundo. Y porque, en el fondo, sabía que, si abría esa puerta, no podría cerrarla.

Suspiré y apoyé la espalda en la silla, masajeándome el puente de la nariz. El despacho estaba en absoluto silencio, y aquello no ayudaba. Necesitaba ruido, movimiento, interrupciones. Cualquier cosa que evitara que mi cabeza volviera una y otra vez a ella, a sus manos, a su respiración acelerada contra mi cuello, a la forma en que buscó mi boca como si llevase años queriéndolo sin saberlo.

Ella había hecho que mi vida, que llevaba demasiado tiempo en modo supervivencia, se desordenara en un solo día. Y yo no debía permitírmelo.

Miré el informe abierto en la pantalla. Ni siquiera recordaba en qué parte me había quedado. Habíamos avanzado en el proyecto de la nueva rama de investigación en energías frías, un frente importante para *Nordikon*. Pero desde el viernes, Erik no había venido a la sede. Llevaba días trabajando desde casa porque no se encontraba bien, y yo… bueno, yo no había insistido. Ni con él ni con ningún asunto pendiente.

Me había encargado de todo. De todas las reuniones. De todas las decisiones. De todas las cosas que él normalmente quería supervisar.

No quise molestarle. No quise exigirle nada en un momento en el que apenas tenía energía para levantarse de la cama algunos días. Así que, en esos cuatro días, no había hablado con él salvo por dos mensajes breves donde me agradecía cubrirlo.

Me levanté de la silla, incapaz de seguir sentado, y caminé hacia el ventanal. La vista desde el vigésimo tercer piso de la torre de *Nordikon* era espectacular. El distrito *Rotermann* extendiéndose abajo, el puerto al fondo, los tejados de la ciudad vieja asomando entre las calles estrechas. Me apoyé en el cristal con ambas manos y respiré hondo.

El reflejo del móvil sobre la mesa seguía ahí, tentándome.

Volví a mirarlo. Volví a negar con la cabeza. Y volví a decirme que no.

Intenté aislar el pensamiento, pero ella volvía. Su risa burlona. El temblor de sus dedos cuando los entrelacé con los míos aquella noche. La forma en que sus ojos brillaron cuando la besé, como si alguien hubiese encendido luces que llevaba años guardadas.

Me obligué a volver al escritorio. Tenía que trabajar. No podía seguir perdiendo el tiempo repasando la memoria de una mujer que, aunque no debería, se me había metido debajo de la piel.

En ese momento llamaron a la puerta.

—Adelante —dije, agradecido por cualquier distracción.

Tres empleados de investigación y logística entraron con sus Tablets y carpetas. Teníamos una reunión programada para actualizar el avance del proyecto de integración de sistemas sostenibles en las nuevas sedes. Me senté, me puse la máscara de siempre, la del directivo calmado y seguro, y comenzamos.

La reunión duró cerca de una hora y media. Hablamos de cifras, de fechas, de obstáculos, de permisos internacionales, de ajustes en los presupuestos. Intervine de manera mecánica pero efectiva; mi cabeza podía dividirse en compartimentos cuando hacía falta, y aquel era un compartimento seguro. Allí no había espacio para emociones. Solo decisiones.

Cuando terminamos, estreché manos, di indicaciones, asentí a varias propuestas y los despedí con cordialidad. Nada fuera de lo habitual.

Pero en cuanto la puerta se cerró detrás de ellos… la calma se deshizo. Volví a quedarme solo. Y volví a pensar en ella.

—Maldita sea —murmuré, dejándome caer en la silla.

Porque lo peor no era recordarla. Lo peor era que cada vez que la recordaba… lo hacía con deseo. Y con una carencia que no sabía que seguía existiendo en mí.

Me froté la mandíbula, intentando sacudirme esa sensación. Y justo entonces, cuando por fin parecía haber encontrado una hebra de

concentración para seguir trabajando, escuché la puerta abrirse sin previo aviso.

No hacía falta mirar para saber quién era. Solo una persona en *Nordikon* tenía permiso para entrar en mi despacho sin llamar.

Erik entró despacio, apoyado en el marco de la puerta durante unos segundos como si necesitara medir el equilibrio antes de avanzar. No era evidente para cualquiera… pero para mí sí. Lo conocía desde hacía demasiados años como para no ver el cansancio que intentaba disimular.

—No te esperaba hasta mañana —dije, poniéndome en pie, y él esbozó una media sonrisa.

—Ya sabes que me cuesta estar quieto más de dos días.

Era mentira. Podía estar quieto, solo que no podía estar enfermo sin sentirse culpable por ello.

Se acercó y tomó asiento frente a mí, dejando caer la carpeta que llevaba bajo el brazo. Su rostro tenía ese tono apagado que últimamente era demasiado habitual, y, aun así, cuando sonreía, seguía teniendo esa calidez que lo había convertido en un líder natural desde que éramos jóvenes.

—¿Cómo estás? —pregunté, sin rodeos.

Erik soltó aire por la nariz, algo entre risa suave y cansancio.

—He pasado unos días malos. Pero hoy estoy mejor. O… al menos lo suficiente para salir de casa sin que Iris me mire como si fuera a desplomarme en mitad del salón.

El nombre me golpeó más fuerte de lo que debería. Me obligué a mantener el rostro neutro.

—No te he molestado con nada de trabajo —dije—. Me encargué de todo.

—Lo sé. Lo he visto en los informes —respondió—. Gracias.

Negó con la cabeza como si estuviera frustrado consigo mismo.

—A veces me jode depender tanto de ti, Markkus. Y otras… —me miró con sinceridad— otras me alegro de tenerte ahí.

No respondí. A veces era demasiado para mí escucharle hablar así, porque me recordaba lo mucho que importaba que yo estuviera entero… incluso cuando no lo estaba.

—¿Y cómo lo ha vivido Iris? —pregunté, intentando sonar casual.

Erik apoyó los codos en los apoyabrazos de la silla y entrelazó los dedos.

—Como puede. Cuando no me encontraba bien, procuraba que no se notara delante del niño. Le dijo que tenía un poco de gripe, que no quería que se contagiara, y se encargó de mantenerlo distraído. Se inventó juegos, historias… Creo que hasta lo convenció de que el salón era un barco y que estaban cruzando un océano imaginario.

No pude evitar sonreír. Eso era tan… ella.

—Matteo la adora —dije, más bajo de lo que pretendía, y Erik asintió.

—Sí. Y yo también le estoy agradecido. Mucho. La llegada de Iris… —Su mirada se volvió más suave—. Ha sido una bendición. Para mí, y sobre todo para el niño.

Se llevó una mano al pecho, como si le costara respirar profundamente.

—No sé cómo voy a poder agradecerle que haya dejado todo en Madrid para venir a ayudarnos. Alguien como ella tenía su vida hecha. Su carrera, su rutina, su gente. Y aun así… vino.

—Con la herencia que le vas a dejar —dije— seguro que se dará por satisfecha.

Erik soltó una carcajada breve, como si la idea le pareciera ridícula.

—Iris no es materialista. No le interesa mi dinero, Markkus. Me lo dejó claro desde el primer día que la conocí hace doce años. Si pudiera elegir, no querría nada de eso. Querría que yo viviera más tiempo. Querría que Matteo tuviera más años conmigo. Eso es lo que le importa.

No supe qué responder. Porque lo que decía era cierto. Y yo lo sabía.

—¿Te has sincerado con ella? —pregunté—. ¿Le has dicho cuánto te queda en realidad?

Erik bajó la mirada. Su respuesta fue casi un susurro.

—No. No he tenido valor.

—Erik…

—Lo sé —me interrumpió—. Debería hacerlo. Pero cada día que la veo con Matteo… cada día que la escucho reír con él, o que la veo arrodillarse para ayudarle a ponerse los guantes… —Tragó saliva—. No puedo. No puedo destruir eso todavía.

No dije nada. Porque sabía muy bien qué era vivir con secretos que pesaban más que uno mismo.

Capítulo 25



Markkus

Hubo un silencio breve. Luego Erik levantó la cabeza, y su expresión cambió. Se volvió más traviesa, más ligera. Una expresión que solo usaba cuando estaba a punto de meterse donde no le llamaban.

—Por cierto —dijo—. ¿Cómo fue la noche cenando con ella?

Mi corazón dio un vuelco. Una reacción absurda. Infantil. Y muy peligrosa. Me acomodé en mi silla.

—Seguramente ella te dijo que estuvo bien —respondí.

Erik sonrió. Esa sonrisa que mezclaba ternura con malditas ganas de hurgar.

—Sé que sí —dijo—. Pero quiero escucharlo de ti —me señaló con el dedo.

Aparté la mirada hacia la ventana, intentando no mostrar más de la cuenta.

—Fue… una cena agradable. Nada más.

—Markkus —dijo con un tono que conocía demasiado bien—. Te conozco desde que esto —señaló vagamente el edificio— era solo un sueño de mi padre. Y sé cómo es Iris. Y sé cómo eres tú. Y sé —remarcó— que ella te gusta más de lo que estás dispuesto a admitir.

Me tensé.

—No estoy admitiendo nada porque no hay nada que admitir.

—Claro —respondió con sarcasmo—. Y yo estoy perfectamente sano.

Lo miré mal. Él se rio. Luego su expresión se volvió seria. Muy seria.

—Hazme un favor —dijo—. No la jodas, Markkus.

Tragué saliva.

—No le hagas daño como se lo hice yo. Esa mujer no merece que le rompan el corazón por segunda vez.

—No quiero hacerle daño —dije inmediatamente. Porque era verdad. Más verdad que cualquier cosa que hubiera dicho en semanas—. Pero tampoco quiero renunciar a ella. No quiero renunciar a… conocerla.

Erik apoyó los codos en las rodillas y entrelazó las manos, inclinándose hacia mí.

—Entonces ten cuidado. Estás jugando con fuego. Y tú mejor que nadie sabes que no es que vayas a quemarte… —me miró directamente a los ojos— sino que podría arder todo en cuestión de segundos.

—Erik…

—Y eso —añadió— sí que haría que la perdieras. Para siempre.

Me quedé callado. Porque tenía razón. Porque siempre la tenía cuando se trataba de proteger a los demás, salvo a sí mismo.

Se levantó despacio. Su respiración era un poco más corta de lo normal, pero no lo mencioné. Sabía que odiaba que lo hiciera.

—Envíame los informes cuando los tengas —dijo, como si la conversación anterior no hubiese existido.

—Lo haré —respondí.

Caminó hacia la puerta, pero antes de salir, se giró.

—Y, Markkus… —añadió.

—¿Sí?

—No huyas de algo que podría ser bueno. La vida no da muchas oportunidades así. Créeme.

No supe qué responder. Él salió. Y me dejó a solas con el eco de sus palabras.

Me dejé caer en la silla, hundiéndome contra el respaldo. Me froté las sienes con las dos manos, respirando profundamente.

Erik tenía razón. Tenía toda la razón. Estaba jugando con fuego. Y no era fuego pequeño. Era el tipo de fuego que, si lo dejaba crecer, podría arrasar mi vida entera. Podría arrasar lo que quedaba de mi matrimonio, la poca paz que aún tenía mi padre, incluso el equilibrio con Matteo.

Podría perderlo todo. Incluida a ella. Y aun así… joder… aun así nunca pensé que una mujer pudiera afectarme así. No en mi situación. No con la vida que llevaba. No con las cadenas que arrastraba desde hacía años.

Pero Iris… Iris había hecho que sintiera cosas que creí muertas en mí desde hacía tiempo. Cosas que no deberían volver. Cosas que no podía permitirme sentir. Y, sin embargo, ahí estaban.

Vivas. Intensas. Peligrosas. Tan peligrosas como inevitables.

Cuando Erik se marchó, el despacho quedó demasiado grande y demasiado silencioso. Un silencio espeso, del que se pegaba al aire y hacía que cada respiración sonara más fuerte de lo normal. Me quedé mirando la puerta cerrada durante varios segundos antes de poder moverme.

Era curioso: el edificio entero tenía un murmullo constante de fondo, teclados, teléfonos, conversaciones, pasos por los pasillos, pero dentro de mi

despacho siempre reinaba ese silencio casi clínico. Normalmente me resultaba útil. Necesario. Hoy, en cambio, me parecía tremendamente insoportable.

Apagué la pantalla del ordenador, recogí las carpetas que tenía desperdigadas y las dejé dentro del cajón. No iba a concentrarme más ese día. No cuando mi cabeza estaba partida en tres direcciones distintas: la enfermedad de Erik, el trabajo acumulado… y ella.

Siempre ella.

Revisé la hora. Quedaban dos reuniones pendientes, pero ambas podían delegarse. De hecho, era mejor delegarlas: no estaba en condiciones de fingir la máscara del directivo imperturbable durante más horas. Y después de la conversación con Erik… necesitaba aire. O algo que se le pareciera.

Avisé a mi asistente por el interfono.

—Pospón el resto de citas del día —dije—. Y que envíen los informes directamente a mi correo.

—Por supuesto, señor Lepp.

Cogí mi abrigo, recogí el móvil y salí del despacho. El pasillo estaba iluminado con esa luz blanca que siempre parecía artificial, incluso de día. Crucé el control de seguridad, saludé con un gesto mínimo a quienes me miraban y bajé por el ascensor hasta el garaje.

No me detuve a hablar con nadie. No tenía ganas.

Mi coche estaba aparcado en su plaza habitual, entre dos columnas de hormigón. El interior estaba frío cuando me senté, pero, por una vez, agradecí el contraste. Arranqué el motor, bajé la visera para que el sol no me diera de frente y salí del garaje.

Tallin estaba envuelta en esa mezcla de nieve reciente y calles húmedas que resbalan más de la cuenta. Los edificios oscuros proyectaban sombras largas, y la ciudad tenía ese tono invernal que podía ser bello y deprimente a la vez.

Conduje sin prisa, dejando que el habitáculo se calentara poco a poco. Me quedé mirando los semáforos más tiempo del necesario. Mi cabeza no estaba en la carretera. Tampoco estaba en el trabajo. Mi cabeza estaba, inevitablemente, en ella.

Cuatro días. Cuatro días desde aquella noche. Cuatro días desde que me dormí con su respiración enredándose con la mía, desde que desperté sintiendo su cuerpo pegado al mío, desde que vi cómo se estremecía bajo mis manos como si llevase años esperando un toque que no se atrevía a pedir.

Había intentado borrar esa imagen de mi cabeza. Había intentado no pensar en cómo su piel reaccionaba a cada caricia, en cómo buscaba mi boca como si fuera algo instintivo.

Lo había intentado y había fracasado.

La verdad era simple y jodidamente clara: no había pasado un solo día sin recordar exactamente cómo se había sentido tenerla entre mis brazos.

Giré hacia mi calle y aparqué frente a mi casa, el lugar donde fingía que mi vida seguía un orden, donde fingía que la estabilidad existía.

Me quedé un momento dentro del coche, observando la fachada. Desde fuera, cualquiera podría pensar que la vida dentro de esa casa era impecable, perfecta, acorde a la imagen de directivo que debía proyectar.
Pero yo sabía la verdad.

Era una casa donde se respiraba ausencia. Frialdad. Silencios largos. Un matrimonio muerto que seguía compartiendo techo porque romperlo significaría dinamitar demasiadas cosas.

Suspiré y salí del coche. La nieve crujió bajo mis botas. Abrí la puerta y entré.

El interior estaba exactamente igual que cuando salí horas antes. La misma oscuridad controlada, las mismas líneas rectas, la misma impecable organización. Demasiado orden. Demasiado silencio. Un hogar que nunca llegó a ser hogar.

Cerré la puerta tras de mí y avancé por el pasillo. La casa tenía varios dormitorios, aunque solo usaba uno. El de matrimonio era más un decorado que un espacio real. Cada habitación tenía el mismo estilo neutro que, en algún momento, pensé que era lo más práctico para una casa en la que no sabía quién estaría realmente viviendo dentro de cinco años.

Cinco años. O diez. O toda una vida. Porque mis decisiones no me pertenecían. No del todo.

Me dirigí directamente a mi despacho personal. Allí, al menos, había algo que sí me pertenecía: mi desorden. Abrí la puerta, encendí la luz y el olor familiar a madera, papel y whisky me recibió. Las estanterías estaban cargadas de libros técnicos, informes y algún que otro ejemplar antiguo que había heredado de mi abuelo.

Cerré la puerta, me quité el abrigo y lo dejé sobre la silla. Cogí una botella de whisky escocés, serví un par de dedos en un vaso y me acerqué al ventanal.

La vista daba al bosque al otro lado del barrio, un horizonte blanco e infinito que siempre parecía más honesto que cualquier persona que hubiese pisado esa casa.

Bebí un sorbo. El alcohol me quemó agradablemente la garganta. Y, por supuesto, pensé en ella. Pensé en Iris.

En su risa. En cómo se mordió el labio cuando la acerqué a mí. En cómo su cuerpo reaccionó al mío con una naturalidad que no debería haber existido entre dos personas que no se conocían realmente.

Pensé en lo que significaba desearla así. En lo que significaba necesitarla así. Y en que, por mucho que quisiera evitarla, no podía hacerlo.

No después de haber sentido lo que sentí aquella noche. No después de haberla visto a mi lado cuando desperté, despeinada, cálida, preciosa, mirándome con esa mezcla de sorpresa y vulnerabilidad que me hizo querer quedarme más tiempo del que debía.

Apoyé la mano libre en el cristal.

—Joder… —murmuré.

Porque era verdad. Me gustaba. Me atraía. Y había algo en ella que hacía que todo se tambalease dentro de mí. No solo quería volver a verla. Quería volver a tocarla. A sentirla. A saber qué más podía hacerme sentir esa mujer que había aparecido en mi vida en el peor momento posible… y aun así se había convertido en lo único que no podía sacarme de la cabeza.

Bebí otro sorbo y cerré los ojos. Sí, Erik tenía razón. Estaba jugando con fuego, y aun sabiendo que podía quemarme… no estaba seguro de querer apagarlo.

Capítulo 26



Markkus

Habían pasado dos días desde la conversación con Erik, y aunque mi cabeza estaba llena de recuerdos y pensamientos sobre ella, ese jueves decidí presentarme en la mansión de Erik por sorpresa. Tenía en la mano unos documentos que necesitaba que firmase y, de algún modo, la excusa era perfecta para verlos a ambos sin levantar sospechas.

La nieve cubría el jardín con un manto espeso y silencioso, y el coche crujía sobre el camino de entrada mientras me acercaba a la puerta principal. Respiré hondo antes de tocar el timbre, como si eso pudiera prepararme para lo que sabía que iba a ver.

Cuando la puerta se abrió, Matteo apareció primero. Su carita iluminada, con los ojos azules brillando de emoción, hizo que mi corazón se detuviera un instante. No era exageración: verle correr hacia mí, gritar "¡Padrino!" y abrazarme con fuerza, con esa inocencia y confianza que solo un niño podía tener, hizo que toda mi tensión se desvaneciera.

—¡Te he echado de menos! —dijo mientras le levantaba en brazos y reí, sintiendo cómo se me detenía el corazón por un instante al ver su entusiasmo.

—¿Has comido bien hoy, campeón? —le pregunté mientras él me daba golpes suaves en la espalda, riéndose—. No me digas que has intentado atrapar a los peces en la pecera otra vez.

—¡No! —protestó, haciendo un puchero cómico—. Bueno… un poquito. Pero no me atraparon, así que estoy vivo para contarlo.

—Eso es lo importante —dije, riendo—. ¿Qué te dan de comer? Cada día estás más grande.

—¡Tú sí que eres grande, Markkus! —dijo, golpeando mi hombro con su manita—. ¿Traes dulces?

—Traigo algo mejor —le respondí, sonriendo—. Pero primero necesito que me lleves a ver a tu padre.

Y entonces la vi. Mi corazón dio un vuelco más fuerte de lo que debería haber sido permitido. Su figura en el salón me dejó sin aire. El vestido de punto beige abrazaba su figura de forma natural y elegante, resaltando cada curva. El cabello ligeramente ondulado caía sobre sus hombros, y su sonrisa cálida me atrapó antes incluso de que pudiera pronunciar una palabra. Mi respiración se detuvo un instante.

—Markkus —dijo ella, con el inconfundible tono de sorpresa en su voz—. ¡Qué sorpresa!

Me aproximé con una calma que no sentía. Cada paso hacia ella hacía que el mundo se estrechara hasta quedar solo entre su mirada y la mía.

—Hola, Iris —dije, intentando sonar casual, aunque mi pecho latía con fuerza—. He pensado que una visita inesperada podía alegrar el día. Y además… traigo papeleo muy aburrido.

Ella sonrió, y había un brillo en sus ojos que me hizo olvidar la mitad de los protocolos sociales, los problemas, el frío de la ciudad. Solo existía ella.

—¿Te quedas a cenar? —me preguntó Markkus.

—Solo si hay algo rico.

—Kärt ha preparado pastel de carne —sonrió el muy diablillo, a sabiendas de que ese era mi plato favorito.

—Entonces me quedo, no voy a rechazar un pedazo de ese pastel.

—¡Bien! —exclamó, y su felicidad era tan contagiosa que no podía evitar sentirme un poquito feliz también.

Le dejé en el suelo y me cogió de la mano, guiándome hacia el salón mientras sentía la mirada de Iris fija en mí.

Entré en el salón y vi a Erik con el móvil en la mano, revisando alguno de los correos que le habría enviado esa tarde. Sonrió al verme, se puso de pie y me dio una palmada en la espalda cuando me saludó.

No tardamos en ir al comedor, donde el olor del pastel de carne de Kärt lo llenaba todo. Nos acomodamos alrededor de la mesa y, sin darnos cuenta, los temas de conversación comenzaron a fluir con la misma sencillez de siempre, y con la espontaneidad de Matteo, que nos sacaba una risa tras otra a los tres.

—Iris, una vez Markkus me dio un paseo en brazos y casi me deja colgado de cabeza sobre la nieve… ¡Fue como volar!

—¡Eso no fue así! —dije riendo, levantando las manos en señal de inocencia—. Fue… un vuelo acrobático controlado, ¿vale?

—Sí, claro… controlado —replicó Erik con una sonrisa divertida—. Si "controlado" significa que me asusté pensando que me quedaba sin hijo, entonces sí.

—¡Eso es parte de la aventura, papá! —intervino Matteo—. ¡Las aventuras son emocionantes!

La cena continuó entre risas, anécdotas y bromas. Cada vez que Matteo hacía un comentario absurdo, Iris lo corregía o le hacía una mueca divertida, y yo aprovechaba para intercambiar miradas con ella. No había necesidad de palabras; cada gesto, cada sonrisa, hacía que el corazón se me acelerara.

—¿Y qué tal el colegio hoy, Matteo? —pregunté.

—Muy bien. La profe nos ha dado una ficha para colorear y solo me he salido un poquito una vez.

—Seguro que con la práctica no te saldrás ni ese poquito —sonreí.

Iris y yo intercambiamos una mirada cómplice. Ella estaba preciosa, riéndose de las ocurrencias del niño, y al mismo tiempo haciendo gestos que me parecían increíblemente atractivos y naturales. Mi corazón latía con fuerza. Cada palabra suya, cada sonrisa, cada pequeño gesto, me hacía sentir más vivo de lo que me había sentido en años.

Y era consciente de las miradas de Erik, por supuesto. Sabía que mi mejor amigo me observaba, al igual que la observaba a ella, que nos estudiaba a ambos y que tarde o temprano me diría algo al respecto sobre lo que veía en mis ojos, o en mi forma de actuar.

Iris me lanzó una mirada cálida, y por un instante me sentí completamente expuesto, pero de la mejor manera posible. Su risa, su ternura, su forma de interactuar con Matteo y conmigo… todo me hacía querer permanecer allí para siempre, sin pensar en nada más que en ese momento.

—Vale, vale, suficiente charla —dijo Iris—. Ahora vamos a terminar la cena antes de que Matteo decida que es hora de montar una guerra de servilletas.

—¡Eso sería épico! —exclamó Matteo, con los ojos brillando de entusiasmo.

Reímos, bromeamos, compartimos comida y miradas, y por primera vez en mucho tiempo sentí que todo estaba exactamente donde debía estar. La risa de Matteo, el brillo de los ojos de Iris, la calma de Erik… y yo en medio de todo eso, sintiéndome más vivo que nunca.

La cena fue un caos delicioso. Matteo se movía de un lado a otro, contándonos historias inventadas que nos hicieron reír hasta dolernos los lados. Iris estaba radiante, con esa mezcla de dulzura y picardía que siempre conseguía sacar de mí una risa auténtica, más auténtica que ninguna que hubiera dejado ver antes. Nos intercambiábamos bromas, imitábamos gestos del niño y, por un momento, la casa se llenó de un calor que no había sentido en años.

Erik, sentado al final de la mesa, observaba todo con esa mezcla de orgullo y agotamiento que siempre lo acompañaba. Tenía días difíciles, pero la presencia de Iris y la alegría de Matteo hacían que su semblante se suavizara, y me di cuenta de cuánto se había convertido ella en un pilar para ambos en tan pocos días.

Después de la cena, mientras Iris llevaba a Matteo a la cama, Erik y yo nos quedamos en el salón revisando los documentos de la empresa. La conversación fue técnica, directa, pero en mi mente seguía escuchando los ecos de las risas de Iris y de Matteo. Cada frase que pronunciaba, cada gesto que hacía, me recordaba cuánto deseaba estar cerca de ella en más que solo una cena de amigos y negocios.

El tiempo pasó rápido entre balances, proyectos y anotaciones. Iris regresó al salón y se apoyó en el marco de la puerta, todavía sonrojada por algún comentario de Erik. Él, como siempre, tenía esa sonrisa pequeña y cómplice.

—El niño tiene razón —dijo Iris haciendo que ambos la miráramos—. Sois adictos al trabajo —suspiró.

—Años en la vida de este tío, y no sabe imitar mi firma —comentó Erik, y me eché a reír.

—Serás capullo. Es lo primero que dijimos siempre, nada de firmar por el otro sin saber qué se firma.

—De Erik no te fíes, que igual firma por ti en un contrato de matrimonio —rio Iris, sin saber que no hacía falta que mi mejor amigo firmara por mí para eso, porque yo mismo lo hice años atrás.

—Bueno, el trabajo y el día para mí han terminado por hoy —dijo Erik poniéndose en pie—. Buenas noches, chicos —le dio un beso a Iris que ella recibió con un cálido abrazo y por un instante sentí una leve punzada de envidia. Erik nos miró un segundo antes de girarse hacia la puerta—. No hagáis demasiado ruido, ¿vale? No quiero que el pequeño se despierte.

Iris se sonrojó aún más. Yo sonreí, negando con la cabeza mientras mi corazón se aceleraba. Por un instante, todo fue silencio entre los tres, hasta que Erik se retiró definitivamente.

Capítulo 27



Markkus

Cuando nos quedamos solos, no pude más. Cada segundo de cercanía había tensado un hilo invisible entre nosotros, y sentí que debía romperlo. La atraje hacia mí, la sentí vacilar un instante, y luego todo su cuerpo se relajó contra el mío.

Nuestros labios se encontraron, y fue como si el mundo entero hubiera desaparecido. Un beso largo, cargado de deseo contenido, de una química que se negaba a esperar.

Cuando nos separamos, apenas para respirar, le susurré:

—Llevaba deseando esto desde que te he visto. Toda la semana he pensado en ti… en tenerte así, en sentirte cerca.

Ella se sonrojó, y su aliento cálido contra mi cara me hizo estremecer.

—Markkus… —susurró—. Ha sido… extraño, estar aquí, con Erik enfermo, con todo…

—Lo sé —dije, abrazándola con fuerza y besándole la frente—. Estoy aquí para ti. Siempre.

La acaricié por la espalda, sintiendo cómo cada tensión, cada miedo que había guardado durante la semana se derretía contra mi cuerpo. La presión de sus manos sobre mí, la manera en que su cabeza descansaba contra mi pecho,

la suavidad de su piel… todo era un recordatorio brutal de lo que deseaba, de lo que no podía negar.

Nuestros labios se encontraron de nuevo, más suaves al principio, luego con esa urgencia silenciosa que nos había acompañado desde nuestra primera noche juntos. Cada toque, cada roce, cada suspiro era intenso, sensorial, casi eléctrico.

Mi mano subió despacio por su nuca, enredándose en su cabello con una delicadeza que contrastaba con la intensidad del momento. Ella soltó un suspiro que se convirtió en un temblor leve, uno que sentí recorrer su cuerpo antes de que llegara a mí.

—¿Quieres que me quede un rato más? —susurré contra su boca, apenas rozándola.

Ella no respondió con palabras al principio; solo me buscó de nuevo con los labios, como si eso fuese todo lo que necesitara para decirme que sí. Luego asintió, con una sonrisa tímida, vulnerable, hermosa… una que me desarmó y me encendió al mismo tiempo.

La levanté en brazos, sintiendo su peso cómodo contra mí, y subimos a la primera planta. Caminé por el pasillo con pasos lentos, cada uno medido, cada roce entre nosotros cargado de intención y deseo. Llegamos a la habitación de invitados, la que sabía que ocupaba ella desde que llegó a Tallin. Entré y cerré la puerta tras nosotros.

En la habitación, al dejarla en el suelo, pasó un segundo antes de que cualquiera se moviera. Estábamos frente a frente, respirando el mismo aire, como si necesitáramos ese instante para asimilar lo que estaba ocurriendo, para asegurarnos de que ninguno de los dos despertaría de un sueño demasiado real.

Cuando la atraje otra vez hacia mí, no fue un gesto impulsivo. Fue lento, decidido, con esa certeza que nacía cuando ya no quedaban dudas. Sentí su aliento mezclarse con el mío, cálido, cercano, casi tembloroso. Había una electricidad suave en su piel, un magnetismo que parecía empujarme a recorrerla.

Mis manos se deslizaron por su espalda, trazando líneas que la hicieron inclinarse apenas contra mí, buscando más contacto. Me rodeó el cuello con los brazos, sus dedos rozando mi cabello mientras su frente descansaba un momento contra la mía. Ese gesto simple, íntimo, casi reverente, encendió algo aún más profundo que el deseo.

Nuestros labios volvieron a encontrarse, esta vez sin contener nada. Había días enteros de tensión reprimida en ese beso: deseo, nostalgia, preguntas y respuestas que nunca habíamos dicho en voz alta. Ella se aferró a mi torso, y sentí el estremecimiento recorrerla, intenso, sincero, inevitable. La habitación se llenó de nuestra respiración entrecortada, del ritmo acelerado que compartíamos sin sincronizar deliberadamente.

La llevé hasta la cama sin dejar de besarla y allí me deshice de su ropa, prenda a prenda, dejándola completamente desnuda ante mí. Era preciosa, perfecta y mía.

Porque así la sentía, y así la quería. Quería que fuera mía no solo esta noche, sino todas las que siguieran después.

Iris me miró fijamente y comenzó a desnudarme. Primero me quitó la chaqueta, después la corbata y a continuación desabrochó uno a uno los botones de mi camisa. Cuando se deshizo de ella, llevó ambas manos a mi torso, deslizó las yemas de los dedos por mi piel y me estremecí. ¿Cuándo fue la última vez que sentí aquello? Nunca, esa era la verdad, nunca lo había sentido hasta que ella apareció en mi vida.

La vi morderse el labio y me incliné para besarla, sosteniendo su rostro entre mis manos mientras ella seguía quitándome la ropa. Cuando me desnudó por completo, la abracé estrechándola entre mis brazos y ambos jadeamos al unísono al sentir el calor de nuestros cuerpos.

No pude ni quise dilatar más aquella agonía. La cogí en brazos, la recosté en la cama y comencé a besar cada centímetro de su suave piel, de su perfecta piel expuesta ante mí. Me acomodé entre sus piernas y lamí su sexo con avidez, con hambre, escuchando sus leves jadeos mientras sentía sus dedos entrelazados en mi cabello tirando de él. Me gustaba así, libre y dejándose llevar, entregada al momento y a lo que yo quisiera hacerle.

La penetré con dos dedos y arqueó la espalda, comenzó a mover las caderas y no tardé en sentir que se tensaba, que los músculos de su vagina se contraían alrededor de mis dedos, apretando y preparándose para el orgasmo.

Y llegó, tan fuerte y tan intenso como quería que llegara, y liberó el clímax mientras yo lamía y devoraba su sexo húmedo y caliente.

—Por Dios —jadeó cuando me aparté y sonreí al verla.

Tenía los ojos cerrados, las mejillas sonrojadas y el pecho le subía y bajaba más rápido de lo normal. Subí dejando un camino de besos por su cuerpo caliente y me acomodé entre sus piernas.

Iris me miró fijamente a los ojos y el brillo que vi en los suyos me hizo sentir plenamente satisfecho. Con eso para mí sería suficiente; podría simplemente abrazarla y dormirme con ella, pero no me iba a engañar, la quería completamente entregada, quería sentirla.

La penetré con una profunda y certera embestida; Iris se agarró a mis hombros y ahogó un grito en mi pecho. Comencé a moverme rápido, entrando y saliendo mientras ella gemía y hacía que me excitara aún más de lo que ya estaba.

No me detuve hasta que se corrió por segunda vez y, cuando lo hizo, me retiré para acomodarla boca abajo en la cama, la penetré desde atrás y entrelacé nuestras manos mientras la besaba con esa urgencia y necesidad que solo ella me provocaba.

Tras unos minutos me detuve; me miró con el ceño fruncido a modo de protesta y sonreí.

—Tranquila, cariño, que no he terminado —susurré antes de volver a besarla.

La acomodé de rodillas, elevé sus caderas y volví a penetrarla tan profundamente que tuvo que ahogar sus gritos contra la almohada.

Nos movíamos de manera acompasada, tan sincronizada que era como si lleváramos toda la vida follando juntos. Aunque esto… esto era mucho más

que el sexo en sí.

No tardamos en llegar al clímax, en dejarnos llevar por el momento y el placer, y lo liberamos al unísono, gimiendo y jadeando, moviéndonos acompasados.

Caímos jadeantes en la cama y la abracé, notando su pecho subir y bajar sobre el mío. Tenía los ojos cerrados y por un instante quise que esa noche no acabara nunca, que no tuviera que salir de esa habitación y volver a la realidad, a esa realidad que tanto me consumía.

Cuando la miré, ella sonrió y se acercó para besarme, y lo saboreé como aquel niño que una vez fui saboreaba su helado favorito.

Nos separamos apenas un instante, lo suficiente para mirarnos, para confirmarnos mutuamente que ninguno pensaba retroceder. Su mirada… su mirada era un universo entero: vulnerabilidad, necesidad, entrega y ese brillo nuevo, casi escondido, que me hizo acercarme más.

—No te vayas —murmuró, tan cerca que sus palabras fueron un roce más sobre mi piel.

La acerqué aún más, con mi mano descansando en la curva de su cintura, sintiendo el latido acelerado bajo mis dedos. Ella apoyó su mejilla en la mía durante un segundo, respirando hondo como si necesitara memorizarme. Ese tipo de contacto, tan suave y a la vez tan íntimo, tenía un poder extraño: parecía desnudar más que cualquier otra cosa.

Todo se volvió lento. Deliberado. Cargado de intención.

La manera en que sus dedos se deslizaban por mi cuello… Cómo su cuerpo se acercaba apenas un poco más… El modo en que nuestras respiraciones se buscaban… La tensión que nos envolvía, palpable, delicada y ardiente.

Y sí, como aquella primera noche, entre besos y caricias, volvimos a dejarnos llevar por lo que los dos queríamos, deseábamos y necesitábamos en ese momento, y nos entregamos de nuevo a la pasión que nos envolvía.

No había prisa. No había mundo alrededor. Solo el presente, denso, lleno de significado. Sentí cómo su cuerpo se acomodaba contra el mío y cómo mi mano respondía a esa cercanía con suavidad, guiándola, leyéndola, descubriéndola sin apresurar nada.

Era deseo, sí. Pero también algo más profundo. Algo que nos hacía temblar por dentro.

Ella levantó el rostro hacia mí, con los labios apenas abiertos y su mirada encendida. Y entonces lo supe: ese instante, esa respiración compartida, ese silencio cargado de todo lo que venía después… era el punto exacto donde el deseo dejaba de ser solo físico y se volvía inevitable.

Capítulo 28



Iris

Junio había llegado casi sin que me diera cuenta, como si los meses se hubiesen derretido entre el frío de Tallin, las luces tenues de la casa de Erik y el cansancio silencioso que él arrastraba.

El verano estaba literalmente a las puertas, aunque aquí el verano era más una idea que un hecho: un par de días de cielo despejado, mucho viento y luego otro chaparrón inesperado. Aun así, Matteo estaba emocionadísimo porque decía que "junio huele a helados y trenes largos", y yo le creía. Ese niño convertía cualquier estación en una aventura.

Habían sido meses raros, intensos, dulces y durísimos. Desde marzo, mi vida en la casa de Erik se había convertido en algo que nunca habría imaginado: un hogar improvisado. Una especie de burbuja donde convivían la risa infantil de Matteo, el silencio denso de las noches en las que Erik no podía dormir, y yo… yo intentando hacer de pegamento para todo sin romperme por dentro.

Erik había tenido días muy malos. Días en los que lo veía tan débil que sentía miedo de moverme demasiado rápido, como si cualquier ruido pudiera romperle. Hubo mañanas en las que apenas podía levantarse, en las que su piel estaba tan pálida que parecía una figura de mármol y sus manos temblaban al coger una taza de té. Otras veces intentaba fingir que estaba bien, bromeaba con ese humor seco suyo, pero yo veía el cansancio detrás de los ojos. Y verlo así… Dios. Me destrozaba.

Yo siempre fui una persona que se reía de sus propios golpes, de sus caídas, de sus torpezas… pero ver a alguien a quien quería, porque sí, le quería, aunque ya no fuera de esa forma adolescente, tan frágil, tan vulnerable, era otra cosa. No había chiste que pudiera suavizar eso.

Por suerte, Matteo iluminaba la casa como un farolillo. Ese niño era capaz de romper cualquier tristeza con solo aparecer con sus gorritos de animales o con sus historias inventadas en las que yo siempre era "la chica que se cae", pero en versión superheroína. Me adoraba. Y yo… yo le quería con locura. A veces pensaba que él había sido la verdadera razón por la que me quedé aquí tanto tiempo.

Y luego estaba Markkus.

No había nada serio. Técnicamente. Ni oficial. Ni definido. Pero todos los viernes cenábamos juntos en su ático, uno de esos lugares donde todo parecía diseñado para que el mundo se detuviera: luz tenue, vistas a la ciudad, silencio, vino tinto y esa forma que tenía él de mirarme como si intentara descifrar un idioma nuevo. Los viernes eran nuestros sin que nadie lo hubiese dicho, sin necesidad de promesas.

A veces incluso venía entre semana por sorpresa; aparecía en la puerta de la casa de Erik con una bolsa de comida y ese gesto leve de cabeza que era lo más cercano a una sonrisa en él. Se quedaba a cenar con los tres, escuchaba a Matteo hablar de trenes o de superhéroes nórdicos inventados, y cuando el niño se dormía y Erik se retiraba para descansar… entonces Markkus y yo nos quedábamos solos en el salón, en ese silencio que siempre cargaba electricidad.

Y sí. A veces pasábamos la noche juntos. En su ático, o aquí, cuando Erik ya dormía. Pero no era solo sexo. Yo lo sabía. Él lo sabía. Nadie lo decía.

Sentía algo por él, aunque me negara a ponerle nombre.

Estaba justo pensando en eso, tumbada boca arriba en la cama, cuando sonó mi móvil. Sonreí al ver que era Isa.

—Pero bueno, ¡la desaparecida! —dijo ella antes de que yo pudiera saludar.

Su voz hizo que me doliera el pecho de pura nostalgia.

—Ay, Isa… te echo tanto de menos —respondí sonriendo sin poder evitarlo—. Necesito verte ya, en serio.

—Pues vuelve, cara dura. O dime "ven" y me planto allí. ¿Cómo va todo? Cuéntame, que estoy desinformadísima. ¿Qué tal con Markkus?

Me mordí el labio como una adolescente.

—Muy bien —contesté, intentando sonar neutra.

—Uh. Ese "muy bien" viene con sonrisa incorporada. Te conozco —canturreó ella.

—No estoy sonriendo —mentí descaradamente.

—Estás sonriendo y te estás enamorando. Y lo sabes. Vamos, que te veo hasta desde Madrid —dijo riéndose.

Yo me quedé en un silencio sospechoso. Uno de esos silencios que te delataban más que cualquier palabra.

—Dios —dijo Isa—. Es que estás hasta las trancas.

Solté una carcajada que me aflojó todos los nervios.

—Eres idiota —me quejé, aunque seguía riéndome—. Cambiemos de tema, anda. ¿Qué tal tú con tu chico?

—Pues… —hizo una pausa dramática—. Nos vamos a vivir juntos.

Me incorporé de golpe en la cama.

—¡Isa! ¡No jodas! ¿En serio? ¡Ay, qué ilusión! —grité—. Madre mía, qué fuerte. ¿Y se lo has contado a mis padres? Porque seguro que mi madre ya está planeando una comida familiar para conocer al nuevo yerno.

Isa se rio.

—No se lo he dicho aún, loca. Primero te lo tenía que decir a ti. Y cuando vuelvas te lo presentaré formalmente con alfombra roja y todo.

Sonreí como una tonta.

—Me encanta todo. De verdad.

Hubo un silencio breve, cómodo. Y entonces ella bajó la voz.

—¿Y Erik? ¿Cómo está?

Mi sonrisa se apagó.

—Ha cambiado mucho desde que llegué. Está… más débil. Hay días que me asusta. Y tengo miedo, Isa. Miedo de que lo peor llegue en cualquier momento.

—Ey —dijo con tono suave, raro en Isa—. No te preocupes antes de tiempo. Y si necesitas que vaya, cojo un avión y estoy allí en dos días. Ya lo sabes.

Me mordí el interior de la mejilla, emocionada.

—Lo sé. Y te lo agradezco. Pero no hace falta. De verdad.

—Bueno, tú manda. Si dices "ven", yo voy.

—Lo sé —susurré. Y lo sabía de verdad.

Colgué la llamada con Isa con esa mezcla de ternura y alivio que siempre me dejaba hablar con ella, como si me ordenara el alma sin siquiera proponérselo. Dejé el móvil en la mesita y salí de la habitación, dispuesta a bajar a por un vaso de agua.

No llegué ni a dar tres pasos por el pasillo cuando escuché un sonido que me heló la sangre: arcadas. Vómito. Un golpe suave contra la porcelana.

Erik.

Corrí hasta su habitación sin pensarlo. La puerta del baño estaba entreabierta, la luz amarillenta parpadeaba un poco, y el sonido volvió a repetirse, esta vez más débil. Empujé la puerta.

Y allí estaba Erik, arrodillado en el suelo, apoyado contra la taza del váter, completamente demacrado. Pálido hasta parecer transparente, cubierto de un sudor frío que le caía por las sienes en gotas gruesas. Tenía el pecho moviéndose en respiraciones cortas y forzadas, como si cada inspiración le costara demasiado. Todo su cuerpo temblaba.

—Erik… —susurré, arrodillándome a su lado.

Él intentó incorporarse un poco, pero apenas pudo.

—Lo siento… —murmuró con voz rasgada—. No quería que me vieras así.

Se me rompió algo dentro. Cogí una toalla pequeña doblada en el radiador y se la pasé por la frente, limpiando el sudor que le empapaba el pelo y la mandíbula.

—No digas tonterías. Estoy aquí. Déjame ayudarte.

Él cerró los ojos, exhausto. Lo miré un segundo, evaluando el estado general: estaba empapado de sudor, tembloroso, pálido. Necesitaba una ducha tibia para regularle el cuerpo, aunque solo fuera un poco.

—Ven —le dije con voz suave—. Vamos a darte una ducha.

—No… no tengo fuerzas, Iris —murmuró, casi sin voz.

—Yo te ayudo —insistí.

Y sin esperar respuesta, pasé un brazo por debajo del suyo y lo ayudé a ponerse en pie. Se apoyó en mí, más pesado de lo que recordaba, como si la enfermedad hubiese drenado toda su energía.

Le desabroché la camisa sudada con manos rápidas y delicadas. Él no protestó. Solo respiraba despacio, con la mirada perdida. Se la quité y después

bajé los pantalones con cuidado, evitando que perdiera el equilibrio. Cuando estuvo desnudo, abrí el grifo de la ducha y dejé que el agua tibia empezara a correr.

—Vamos —susurré—. Solo un minuto. Te vendrá bien.

Entramos en la ducha. Y sí, entré con él. Con la ropa puesta. Sin pensarlo. Porque no era un momento para decoro, ni para dudas, ni para recordar lo que fuimos. Era un momento para que él no se derrumbara.

El agua cayó sobre nosotros, tibia, constante. Su respiración empezó a relajarse un poco. Con la esponja suave le pasé jabón por los hombros, por la espalda tensa, por los brazos. Él dejó caer la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos.

—¿Recuerdas…? —murmuró de pronto—. Las veces que nos duchamos juntos… cuando te quedabas en mi piso de Madrid.

Sonreí sin querer.

—Claro que me acuerdo.

El agua cayó sobre su pelo rubio ceniza, pegándolo a su frente. Erik abrió los ojos despacio y me miró. Me miró de verdad. Con esa misma mezcla de calma e intensidad que tenía cuando era mi todo. Levantó una mano temblorosa y me apartó un mechón de cabello mojado que se me había pegado a la mejilla y me lo colocó detrás de la oreja con una delicadeza infinita.

—Siempre fuiste luz, Iris —susurró—. Incluso cuando yo estaba hecho sombra.

Tragué saliva, sintiendo cómo el pecho se me apretaba. Él dio un paso, pequeño y vacilante, y apoyó su frente contra la mía. El sonido del agua cayendo fue lo único que llenó el silencio.

—Te quiero —murmuró—. Siempre te quise.

Cerré los ojos. Y las lágrimas se mezclaron con el agua que nos empapaba. No dije nada. No podía. Él tampoco pidió respuesta.

Fue entonces cuando una voz grave, seca, helada, rompió el aire como un latigazo.

—Sabía que esto acabaría pasando.

Abrí los ojos de golpe.

Markkus estaba en la puerta del baño. Y nunca lo había visto así. El ceño fruncido, la mandíbula tensa, los ojos grises convertidos en acero puro. Erik levantó la mirada, aturdido.

—No es lo que crees —dijo.

—Ah, ¿no? —respondió Markkus, con una sonrisa cortante—. Está clarísimo. Habéis estado follando… o ibais a hacerlo ahora.

—¡No! —salté inmediatamente—. Markkus, no es eso. Erik estaba vomitando, empapado en sudor, mareado. Estoy ayudándole. Nada más.

Él soltó una carcajada sin humor.

—No soy gilipollas, Iris. No hace falta que me mientas.

Erik dio un paso hacia adelante, apoyándose en la pared para no caerse.

—Será mejor que te calles y dejes de decir estupideces —escupió—. Porque el que más tiene que perder eres tú. Y lo sabes.

La sonrisa de Markkus se volvió irónica y me miró directamente a mí.

—Es hora de que lo sepas, Iris. —Su voz se volvió fría, como un golpe seco—. Estoy casado. Y tú… tú solo has sido sexo para salir de ese puto matrimonio.

Algo se rompió dentro de mí de forma inmediata. Un crack seco. Un derrumbe. Markkus se dio la vuelta y salió del baño sin mirar atrás.

Yo me quedé helada. Literalmente paralizada. El agua seguía cayendo sobre mí, pero no la sentía. Todo mi cuerpo temblaba. Las lágrimas caían sin que yo pudiera controlarlas. Me tapé la boca con la mano.

Erik me abrazó como pudo, apoyando la frente contra mi hombro.

—No le hagas caso —susurró—. Está molesto. Cree que ha pasado algo. O que iba a pasar. Solo ha explotado.

—¿Es cierto…? —pregunté con la voz rota—. ¿Es verdad que está casado?

Erik cerró los ojos, resignado.

—Sí… —admitió—. Pero ese matrimonio… es una larga historia.

El golpe me dejó sin aire.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —pregunté, dando un paso atrás—. ¿Por qué, si tanto dices que me quieres, no me advertiste de que me estaba metiendo con un hombre casado?

—Te advertí —dijo con la voz débil—. Te dije que tuvieras cuidado. Que no entregaras el corazón.

—¡Eso no es suficiente, Erik! —mi voz sonó como un sollozo—. ¡No esperaba esto de ti! ¡Ni de él!

Abrí la mampara de la ducha y salí sin mirar atrás. Cogí una toalla para secarme. Las lágrimas me caían a borbotones. Escuché a Erik detrás de mí, llamándome:

—Iris…

No me giré.

—Iris… —repitió, pero esta vez su voz sonó bajísima, como si se apagara.

Y entonces escuché un golpe fuerte.

Me giré en seco y vi que Erik estaba tirado en el suelo. Inconsciente.

—¡Erik! —grité, corriendo hacia él.

Me arrodillé a su lado. No reaccionaba. Le toqué la mejilla; estaba fría, demasiado fría. Mis manos temblaban tanto que casi se me cayó su móvil cuando lo cogí de la mesita.

Marqué a Markkus sin pensar, llorando a mares.

—¿Qué quieres? —respondió él, con voz tensa.

—Markkus… —Sollocé—. Necesito ayuda… Erik… se ha desmayado… está en el suelo… no reacciona… por favor…

Hubo un silencio. Luego su voz cambió, volviéndose seca pero urgente.

—Voy. Estoy dando la vuelta.

Colgó, y yo me quedé allí, llorando sobre el pecho de Erik, temblando entera.

—No te vayas… —susurré entre lágrimas—. No te vayas todavía. Por favor.

Capítulo 29



Iris

La sala de espera del hospital tenía esa luz blanca y fría que parecía perforarme las sienes. Llevaba allí sentada más de una hora, con las manos heladas y una ansiedad que me subía por la garganta como si fuese un nudo atado demasiado fuerte.

Una hora desde que se llevaron a Erik detrás de esas puertas dobles. Una hora sin noticias. Una hora imaginando todas las posibilidades que no quería imaginar.

Me estaba destrozando.

Tenía una pierna temblando sin parar y, casi sin darme cuenta, me mordía la uña del pulgar, un gesto que creía haber superado a los doce años. Pero ahí estaba otra vez, convertida en una niña asustada en un hospital estonio a miles de kilómetros de mi ciudad, de mi madre, de mi vida.

¿Por qué tardaban tanto? ¿Qué estaba pasando ahí dentro? ¿Por qué nadie salía? ¿Por qué nadie decía nada?

Las preguntas se repetían sin control, golpeándome en la cabeza una y otra vez.

Me incliné hacia adelante, apoyé los codos en las rodillas y junté las manos, intentando respirar hondo. Pero no podía. En algún momento, sin

darme cuenta de cuándo exactamente, una lágrima me cayó desde la mejilla hasta el dorso de la mano. Luego otra. Y otra más.

No sollozaba. Solo… lloraba en silencio. Como si se me hubiese agotado la voz.

Me limpié las lágrimas rápidamente con el dorso de la mano, intentando recomponerme justo cuando escuché pasos acercándose.

—Iris.

Levanté la cabeza. Markkus estaba frente a mí, con el rostro serio, pero no duro. Más bien… cansado. Preocupado. Tenía la chaqueta aún abierta y el pelo algo desordenado, seguramente por haberse pasado las manos por él varias veces.

Se sentó a mi lado sin pedirme permiso y, sin decir nada más, me rodeó con un brazo. Fue un gesto firme, sólido, cálido. Y no sabía cuánto lo necesitaba hasta que lo sentí.

—No llores —dijo en voz baja, cerca de mi sien—. No te preocupes. Pronto nos dirán algo.

Negué con la cabeza, intentando controlarme.

—Markkus… —La voz me tembló—. No ha pasado nada entre Erik y yo. Te lo juro.

Él cerró los ojos un segundo, como si lo hubiese estado esperando.

—Lo sé —respondió finalmente.

—Solo… solo le ayudaba a ducharse. Estaba fatal, temblando, vomitando, sudando… —Respiré hondo, intentando que la voz no se me rompiera por el dolor de todo lo que había pasado poco antes—. Cuando entraste, él me dijo que me quería, pero sé que lo decía como… como amigos, como familia, como alguien que fue importante en su vida. Nada más.

Él suspiró. Un suspiro largo, pesado, que pareció arrastrar semanas enteras de tensión.

Apretó su abrazo y luego me besó. Primero en la sien, después en la mejilla, y por último en los labios, un beso suave, casi temeroso, como si esperara que yo le apartase la cara.

—Iris… —susurró—. Sé que no ha pasado nada. Pero siempre pensé que entre vosotros podría quedar algo de lo que tuvisteis. Y al veros juntos en la ducha… me puse celoso. Muy celoso.

Le sostuve la mirada.

—Nunca haría nada con dos hombres a la vez —dije con firmeza—. Ni soy así, ni quiero eso, ni me interesa.

Él bajó la cabeza un momento, como avergonzado, y cerró los ojos.

—Lo sé —respondió—. Y lo siento.

Hubo un silencio breve antes de que yo tragase saliva y añadiera lo que llevaba clavado en el pecho desde que lo había visto en la puerta del baño horas atrás.

—¿Por qué no me dijiste que estabas casado?

Él abrió los ojos lentamente y se apoyó en el respaldo de la silla, hundiendo los hombros como si de repente pesaran demasiado.

—Porque… —empezó, y luego se quedó callado unos segundos—. Porque no sabía cómo. Porque no quería perderte antes de tenerte.

Yo fruncí el ceño.

—Explícate.

Y entonces lo hizo. Me contó todo. Sin filtros, sin medias tintas, sin adornarlo.

Me habló de Katriin, de cómo su matrimonio era más una prisión que una unión. De cómo ella manejaba todos los hilos. Del pacto militar entre familias que, para él, había dejado de ser simbólico para convertirse en una obligación moral. Del padre de Katriin salvando la vida al suyo en aquella operación décadas atrás. De la presión, del peso del honor, de la culpa. Y, finalmente, de las pruebas que ella decía tener sobre una operación fallida del padre de él… unas pruebas que podrían arruinarlo todo.

—No la amo —dijo, mirándome a los ojos con una sinceridad que casi dolía—. No la he amado nunca. Y ella no me quiere. Solo quiere ganar. Controlarlo todo. Ser intocable.

—Entonces divórciate —dije sin entender nada—. Si no hay amor, ni afecto, ni nada… ¿Por qué seguir?

Él negó con la cabeza.

—Porque si lo hago, arruinará a mi padre. Lo expulsarán del consejo de veteranos. Y ella… —respiró hondo—. Ella tiene esos documentos. Juega con eso. Si doy un paso, los hará públicos.

Me llevé una mano a la frente.

—Tenías que haberme dicho que estabas casado —dije en voz baja, dolida —. Si me lo hubieras dicho, nada de esto habría pasado. Nada.

—Lo intenté, Iris. De verdad que lo intenté. Pero cada vez que te veía… —hizo un gesto desesperado—. No podía. No quería perderte.

Me tragué el nudo que me subió a la garganta.

—Pues ahora sí que me has perdido —susurré, y me levanté.

Noté cómo su cuerpo se tensaba, como si quisiera ponerse en pie él también, pero no lo hizo. Quizá porque sabía que no debía. O quizá porque no tenía fuerzas para intentarlo.

Me giré hacia la puerta. Y esperé que no me viera llorar otra vez.

No había pasado ni un minuto desde que me levanté cuando la puerta doble del pasillo se abrió y un médico salió, con la bata todavía húmeda por desinfectante y cara de cansancio. Me giré hacia él de inmediato, y Markkus también.

—¿Familia de Erik Saar? —preguntó el médico, mirando una Tablet.

—Sí —contestamos los dos al unísono.

El médico nos indicó que nos acercáramos a un lateral del pasillo, donde había un pequeño espacio más privado. Yo notaba cómo se me aceleraba el corazón a cada paso. Las manos me sudaban. Sentía que me iba a desmayar yo también.

—Erik está estable —empezó el médico—. Ha tenido un desmayo por un bajón brusco relacionado directamente con su enfermedad.

Tragué saliva, aferrándome a cada palabra.

—¿Está bien? —pregunté casi sin voz.

—Ahora mismo sí —respondió él—. Le hemos administrado líquidos, estabilizado la tensión y realizado algunas pruebas. Pero… hay algo que deben saber.

El silencio se volvió pesado, insoportable. Yo lo miré fijamente, buscando una pista en su rostro.

—La enfermedad ha avanzado más rápido de lo que esperábamos —continuó—. Mucho más rápido. Por desgracia… el tiempo juega en su contra.

Se me heló la sangre.

—¿Qué… qué quiere decir con eso? —balbuceé.

El médico tomó aire despacio antes de hablar.

—Que puede que no llegue a final de año.

Me llevé las manos a la boca y un gemido se me escapó sin poder controlarlo. Sentí que las piernas me temblaban tanto que casi perdí el equilibrio. Markkus me sujetó del codo, firme, pero no miré hacia él. No podía apartar los ojos del médico.

—¿Él lo sabía? —pregunté con un hilo de voz, aterrada—. ¿Sabía… que tenía tan poco tiempo?

El médico dudó… y luego miró directamente a Markkus. Yo hice lo mismo. Markkus asintió suavemente, con la mandíbula apretada.

El médico confirmó:

—Sí. Lo sabía desde primeros de año. Se le informó de que era cuestión de meses. De hecho, nos sorprende que haya aguantado tanto tiempo en buen estado. Normalmente, los pacientes con este tipo de deterioro no mantienen tanta estabilidad durante tantos meses.

Mi pecho se apretó. No podía creerlo. No podía creer que Erik hubiese estado viviendo con esa cuenta atrás… y que yo no supiera nada.

Markkus dijo entonces, en voz baja:

—Quizá ha aguantado por tener un aliciente estos meses.

Noté cómo mis mejillas ardían. Me sonrojé, aunque no supe si de vergüenza, dolor o culpa.

—¿Puedo verle? —pregunté con urgencia.

—Sí —dijo el médico—. Ha despertado hace unos minutos. Está algo débil, pero consciente.

—Gracias —murmuré.

Entramos los dos en la habitación. Erik estaba tumbado en la cama, con la cabecera ligeramente elevada, los ojos cerrados y expresión agotadísima. Parecía más frágil que nunca, más pálido, más delgado. La máquina a su lado marcaba un pitido suave, constante.

Me acerqué despacio, sintiendo las lágrimas resbalarme por las mejillas.

—Erik… —susurré, cogiéndole la mano.

Él abrió los ojos lentamente, y cuando me vio, sonrió. Una sonrisa pequeña, cansada, pero real.

—Eh… —murmuró, con voz áspera—. No pongas esa cara.

Me enfadé. De verdad.

—¿Por qué no me dijiste cuánto tiempo te quedaba? —solté, sin poder contenerlo—. ¿Por qué no me lo dijiste, Erik?

Él suspiró, entrecerrando los ojos.

—Iris… tú me has dado vida estos meses —respondió con esa calma triste suya—. No quería que me miraras con pena. Ni que te pasaras cada día preocupada, contando hacia atrás. Y tenía que dejarlo todo bien organizado.

Su voz se rasgó un poco y yo acerqué mi mano a su mejilla, pero él negó suavemente.

—No te esfuerces —le pedí, con un nudo en la garganta—. Descansa. Estoy aquí. Me quedo contigo hasta que te den el alta en un par de días.

Erik negó otra vez, muy despacio.

—Prefiero que vuelvas a casa con Matteo —susurró—. Y que le digas que he salido de viaje por trabajo… unos días. Que lo cuides. Él te quiere.

—No voy a dejarte solo —respondí con firmeza.

—No estaré solo —replicó, intentando sonreír—. Hay enfermeras aquí. Y… —miró un segundo hacia Markkus—. Él puede venir mañana.

Me mordí el labio, sintiendo el desgarro interno. Finalmente asentí, aunque me dolió. Incliné la cabeza y le di un beso en la frente.

—Te quiero —susurré.

Erik cerró los ojos y sonrió, una sonrisa débil.

—Echaba de menos que me dijeras eso.

Me limpié las lágrimas con la manga y me aparté un poco para que Markkus pudiera acercarse. Él se colocó junto a la cama, serio, respetuoso. Erik le extendió la mano.

—Cuida de mi chica y de Matteo —dijo con voz baja pero firme—. No los dejes solos.

Markkus asintió y chocó su mano con la de Erik.

—Lo haré —respondió—. Te lo prometo.

Salimos de la habitación en silencio. Ninguno dijo nada mientras bajábamos al parking. Cuando llegamos al coche, Markkus abrió la puerta del copiloto y me miró, esperando una indicación.

—Llévame a casa —murmuré.

El trayecto fue silencioso. Solo se escuchaba el sonido del motor y mi respiración temblorosa, que intentaba estabilizar. Cuando llegamos, él aparcó delante de la casa de Erik. Yo desabroché el cinturón y abrí la puerta.

—No te quedes —le dije sin mirarle—. Si necesito algo, te llamaré.

No le di un beso. Ni un abrazo. Ni una última mirada. Solo salí del coche y cerré la puerta detrás de mí, sintiendo cómo el dolor me atravesaba el pecho como un hierro candente.

Y subí las escaleras con el corazón hecho trizas.

Capítulo 30



Markkus

Conduje sin pensar, como si el coche avanzara solo mientras mi cabeza seguía estancada en la habitación del hospital, en la expresión rota de Iris cuando salió del coche, en la forma en que cerró la puerta sin mirarme, como si yo fuera el último lugar donde quería estar.

No recordé siquiera cómo llegué. Fue un trayecto automático, instintivo, casi mecánico.

La casa de mis padres estaba iluminada por dentro, aunque pasaban de las once de la noche. A mi madre le costaba dormir desde hacía años, y mi padre nunca se acostaba si sabía que yo estaba fuera muy tarde. Era un viejo hábito militar disfrazado de preocupación paternal.

Aparqué frente a la entrada, apagué el motor y me quedé ahí unos segundos, respirando hondo. La garganta me ardía. Y no por ira. Ni por cansancio. Era otra cosa. Algo que no sabía poner en palabras.

Al final salí del coche y llamé al timbre.

Mi madre abrió la puerta en cuestión de segundos, como si hubiese estado esperando justo detrás. Su expresión cambió al verme la cara.

—Markkus… ¿Qué ha pasado?

Yo entré sin responder. No podía empezar por ahí. Mi padre estaba sentado en su sillón, en el salón, con las gafas de leer puestas y el periódico doblado a medias. Cuando me vio, dejó el periódico en la mesa.

—Hijo —dijo, incorporándose un poco—. Siéntate.

Me dejé caer en el sofá frente a ellos y me cubrí la cara con las manos un segundo, como si necesitara esconderme del mundo para mantenerme entero.

Mi madre se sentó a mi lado, apoyando suavemente una mano en mi brazo.

—¿Es Erik? —preguntó ella, con ese tono dulce que siempre usaba cuando tenía miedo de la respuesta. Yo asentí.

—Se desmayó. Perdió el conocimiento —expliqué con voz ronca—. Iris llamó. Lo llevamos al hospital. Está estable, pero… —suspiré—. El médico ha dicho que el tiempo corre en su contra. Mucho más rápido de lo previsto.

Mi madre se llevó una mano a la boca. Mi padre bajó la mirada, una mirada más grave que de costumbre.

—Le quedarán meses, si acaso —añadí.

El silencio que siguió fue denso, como si toda la habitación se hubiera llenado de plomo.

—Ella estaba con él en la ducha cuando fui a verlos —continué—. Y cuando todo estalló… tuve que decirle la verdad. Sobre Katriin. Sobre el matrimonio. Sobre todo.

Mi padre frunció el ceño.

—¿Cómo reaccionó? —preguntó.

Tragué saliva, sintiendo el peso clavarse en el pecho.

—Como debía. Le dolió. Se apartó de mí. Ha… —Hice una pausa, buscando aire—. Ha dicho que la he perdido.

Mi madre apretó con más fuerza mi brazo, como cuando era niño y me caía y ella quería consolarme antes de que el orgullo me dejara llorar.
Mi padre suspiró, un suspiro largo y profundo.

—Markkus… —dijo, con esa voz que siempre usaba cuando iba a tocar un tema esencial—. ¿Qué sientes por Iris?

Levanté la mirada. Él no apartó los ojos de los míos.

Me quedé en silencio unos segundos. No porque dudara de la respuesta, sino porque darla en voz alta era admitir algo que llevaba meses arrastrando sin querer mirarlo de frente.
Al final, respiré hondo.

—No quería que pasara —dije despacio—. Intenté pararlo. Intenté mantener distancia. Pero… —Mi voz se rompió—. Me he enamorado.

Mi madre se llevó las dos manos a la boca, y en cuanto dejó escapar un suspiro emocionado, empezó a llorar. Lágrimas pequeñas, silenciosas, de esas que no se escondían porque llevaban ternura dentro.

—Ay, hijo… —murmuró, sonriendo entre lágrimas—. Si de verdad la amas, no la pierdas. A ella no. A esa mujer no, Markkus. Ese tipo de amor no aparece todos los días. Y menos para alguien como tú, que lo guarda todo dentro hasta que explota.

Mi padre asintió con gravedad.

—Estoy de acuerdo —dijo con firmeza—. Ese matrimonio nunca debió celebrarse. Fue una estupidez de generaciones pasadas, una deuda que no tiene por qué condicionar tu vida. Si estás dispuesto… yo también lo estoy. A enfrentarme a lo que haga falta. No voy a dejar que te destruyan ni que te chantajeen eternamente.

Lo miré, sorprendido. Nunca pensé que escucharía eso de su boca. Él, el defensor eterno del honor, del deber, del pacto militar, del “uno por todos”.

—Papá… —murmuré.

—Habla con tu mujer —continuó él—. Y disolved ese matrimonio. Córtalo. Haz lo que tienes que hacer. Ya no hay más cadenas, ¿me oyes? No, mientras yo siga vivo.

Sentí un nudo formarse en mi garganta. Mi padre no era de los que regalaban palabras de apoyo gratuitamente. Cuando las decía, tenían peso. Y esta vez, tenían un peso colosal.

Mi madre me cogió la mano y la apretó entre las suyas.

—Hazlo por ti —susurró—. Y hazlo por ella. Iris es… —sonrió de nuevo, con un brillo húmedo en los ojos—. Iris es la primera mujer que te mira de verdad. No de reojo. No por interés. No por miedo. Te mira a ti.

Sentí cómo parte del muro interno que llevaba toda la vida construyendo se agrietaba. Asentí lentamente.

—Sí —respondí—. Voy a hablar con Katriin. Esta noche.

Mi padre se levantó y me puso una mano en el hombro, un gesto firme, como siempre.

—Ve, hijo. Y acaba con esto.

Yo respiré hondo, me puse en pie y salí de la casa, con el corazón golpeándome el pecho como si estuviera preparado para una guerra.

Pero sabía exactamente lo que iba a hacer. Y esta vez, no iba a callarme.

Conducir hacia mi propia casa nunca me había resultado tan amargo. Cada metro que avanzaba me hacía sentir más consciente de la vida absurda en la que había estado atrapado durante años. El matrimonio perfecto ante la prensa. La pareja de éxito. El apellido respetado. La foto impecable.

Y por debajo, todo podrido.

Cuando aparqué frente al edificio, me quedé un instante mirando la fachada iluminada. Siempre había sentido orgullo por ese lugar. Era arquitectónicamente impecable, moderno, elegante. Pero ahora solo veía un

escenario vacío donde llevaba demasiado tiempo interpretando un papel que no me pertenecía.

Entré sin hacer ruido. El recibidor estaba ordenado con esa precisión obsesiva que solo Katriin consideraba “normal”. Su abrigo rojo estaba colgado en el perchero, lo que indicaba que había llegado hacía poco.

La encontré en el salón, con una copa de vino blanco, descalza, con las piernas recogidas sobre el sofá. Llevaba un camisón satinado color champán, de esos que usaba solo cuando quería demostrar control. O cuando planeaba una batalla psicológica.

—Vaya —dijo sin siquiera girarse del todo, solo ladeando un poco la cabeza—. Has tardado.

Yo cerré la puerta detrás de mí. No tenía intención de prolongar esto.

—Tenemos que hablar —dije con voz firme.

Ella sonrió sin humor.

—Qué frase tan clásica —respondió, bebiendo un sorbo—. Déjame adivinar: vienes a decirme que estás agotado por el trabajo, que tienes la mente en otra parte, que estás preocupado por el enfermito de Erik…

Me planté frente a ella.

—Quiero el divorcio.

La copa quedó suspendida en el aire. Katriin parpadeó una vez, despacio. Luego dejó la copa en la mesa, muy despacio también, como si necesitara teatralidad para recuperar el control.

—¿Cómo dices? —susurró, ladeando la cabeza, con una sonrisa helada.

—Que quiero divorciarme —repetí—. Que esta farsa se ha acabado. No voy a seguir sosteniéndola. No voy a seguir financiando tus viajes, tus escapadas, tu vida paralela. No voy a seguir casado con alguien que nunca me quiso y que jamás quiso tener una familia conmigo.

Ella se levantó del sofá con movimientos felinos, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Así que es por ella —dijo con una sonrisa venenosa—. Ya me lo imaginaba. ¿La chica española? ¿La creadora de vídeos cutres que se cae todo el rato? ¿Esa?

Me acerqué un paso.

—No tiene nada que ver con ella. Este matrimonio estaba muerto antes incluso de empezar. Lo sabes perfectamente.

Ella soltó una carcajada seca.

—Muerto dice… Qué dramático te pones cuando te pillan follando con otra.

—No estoy follando con nadie —contesté con calma, mirando a sus ojos verdes afilados—. Y aunque así fuera, tu opinión sobre mi vida íntima tiene el mismo valor que tu afecto por mí. Ninguno.

La sonrisa desapareció de su rostro.

—No voy a darte el divorcio —dijo con una frialdad absoluta—. Lo sabes. Sabes perfectamente lo que pasaría.

—Estoy cansado de tus amenazas —contesté—. Y de tus chantajes. —Di otro paso hacia ella—. Y esta vez vas a escucharme sin jugar a tus miserias.

Ella levantó la barbilla.

—Adelante. Ilústrame.

—Tú hablas de pruebas —dije lentamente—. Pruebas sobre mi padre. Sobre aquella operación militar. Dices que destruirían su reputación. Pero quiero verlas.

Su expresión cambió apenas un milímetro. Lo suficiente para confirmarme algo: jamás pensó que yo tendría el valor de pedirlo.

—Están a buen recaudo —respondió, intentando recuperar su sonrisa de serpiente—. No te preocupes, cariño. Si firmamos el divorcio, saldrán a la luz. Es muy sencillo.

—Muéstramelas —insistí—. Ahora.

Ella soltó una carcajada incrédula.

—¿Tú crees que soy idiota? Si te las enseño, pierdo la ventaja. Y sabes que no voy a hacer eso.

—También sé —dije— que puede que no existan. Nunca las he visto. Nunca las has mostrado. Siempre has jugado con la insinuación, con el miedo, con la culpa. Pero nunca has enseñado nada real.

Katriin entrecerró los ojos.

—Te aseguro que existen.

—Entonces enséñamelas.

Ella apretó los labios, el primer síntoma de que la fachada perfecta comenzaba a agrietarse.

—Quiero el divorcio —repetí, más bajito, pero más firme—. Y quiero que dejes a mi familia en paz. No voy a seguir siendo tu rehén. Ni voy a permitir que sigas utilizando el honor de mi padre como arma. Lo que hubo entre nuestras familias fue un pacto absurdo de otra época. No tienes derecho a usarlo para hundirnos.

Ella se cruzó de brazos, inclinándose ligeramente hacia mí.

—No vas a dejarme. Ni tú ni tu familia. Y menos por una actriz de tercera de Instagram —escupió—. No lo permitiré.

Me quedé mirándola, sintiendo la calma helada asentarse en mis huesos. Esa calma que siempre me llegaba justo antes de tomar una decisión irreversible.

—Voy a hablar con tu padre —dije al fin—. Le contaré todo. Toda la verdad. Desde el principio. Le contaré cómo juegas con las tradiciones de su familia, cómo utilizas el nombre de su linaje como moneda de cambio, cómo chantajeas con algo que ni siquiera sé si existe realmente.

La sangre pareció abandonar su rostro.

—No te atreverías —susurró.

—Ya he callado bastante.

Nos quedamos frente a frente, a pocos centímetros, en un silencio que ardía. Por primera vez desde que la conocía, vi miedo en sus ojos. No era pánico, y tampoco terror. Era miedo real. Miedo a perder su poder. A que su castillo de amenazas empezara a desmoronarse.

—Esto no ha terminado —dijo finalmente, y su voz tembló ligeramente.

—Sí —respondí—. Ya ha terminado.

Cogí mis llaves, mi cartera y un abrigo del perchero. No necesitaba nada más. No quería nada más de esa casa. Ni de ese matrimonio.

Mientras abría la puerta, escuché su voz a mi espalda:

—Markkus, si te vas, no vuelvas.

Me giré lo justo para verla allí plantada, con los brazos tensos a los lados, con el orgullo hecho añicos, pero aún luchando por mantenerse erguida.

—No pienso volver —dije.

Y cerré la puerta detrás de mí sin mirar atrás.

Capítulo 31



Markkus

El trayecto hasta la casa de los padres de Katriin me resultó más largo de lo que era en realidad. No porque estuviera lejos, sino porque sabía exactamente lo que iba a pasar en cuanto cruzara ese umbral.

Durante años había pensado en tener esta conversación, pero nunca me había atrevido. Esta vez, sin embargo, tenía la determinación clavada en la sangre. No iba a retroceder.

La casa familiar de los Vaher era imponente incluso de noche: un edificio sobrio, de líneas clásicas, con luces cálidas en el interior y ese silencio de las viviendas de gente que había heredado poder durante generaciones. Golpeé la puerta con los nudillos. Al poco, fue el propio General Vaher, ya retirado, aunque seguía pareciendo capaz de dirigir un pelotón entero sin despeinarse, quien abrió.

Su expresión se relajó al verme, lo que me sorprendió. Parecía… contento.

—Markkus —saludó—. No esperaba verte a estas horas. Pasa, hijo.

Hijo. Siempre me había llamado así. Algo me apretó el pecho, pero no estaba ahí para honores sentimentales.

Entré. Él cerró la puerta y caminó hacia el salón.

—¿Quieres algo de beber? ¿Whisky? ¿Vodka?

—No —respondí, directo—. Prefiero hablar cuanto antes.

Se giró hacia mí, levantando una ceja, aún con una sonrisa amable. Pero cuando vio mi expresión, la sonrisa desapareció.

—¿Qué ha pasado?

Respiré hondo. No había forma suave de empezar a contarle todo.

—Quiero hablar sobre Katriin —dije.

El hombre frunció el ceño, pero asintió para que continuara. Me planté frente a él, sin apartar los ojos.

—Ese matrimonio no funciona. No ha funcionado nunca. Ni ella me quiere a mí, ni yo la quiero a ella. Nos casamos porque era lo que se esperaba de nosotros. Porque nuestras familias pensaron que era una buena idea. Porque había un pacto antiguo entre nuestros padres. —Hice una pausa, dejando que la verdad cayera entre nosotros—. Yo me casé creyendo que sería de otro modo. Que construiríamos algo. Que habría una familia, hijos, una vida real. Pero lo único que ha querido siempre tu hija es mi dinero. Viajar. Comprar ropa. Joyas. Vivir de mi apellido y de mis ingresos. Nada más.

El general apretó los labios, como si cada palabra fuera un golpe que no esperaba.

—¿Hijos? —preguntó, desconcertado—. Ella dijo que vosotros…

—Ella no quería arruinar su cuerpo —expliqué—. Ni su vida. No quería hijos. No porque yo fuera estéril, como llegó a insinuar, sino porque no quería responsabilidades. Y no estoy diciendo que esté mal no querer ser madre. Pero mentir sí lo está. Manipular también. Y convertir un matrimonio en una especie de contrato de esclavitud emocional, más aún.

El general me miró en silencio, como sopesando mis palabras.

—Eso no es todo —añadí, endureciendo la voz—. Katriin lleva años chantajeándome. Dice tener unas pruebas sobre algo que supuestamente hizo mi padre durante una operación militar. Algo que destruiría su reputación.

Un músculo se movió en la mandíbula del general. Aquello no le sorprendía. Y eso me lo dijo todo.

—Creo que sé a qué te refieres —respondió él finalmente—. Pero antes de contarte nada… —Frunció el ceño—. Yo siempre pensé que tú y Katriin… que os queríais. Que congeniabais. Que había algo real ahí.

—Al principio sí —admití—. Hubo química, hubo atracción. Incluso pensé que podría funcionar. Pero el día después de casarnos… cambió por completo. Me dijo que nunca podría dejarla. Y que no solo era por el pacto. Sino porque tenía unas pruebas que hundirían la carrera y el honor de mi padre.

El general cerró los ojos un momento y suspiró como quien llevaba años esperando esta conversación.

—Markkus… —dijo, caminando hacia su escritorio y sentándose—. Siéntate.

Obedecí. Él apoyó los codos sobre la mesa y entrelazó las manos.

—Sobre esas pruebas. —Habló despacio, con gravedad—. Sí, existió un incidente. Tu padre y yo estábamos juntos. Fue una operación fallida. No porque hiciéramos nada ilegal, sino porque la misión estaba condenada desde antes de empezar. El mando superior cometió errores graves, pero los nuestros fueron los nombres que figuraron en el informe final. —Respiró hondo—. Tu padre cargó con más culpa de la que le correspondía para proteger a otros. Y yo… también estoy en esos documentos.

Mi corazón se aceleró.

—¿Entonces son reales?

—Sí y no. —El general negó suavemente—. Existen, pero nunca iban a salir a la luz. Nunca. Esos archivos están clasificados a un nivel que mi hija jamás podría haber alcanzado. Como mucho, habrá oído rumores. O consiguió fotocopias incompletas, o simples extractos. Nada que pudiera destruir la carrera de tu padre. Ni la mía. Es imposible que tenga algo con verdadero peso.

Me dejé caer un poco hacia atrás en la silla. Todo ese infierno. Años de miedo. De culpa. De silencio. Por nada.

—Entonces… —murmuré—. ¿Todo ha sido una mentira?

—No exactamente —respondió—. Fue un chantaje basado en medias verdades. Y te juro que si yo hubiera sabido que mi hija estaba usando algo así contra ti… lo habría detenido. Inmediatamente.

Se frotó la frente, preocupado. Luego me miró fijamente.

—No te preocupes por nada, Markkus. Yo hablaré con ella. Haré que firme el divorcio. Y no obtendrá ni una compensación económica. Nada. No después de lo que ha hecho.

Me quedé sin palabras durante unos segundos. La tensión que llevaba acumulada en los hombros desde hacía años empezó a aflojarse. No desapareció del todo, pero por primera vez sentí que podía respirar.

El general se levantó y me puso una mano firme en el hombro.

—Me duele admitirlo, pero esto es culpa nuestra también. Por mantener tradiciones que ya no tienen sentido. Por forzaros a ambos. Pero ahora vamos a arreglarlo. Te lo prometo.

Asentí. No confiaba fácilmente en las promesas, pero aquella… aquella sonaba sincera.

Me despedí con una inclinación de cabeza y salí de la casa. Al cerrar la puerta, el aire frío de la noche me golpeó la cara como un recordatorio de que ya no había vuelta atrás. Fue entonces cuando sonó mi móvil.

Miré la pantalla y vi que era Erik. Respondí al instante.

—¿Qué pasa? —pregunté, tenso.

Su voz llegó suave, cansada, como si cada palabra le costara más esfuerzo que la anterior.

—Markkus… Ven. Necesito verte.

Algo en mi pecho se encogió.

—Voy ahora mismo.

Y sin pensarlo más, me subí al coche y conduje, con el corazón en un puño.

El hospital estaba en silencio cuando llegué. Esa clase de silencio que solo existía de madrugada, donde los pasillos parecían demasiado largos y el aire demasiado inmóvil. Aparqué deprisa y crucé la entrada sin pasar por recepción; ya me conocían y no necesitaban ni preguntarme a dónde iba.

La habitación de Erik estaba al final del pasillo. La puerta estaba entreabierta. Toqué suavemente antes de entrar.

—Pasa —dijo él, con voz cansada.

Encendí la luz tenue de la pared y me aproximé. Erik estaba incorporado en la cama, pálido, con la mirada más hundida que nunca, pero, aun así… sonreía. Esa sonrisa lenta, tranquila, que siempre parecía pedir disculpas por existir.

—Te ves hecho una mierda —murmuré mientras me sentaba en la silla a su lado.

Él soltó una pequeña risa ronca.

—Tú tampoco luces muy fresco. —Me miró de arriba abajo—. ¿Qué pasa? Pareces haber peleado con un oso. O con Katriin, que viene a ser lo mismo.

Me pasé una mano por el rostro.

—He ido a ver a sus padres —dije—. He hablado con su padre. Le he contado todo.

Erik ladeó la cabeza.

—¿Todo?

—Todo —respondí, con firmeza.

Él asintió, satisfecho. Luego suspiró y me miró con los ojos medio entornados, como midiendo algo en mi cara.

—Me alegro —dijo—. Ya iba siendo hora de que dejaras de cargar con eso solo.

Hice un gesto con la cabeza, pero no pude evitar la punzada que me cruzó el pecho. Él lo notó, porque sonrió de lado.

—Ven aquí —murmuró, como si yo fuera el que estaba enfermo y no él.

Me incliné un poco hacia adelante.

—Quiero pedirte algo —dijo entonces.

No me gustó cómo lo dijo. No me gustó el tono. Ni la calma.

—No empieces —protesté—. Hablas como si fueras a morirte esta misma noche.

Erik soltó otra risa tranquila.

—No, hombre… —aunque su voz sonó demasiado suave—. Esta noche no. Pero no me queda mucho. Y quiero asegurarme de que todo está en su sitio antes de irme.

Tragué saliva. Ese “irme” me atravesó por dentro.

—No hables así —dije, más áspero de lo que pretendía.

—Markkus —replicó él—. Tú y yo somos hombres. No necesitamos florituras. Sabes perfectamente cómo va esto. Y yo sé que tú lo sabes.

Apoyé la frente en mi mano, frustrado, dolido.

—Dime qué quieres.

Erik respiró hondo. Luego me miró con una claridad que no le veía desde hacía meses.

—Cuida de Iris.

Lo dijo despacio, como si estuviera estableciendo un pacto.

—Si la quieres… —continuó—. No la dejes escapar. Ámala como ella merece. Hazla feliz. Y permítete ser feliz tú también, joder. Ya os toca.

Me quedé quieto. Ni respiré. Esas palabras, "hazla feliz", sentí que se me clavaban en la piel.

—Erik… —Empecé, pero él levantó una mano, muy despacio.

—No me discutas. —Me sonrió un poco—. La conozco mejor de lo que crees. La he visto cambiar desde que tú entraste en su vida. Tú también lo has visto. A ella le brillan los ojos cuando tú estás. Y a ti… —hizo un gesto vago hacia mi pecho—. A ti por fin se te mueve algo ahí dentro.

Chasqueó la lengua con diversión.

—Ya era hora, ¿no?

Me pasé las manos por la cara. No sabía si reír o llorar. Quizá las dos cosas.

—Y… —añadió Erik, bajando un poco la voz—. Hay algo más.

Señaló con un leve movimiento de la cabeza hacia la mesita.

—Abre el cajón.

Me levanté y lo abrí. Dentro había un sobre blanco, grueso, sin nombres escritos. Lo cogí con cuidado.

—Eso es para Iris —explicó—. Pero no puedes dárselo hasta Navidad. Tanto si estoy… como si no.

Me quedé mirando el sobre.

—Dáselo tú mismo —protesté sin pensarlo.

Él soltó una carcajada débil pero auténtica.

—¿Y que lo abra antes de tiempo? —negó lentamente—. No. Esa mujer tiene la paciencia de un gato frente a una lata de comida. Si se lo doy yo ahora, lo abre en cinco minutos. Y no quiero eso. Navidad, Markkus. Es importante que sea entonces.

Miré de nuevo el sobre, después a él.

—De acuerdo —dije en voz baja—. Se lo daré en Navidad. Te lo prometo.

Erik asintió, satisfecho, como quien tachaba una última tarea de una lista.

—Y otra cosa —añadió—. Matteo. No dejes que me olvide. No permitas que crezca sintiendo que no estuve. Háblale de mí. Cuéntale mis tonterías. Mis fallos. Mis cosas buenas… si las hubo.

Sentí un nudo desgarrador en el estómago.

—Eres su padre —dije, con firmeza—. Y él te adora. Nunca va a olvidarte.

Erik cerró los ojos un instante, respiró y, cuando los abrió de nuevo, había un brillo húmedo en ellos.

—Gracias, hermano —susurró.

Aquello me terminó de romper. Me incliné y lo abracé, apoyando la mano en su nuca con cuidado. Sentí su respiración lenta contra mi hombro.

—Voy a cuidar de ellos —le prometí—. De Matteo. Y de Iris. Lo juro. Te lo juro por mi vida.

Él apoyó una mano débil en mi espalda.

—Es lo único que deseo —susurró—. Lo único.

Nos separamos. Él sonrió, cansado, pero con esa paz que solo tenía alguien que había aceptado lo inevitable y había hecho las paces con el mundo.

Me levanté para irme. Él me siguió con la mirada, tranquilo, como si ya supiera que todo iba a salir bien.

—Markkus —me llamó justo antes de llegar a la puerta, y me giré—. Hazla feliz —repitió—. Eso es lo que quiero para vosotros dos.

Asentí una última vez. Luego salí de la habitación con el corazón encogido y una determinación férrea. Mientras caminaba hacia el aparcamiento, solo podía pensar en una cosa.

No había nada en el mundo que deseara más que estar con Iris. Y hacerla feliz.

Capítulo 32



Erik

Habían pasado tres meses desde aquella recaída, aunque a mí me parecían tres vidas enteras.

El tiempo se había convertido en algo extraño, más espeso, más lento, como si cada día fuese un recordatorio cruel de que el final se acercaba, aunque yo intentara fingir que no.

La enfermedad había avanzado demasiado rápido, más de lo que cualquier médico había previsto, y cada mañana era un pequeño triunfo y una derrota al mismo tiempo. Un triunfo por seguir aquí. Una derrota porque cada día podía sentir con más claridad cómo mi cuerpo se apagaba.

Estaba en casa. En mi cama. En mi habitación. El lugar donde había dormido con mi mujer durante años, el mismo en el que me quedé solo cuando ella murió, y el que ahora apenas podía abandonar más que unos minutos.

Los últimos meses habían sido difíciles para todos, no solo para mí. Para Iris, para Matteo, incluso para Markkus. Nadie lo decía en voz alta, pero a veces, cuando el silencio era demasiado silencioso, lo sentía en el aire: ese miedo, esa tristeza, esa aceptación forzada.

Y aun así… había paz.

No siempre, pero sí en ciertos momentos. En los momentos en los que escuchaba la risa de Matteo en la planta de abajo, en los que oía a Iris tararear algo mientras me preparaba alguna infusión o revisaba mis medicinas. En los momentos en los que se sentaba a los pies de mi cama y me contaba lo que había hecho durante el día. En los momentos en los que simplemente estaba ahí, sin pedir nada, sin huir de nada, sin ocultar lo que sentía.

Pensé en todo lo que había hecho en estos meses, en cómo me había empeñado en dejarlo todo bien atado: los documentos de la empresa, mis cuentas, las notas para Matteo, las instrucciones para cuando él fuese mayor, las cosas que quería que Iris tuviera, incluso cartas… demasiadas quizás. Era mi manera de no sentirme tan impotente. De demostrarme que aún podía hacer algo. Que aún podía ser útil.

Y pensé especialmente en lo que había sido tener a Iris estos meses. No había palabras para explicarlo con precisión. Fue como volver a respirar después de haber estado demasiado tiempo bajo el agua. Ella me dio vida. Me mantuvo vivo incluso cuando yo ya no tenía fuerzas para seguir luchando. Hubo días en los que no podía ni moverme, en los que el dolor era tan intenso que el simple hecho de abrir los ojos parecía una broma cruel del destino. Días en los que pensé que ese sería el final, que no amanecería.

Y en esos días… ella estaba ahí.

Me daba la mano. Me hablaba aun cuando yo no podía contestar. Me contaba cosas de Matteo, de la casa, de cualquier tontería que se le ocurriera. Había algo en su voz que me hacía permanecer aquí un día más. Aunque fuese por puro capricho del destino, yo elegía quedarme un poco más. Era por ella. Lo sabía perfectamente.

Y hubo un día, uno especialmente duro, en el que la miré y le pedí que le contara a Matteo la verdad. No podía ocultárselo más.

No cuando ya casi no podía caminar sin ayuda, cuando los mareos eran constantes, cuando el cansancio se había convertido en una especie de sombra pegada a mi piel. No quería que mi hijo se enterase por sorpresa, ni que pensara que le había mentido. No quería que sintiera que yo no había confiado en él. Así que se lo pedí.

Y aquella noche, cuando Iris le contó lo que pasaba… jamás la olvidaré.

Matteo entró en mi habitación en silencio, con los ojos rojos y las mejillas mojadas. No dijo nada al principio. Se subió a mi cama sin preguntar y se colocó a mi lado, pegado a mí, metiendo su cabeza contra mi hombro como cuando era pequeño y tenía pesadillas.

Luego, con aquella voz temblorosa que me rompió el alma, dijo:

—Papá… tú has sido el mejor papá del mundo. Y te quiero mucho. Siempre te voy a querer. No te preocupes, ¿vale? Yo cuidaré de Iris. Y cuando sea mayor, dirigiré la empresa. Te lo prometo.

Cerré los ojos entonces. Sonreí. No sabía cómo encontraba fuerzas para hacerlo, pero lo hice. Mi hijo.

Pensé en lo que sería cuando fuese un hombre. En lo mucho que se parecería a su madre. En lo responsable que era ya, incluso con cinco años. En la nobleza que tenía, en su manera de abrazar, en su forma de ponerse nervioso cuando quería llorar y no quería que lo viéramos.

Y pensé en lo que dolía saber que no iba a verlo crecer. No verlo enamorarse. No verlo graduarse. No verle aprender a conducir, ni tomar las riendas de la empresa, ni casarse, ni convertirse en padre si así lo decidía.

Ese era el dolor más cruel. Ni la enfermedad, ni la debilidad, ni siquiera el cansancio. Sino saber que mi historia se cerraría antes de tiempo, mientras la suya apenas empezaba.

También pensé en Markkus. En lo que había hecho por mí y por ellos. Tres meses habían sido suficientes para que él y yo cerrásemos todo lo que quedaba entre nosotros. Me había demostrado más lealtad que nadie. Más incluso que algunos familiares. Se divorció. Lo hizo. Y me lo contó con una calma que yo sabía que había tardado años en conseguir.

Pero no había vuelto a estar con Iris. Ella decía que no podía. Que no quería dejarme solo. Que no era justo empezar nada con él mientras yo seguía aquí, luchando por aguantar el día siguiente. Además, ella seguía sintiéndose culpable por haber sido, sin saberlo, la amante de un hombre casado. La vi

llorar durante días. Semanas, incluso. Vi cómo intentaba no mirar su móvil para no escribirle. Vi cómo evitaba pronunciar su nombre, porque solo hacerlo la hacía temblar.

Ella… se había enamorado de él. Sin quererlo, sin esperarlo. Igual que él de ella. Lo supe desde el primer día.

Y no me dolía. No como la gente pensaría. No como dolería en otra circunstancia. Lo único que me importaba era que ella fuese feliz. Y que Matteo estuviese a salvo. Que tuviesen una buena vida, aunque yo no pudiera vivirla con ellos.

Iris merecía eso. Merecía vivir. Reír. Amar. Y Markkus… Él también.

Los últimos meses habían puesto cada pieza en su lugar. Y ahora, mirando mi habitación, mi respiración lenta, el cansancio que pesaba más que nunca, lo sabía con una claridad casi cruel.

No me quedaba tiempo.

Estaba tumbado en la cama de mi habitación, sintiendo cómo cada respiración me costaba más, cómo mi cuerpo, ya tan débil, parecía pesar toneladas. Miraba el techo, pensando en todo lo que había sido mi vida, en todo lo que había logrado, en lo que aún quería dejar hecho antes de marcharme. Seis meses… seis meses habían sido suficientes para vivir más intensamente que en muchos años. Gracias a Iris, gracias a Matteo. Gracias a ellos, a su amor silencioso, a su compañía constante. Ellos habían hecho que incluso los días más terribles tuvieran un sentido.

La puerta se abrió y la luz de la tarde iluminó mi habitación. Y allí estaba ella: Iris, con su sonrisa habitual, con esos ojos que siempre lograban arrancarme la calma incluso en los momentos más duros. La miré y sonreí, aunque me dolió hacerlo. Dando pequeños golpecitos en la cama, la invité a sentarse a mi lado. Lo hizo sin dudar, acomodándose junto a mí con esa naturalidad que siempre me sorprendía.

—¿Cómo estás? —preguntó, intentando mantener el tono ligero, aunque sus ojos estaban rojos y húmedos.

—Cansado —dije, dejando que mi voz sonara firme, aunque no lo fuera—. Se acerca el momento.

Ella frunció el ceño, poniendo una mano sobre la mía, tratando de ocultar el miedo que se le escapaba en cada respiración.

—No bromees con eso —dijo con firmeza.

—No bromeo —contesté con una leve sonrisa—. No me queda mucho.

Su expresión cambió al instante. La seriedad se transformó en un nudo en la garganta, en lágrimas que empezaron a deslizarse por sus mejillas. Se echó a llorar, silenciosa al principio, luego sollozando. La abracé con cuidado, acariciándole el cabello y secándole las lágrimas con mis dedos.

—No llores —le susurré—. Necesito que seas fuerte… por Matteo. Por él y por ti.

—No es justo —dijo entre sollozos—. Es un hombre joven, con toda la vida por delante… No entiendo cómo te pudo pasar esto, por qué no hay cura… por qué no hay una segunda oportunidad.

—Muchas enfermedades son así —dije, con voz firme pero cansada—. Durante un tiempo, los tratamientos funcionan; luego… el final es inevitable. Es la realidad.

Se inclinó sobre mí, apoyando la cabeza contra mi pecho, sollozando suavemente. Me costó contener un nudo en la garganta. Sabía que para ella esto era mucho más doloroso que para mí, porque yo había tenido tiempo de preparar todo, de dejarlo atado, de cerrar las puertas que quedaban abiertas. Pero para ella, la incertidumbre lo era todo.

—No quiero perderte —dijo con un hilo de voz—. Si sigues luchando… me quedaré en Tallin con vosotros para siempre.

Sonreí débilmente y le cogí la mano con suavidad.

—Si quieres quedarte aquí, la mansión es tuya. Si decides volver a Madrid… siempre podrás regresar, cuando quieras —dije, intentando

tranquilizarla.

—No quiero perderte —repitió, y esas palabras estaban llenas de miedo y amor a la vez.

La besé suavemente en la frente y la miré a los ojos, con todo el cariño que podía reunir.

—Gracias —susurré—. Gracias por estos meses, por permitirme verte de nuevo, por escuchar tu risa, tu voz, y sobre todo… por hacer sonreír a Matteo y hacerle feliz.

Se inclinó hacia mí y me abrazó con fuerza, mientras un llanto silencioso sacudía su cuerpo. La sentí temblar, y aunque mi cuerpo estaba débil, pude abrazarla de manera que supiera que todo estaba bien, que siempre estaría allí, hasta el último instante.

—No te despidas todavía —dijo con la voz rota.

—Necesito hacerlo —contesté, intentando que mi voz sonara firme—. Y necesito confesarte algo.

Sostuve su barbilla entre mis dedos y la miré directamente a los ojos, esos ojos que, aunque llenos de lágrimas, brillaban con la luz más intensa que había conocido.

—Te quiero, Iris —dije con toda la fuerza que me quedaba—. Siempre te quise. Fuiste la primera mujer de la que me enamoré, lo mejor que me pasó en aquellos años. Si pudiera dar marcha atrás, jamás te habría dejado… pero entendí a tu padre, y no quería cortarte las alas.

Ella lloró aún más, temblando contra mí, y sentí que mi corazón se rompía en mil pedazos. Me incliné y la besé en los labios con toda la ternura que pude reunir. Cuando nos separamos, sonreí débilmente.

—Me alegra haber compartido estos últimos meses contigo —susurré—. Con Matteo. Con los dos. Al menos no moriré solo… sino en los brazos de la mujer que una vez amé más que a nada.

Ella se abrazó más fuerte a mí, su respiración mezclándose con la mía, temblando. Y yo lo noté: el calor de su cuerpo, su vida, su fuerza… y entendí que incluso al final, mi amor por ellos era eterno.

Suspiré, sintiendo cómo la fuerza me abandonaba. Noté cómo mi cuerpo se apagaba, cómo mis ojos se cerraban lentamente. Antes de que todo se volviera negro, conseguí decirle con voz apenas audible:

—Te quiero, Iris… y no hay mejor madre que tú para cuidar a mi hijo.

La escuché responder, con un hilo de voz:

—Yo también te quiero.

Y todo se volvió negro.

Mi última sensación fue la de tenerlos a los dos junto a mí. Mi último pensamiento fue que, aunque me marchara, mi hijo estaría cuidado, mi amor protegido, y que mi legado más valioso, Matteo, continuaría viviendo.

Capítulo 33



Iris

Era veinticuatro de diciembre, y todavía estaba en Tallin. No había querido irme, no podía dejar a Matteo, no podía abandonar la mansión de Erik, donde cada rincón parecía guardar recuerdos suyos, y, sobre todo, donde sentía que todavía podía acompañarlo de algún modo, aunque ya no estuviera.

Hablé con mis padres por teléfono unos días atrás y les dije que me quedaría allí hasta que Matteo terminara el colegio. Ellos lo entendieron, aunque percibí la preocupación en sus voces. A veces me preguntaba si alguna vez lograría superar todo esto, si alguna vez dejaría de sentir el vacío que la ausencia de Erik había dejado en mí.

Esos meses desde que él murió habían sido una montaña rusa emocional. Había días en los que me sentía capaz de hacer cualquier cosa, de reír y de seguir adelante, y otros en los que no lograba levantarme de la cama.

Recordaba con dolor aquel día, aquel preciso instante en que comprendí que Erik se había ido para siempre. Estábamos abrazados, yo apoyada en su pecho, sintiendo su calor y la seguridad de su abrazo, y luego noté cómo su presión se relajaba, cómo su respiración se volvía irregular, y finalmente su abrazo se aflojó completamente. Su cuerpo estaba frío, y su sonrisa seguía grabada en mi memoria. Me senté en la cama, intentando secar las lágrimas, pero no pude evitar sollozar un instante más mientras recordaba aquel momento.

Me sacudí la tristeza al escuchar la voz de Matteo llamándome desde la sala. Su entusiasmo, su energía, su sonrisa siempre lograban arrancarme de cualquier oscuridad en la que me encontrara.

Lo encontré corriendo hacia mí, con los brazos abiertos, y lo abracé con fuerza. La mansión de Erik estaba especialmente viva ese día: íbamos a cenar allí con Markkus y sus padres, y aunque la tristeza aún estaba presente, también lo estaba la calidez de la familia que había sido tan generosa conmigo desde el primer momento.

Desde que me conocieron, los padres de Markkus habían mostrado un cariño enorme hacia mí. Y adoraban a Matteo. Para ellos no era solo el hijo de alguien cercano, sino como si fuera un nieto. Me ayudaban constantemente con él, con una paciencia infinita, y su apoyo no se limitaba a cuidar de Matteo: la madre de Markkus también colaboraba conmigo en mis vídeos para redes sociales, ofreciéndome ideas, enseñándome técnicas y ayudándome a organizarme. Era un gesto que valoraba profundamente, y cada día me hacía sentir que formaba parte de su familia.

Mientras nos acercábamos a la cena, mis pensamientos vagaban hacia Markkus. Habíamos pasado por mucho, y su divorcio finalmente había sido firmado hacía meses. Era un hombre libre, capaz de volver a empezar, pero yo seguía sintiéndome culpable por lo que había sucedido, por la forma en que todo había pasado, y por lo mucho que nuestras vidas habían cambiado en tan poco tiempo.

Recordé una conversación con mi madre sobre él. Me dijo, con esa sabiduría que siempre tenía:

—Si estás enamorada de él, no lo pierdas, Iris. No pases de nuevo por lo que pasaste con Erik. El amor no siempre llega de la misma manera; a veces lo hace por sorpresa, arrasando con todo… como ha hecho Markkus.

Aquellas palabras me acompañaban constantemente. Me recordaban que la vida no se podía controlar, que a veces el amor llegaba cuando menos lo esperabas, y que había que ser valiente para aceptarlo.

Cuando entré en el comedor, el aroma de la cena me envolvió, y una sensación de calidez me recorrió el pecho. No podía evitar sonreír al ver

cómo Matteo corría alrededor de la mesa, haciendo reír a los padres de Markkus con sus ocurrencias, mientras Markkus intentaba mantener cierto control sobre él, pero terminaba riendo a carcajadas con cada broma que el niño soltaba.

Sentí que, a pesar de todo, aquel día podía ser especial. Por primera vez en mucho tiempo, me permití creer que la felicidad todavía podía encontrarse, incluso en medio de la tristeza.

La cena de Nochebuena empezó con risas, juegos y un ambiente cálido que se sentía en cada rincón de la mansión. Matteo no paraba de bromear con Markkus, haciéndolo correr de un lado a otro, imitando sus gestos, retándole a adivinar enigmas que él inventaba al momento. Cada ocurrencia del niño era recibida con carcajadas por los padres de Markkus, que lo miraban como si fuera su propio nieto, con esa mezcla de ternura y orgullo que hacía que mi corazón se llenara de alegría.

Sonreí, emocionada, mientras veía cómo Markkus se dejaba llevar, riendo de buena gana y jugando con Matteo, creando momentos de complicidad que me reconfortaban y me daban esperanza.

Después de la cena, pasamos al momento de los regalos. Matteo estaba tan nervioso que apenas podía contenerse, corriendo hacia el salón y gritando con una felicidad desbordante al ver el árbol lleno de regalos. Su alegría era contagiosa, y me encontré riendo con él, contagiada por su entusiasmo.

Muchos de esos regalos habían sido comprados por Erik meses atrás, anticipando que, en caso de que él faltara, yo podría encargarme de todo y asegurarme de que Matteo tuviera una Navidad especial. Sentí un nudo en la garganta y una lágrima me recorrió la mejilla, pero lo escondí para que Matteo no lo notara.

Abrimos todos los regalos uno a uno. Matteo recibió juguetes, juegos y ropa, y su emoción no tenía límites. Los padres de Markkus también habían dejado detalles para nosotros. Para mí, había un par de pendientes de oro con forma de hoja de roble, delicados y elegantes, que me hicieron sonreír nada más verlos. Markkus me entregó una pulsera de oro con un pequeño corazón,

sencilla pero preciosa, y al abrir una cajita de parte de Erik encontré un colgante con las iniciales *E.M.M.* y una nota que decía:

"Para que nunca olvides a tus tres grandes amores."

Reí suavemente al leerlo, con una mezcla de tristeza y ternura, recordando a Erik, y sintiendo que Matteo y Markkus también formaban parte de esos recuerdos y emociones.

Cuando la emoción de los regalos se calmó, Markkus y yo nos quedamos a solas, ya que sus padres se llevaron a Matteo a la cocina a preparar chocolate caliente. En ese momento me entregó un sobre que le había dado Erik meses atrás y me dijo que lo leyera. Con las manos temblorosas, abrí la carta y comencé a leerla.

«Mi querida Iris.

Si estás leyendo estas líneas, significa que estoy más cerca de un lugar donde ya no puedo abrazarte ni escucharte reír. Quiero que sepas, desde lo más profundo de mi corazón, que cada segundo a tu lado ha sido un regalo, un milagro que jamás pensé que volvería a vivir. No hay palabras suficientes para agradecerte lo que me has dado: tu cariño, tu ternura, tu paciencia y, sobre todo, tu vida.

Cuando pienso en estos últimos meses, en cada momento compartido contigo y con Matteo, siento una mezcla de alegría y dolor. Alegría, porque pude verte sonreír de nuevo, porque pude sentir tu calor y tu voz, y porque vi a mi hijo feliz y seguro, sabiendo que estará en tus manos amorosas. Dolor, porque tengo que despedirme antes de tiempo, antes de haber tenido la oportunidad de vivir todo lo que hubiera deseado contigo.

Quiero que recuerdes algo muy importante: tú me diste vida en mis últimos días. Me hiciste sentir amado, cuidado, y me diste la fuerza para enfrentar cada amanecer, incluso cuando mi cuerpo estaba débil y cansado. Nunca podré agradecerte lo suficiente por eso. Siempre fuiste y siempre serás la luz de mi vida.

Sé que mi partida dejará un vacío inmenso, y me duele pensar en el dolor que sentirás. Pero quiero que, por encima de todo, sigas adelante. Vive, ríe,

ama y deja que tu corazón decida lo que es mejor para ti. No te sientas culpable por querer ser feliz. Si tu corazón te lleva hacia Markkus, no dudes ni un instante. Él es un hombre bueno, capaz de hacerte sonreír como yo solo pude soñar, y merece que le ames con todo lo que llevas dentro.

Matteo es un niño extraordinario. Cuídalo, guíalo, y haz que nunca dude del amor que le tuvieron sus padres y que sé que tú también le tienes. Enséñale que la vida puede ser maravillosa, aunque también sea frágil, y que lo más importante siempre será el amor y la familia que lo rodea. Que recuerde siempre que su padre lo amó con todas sus fuerzas, y que tú eres la mejor madre que puede tener.

He dejado algunas cosas preparadas para ti y para él. Cosas pequeñas, recuerdos que espero te hagan sonreír y sentirme cerca. Espero que no hayas abierto esta carta antes de Navidad; confío en que él se encargará de que llegue en el momento adecuado, porque quiero que sientas que todo está hecho con amor, pensado hasta el último detalle, incluso después de mi partida.

No puedo prometerte que todo será fácil. Habrá días de lágrimas, de nostalgia y de soledad. Pero quiero que recuerdes siempre que la vida continúa, y que tú tienes el derecho y el deber de ser feliz. No dejes que el miedo o la culpa te impidan amar, porque eso sería desperdiciar todo lo que hemos vivido.

Iris, te amo más de lo que jamás podría escribir con palabras. Siempre te he amado, desde aquel primer instante en que te vi, y siempre te llevaré conmigo. No hay despedida que borre lo que hemos compartido; tu nombre, tu risa y tu corazón estarán conmigo hasta mi último aliento, y más allá de eso, en todo lo que tú hagas y en el amor que sigas dando.

Prométeme algo: cuida de Matteo, ama a Markkus si tu corazón te lo dicta y, sobre todo, sé feliz. Vive por nosotros, por él, por ti y por todo lo bueno que aún está por venir. Mi amor por ti nunca morirá; simplemente cambiará de forma, y seguirá acompañándote en silencio, en cada abrazo, en cada sonrisa, en cada Navidad que vivas.

Gracias por cada instante, por cada beso, por cada palabra. Gracias por hacer que mi vida, aunque corta, haya sido plena, hermosa y llena de luz.

Con todo mi amor, siempre.

Erik»

Cada palabra de Erik era como si estuviera susurrándome al oído, llenándome de amor, de fuerza y de recuerdos que ahora tenían un valor infinito. Las lágrimas empezaron a correr sin control mientras sus palabras me hablaban de esperanza, de amor y de valentía.

—¿Qué pone? —preguntó Markkus, con suavidad, viendo mi emoción.

Le entregué la carta, y sus ojos se humedecieron al leerla. Cada palabra que Erik había escrito parecía darme permiso para amar, para seguir adelante y, sobre todo, para no perderme en la culpa o en el dolor. Cuando terminó de leerla, me abrazó con fuerza, sosteniéndome contra su pecho, y luego colocó sus manos sobre mi rostro, mirándome a los ojos.

—Estoy enamorado de ti, Iris —dijo con voz firme—. Quiero envejecer a tu lado, formar una familia contigo y amarte el resto de mi vida. Nunca se sabe lo corta que puede ser la vida para perder a la persona a quien amas.

Lo miré, con lágrimas corriendo por mis mejillas, y sus palabras resonaron en mi corazón. Sus manos me secaron las lágrimas con ternura, y sentí cómo mi propio corazón se rendía ante la fuerza de lo que sentía por él.

—Yo… yo también me enamoré de ti —dije entre sollozos—. Sin buscarlo, sin esperarlo, pero me pasó.

Markkus sonrió, una sonrisa cálida que me hizo sentir segura, y me besó suavemente en los labios. Cuando se apartó, me miró con una mezcla de ternura y pasión y susurró:

—Te quiero.

En ese instante, rodeada por la calidez de la familia de Markkus, por la risa de Matteo y por el recuerdo de Erik, comprendí que, a pesar de todo el dolor que había pasado, la vida todavía podía regalarme momentos de felicidad intensa.

Una felicidad que ahora podía compartir con el hombre que también había conquistado mi corazón y que, finalmente, estaba listo para construir un futuro conmigo.

Epílogo



Markkus

Trece años después…

Habían pasado trece años desde aquella noche que lo cambió todo. Trece años en los que mi vida había dado un giro que jamás habría imaginado. Desde entonces, cada día había estado lleno de amor, de desafíos, de aprendizaje y, sobre todo, de gratitud por tener a Iris a mi lado y por cuidar de Matteo, nuestro tesoro más grande.

Un año después de aquella Navidad tan especial, me casé con Iris. Adoptamos legalmente a Matteo, aunque conservaba el apellido de Erik como recuerdo de su padre, tal como él había querido.

Cada cumpleaños, él recibía una carta de Erik con palabras de cariño, consejos y buenos deseos, tal y como había dejado estipulado en su testamento. Ya tenía dieciocho años, estaba muy centrado en sus estudios y preparándose para convertirse en un buen CEO de *Nordikon*, y aunque aún seguía llamándome padrino, sabía que me sentía como si fuera su padre, y a Iris la llamaba mamá desde el momento en el que lo adoptamos. El suyo era un vínculo maravilloso y profundo que no había hecho más que fortalecerse con los años.

Nuestra familia creció. Teníamos dos hijos más: un niño de diez años al que llamamos Erik, en honor a quien nos había unido y nos había mostrado lo que era el verdadero amor, y una niña de seis años, Liina, para honrar a la

mujer que dio la vida a Matteo. Matteo era un hermano mayor ejemplar, protector y amoroso con sus hermanos, especialmente con Liina, con quien compartía un vínculo especial, lleno de complicidad y cariño.

Los padres de Iris habían seguido estando presentes en nuestras vidas, viajando desde Madrid para pasar el verano y la Navidad con nosotros. Amaban a Matteo como si fuera de su propia sangre y me habían acogido en su familia con una calidez que me conmovía cada vez que los veía.

Y mis padres… qué decir de ellos, que se desvivían por Matteo como si fuera mi propio hijo, y por Erik y Liina de igual modo. Los adoraban, y los malcriaban a partes iguales. Y a Iris la querían con locura; mi madre decía que no había comparación con mi primera mujer, que se veía que Iris me amaba y que ella sí era la mujer que la vida me tenía destinada.

Isa, la mejor amiga de Iris, también era parte de nuestro día a día; aunque su matrimonio había terminado, seguía siendo una presencia constante, y sus hijos, Cintia y Nico, eran como primos para nuestros hijos.

Reflexionaba sobre lo que había sido mi vida antes de Iris, un tiempo en el que todo parecía vacío y sin rumbo. Desde que ella estaba a mi lado, todo había cambiado: había aprendido lo que era amar y ser amado de verdad. Nunca dejé de decirle cuánto la quería, cada día, porque la vida era demasiado corta para no expresar lo que sentías, y no había un solo día que no le recordara que era mi corazón, mi alegría y mi fuerza.

Aquella tarde estaba tomando un café en el despacho de la mansión de Erik donde seguíamos viviendo, aún conservando sus recuerdos y su esencia en cada rincón. La puerta se abrió y allí estaba ella, con esa sonrisa que siempre lograba desarmarme. Iris entró y, sin pensarlo, se sentó en mi regazo, acurrucándose contra mí mientras la rodeaba con los brazos. La besé suavemente, disfrutando de la calidez de su presencia.

—¿Dónde están los chicos? —pregunté con una sonrisa.

—Se los ha llevado tu madre al centro comercial —respondió, divertida.

Me reí, porque esa mujer nunca dejaría de mimarlos y malcriarlos.

—¿Eso quiere decir que tenemos toda la tarde para nosotros solos? —le pregunté juguetón.

Ella se mordió el labio, sonriendo, y asintió ligeramente. Al ver su mirada, sentí un deseo profundo de acercarme más, de abrazarla y sostenerla como si el mundo entero desapareciera a nuestro alrededor.

Y allí, solos en el despacho, el silencio se sintió pesado por la ausencia de los niños, solo roto por nuestra respiración entrecortada y el leve crepitar de la chimenea. Abracé aún más fuerte y besé a mi mujer con esa necesidad y urgencia que ni el paso del tiempo había disipado. La sentí estremecerse al contacto, y no pude resistirme a rodearla con los brazos, acercando su cuerpo al mío, sintiendo la calidez de su piel, el latido acelerado de su corazón y ese aroma que siempre me volvía loco.

Nuestros labios se rozaron de nuevo, primero suavemente, con timidez, casi como probando que el otro seguía allí, vivo, real. Pero pronto esa timidez se convirtió en necesidad, y los besos se hicieron más largos, más profundos, cargados de todas las emociones que nos habían acompañado durante esos años: amor, deseo, miedo, pasión y un anhelo que parecía no caber en nuestro pecho. Su lengua buscó la mía, y cada roce me provocaba escalofríos por todo el cuerpo.

Sus manos subieron lentamente por mi cuello, acariciando mi nuca, mientras yo recorría su espalda con mis dedos, sintiendo cada curva, cada centímetro de su piel que llevaba años tocando sin reservas. Nos miramos entre beso y beso, y en sus ojos vi el reflejo de todo lo que sentíamos: la pérdida, la esperanza, la felicidad, el amor que había sobrevivido a todo.

La cogí en brazos y caminé hacia el sofá que había en el despacho, donde nos recostamos, ella apoyando la cabeza en mi hombro, yo abrazándola con fuerza, mientras nuestras respiraciones se mezclaban. Cada roce, cada caricia, era un recordatorio de lo que habíamos pasado y de todo lo que habíamos encontrado el uno en el otro.

Poco a poco nos fuimos desnudando, sintiendo su piel contra la mía, el calor de su cuerpo, la suavidad de sus manos recorriendo mi espalda y pecho… Todo se convirtió en un lenguaje propio, silencioso pero intenso, que solo nosotros entendíamos.

La pasión creció con cada instante, pero no era solo deseo físico: era el deseo de estar juntos, de fundirnos en un abrazo que dijera todo lo que nuestras palabras nunca podrían expresar. Besábamos cada centímetro de nuestros rostros, labios, cuello y hombros, como si quisiéramos memorizar cada detalle del otro, cada suspiro, cada temblor. Y mientras lo hacíamos, nuestras manos exploraban, acariciaban, apretaban suavemente, sin prisa, disfrutando del contacto, de la cercanía, del amor concentrado en ese instante perfecto.

Nos dejamos llevar, sintiendo cómo nuestros cuerpos se sincronizaban, cómo nuestras respiraciones se mezclaban y cómo cada roce provocaba un estremecimiento más profundo. Nos susurrábamos palabras al oído, risas y gemidos suaves, recuerdos compartidos, promesas silenciosas de que nunca nos dejaríamos ir, de que ese amor sería para siempre.

Nuestra conexión y la complicidad que había entre nosotros desde el primer momento aún estaban ahí, y la pasión y el deseo que nos envolvía no habían dejado de existir.

Después de lo que parecieron horas suspendidas en un mundo aparte mientras nos dejábamos llevar y nos entregábamos al amor, nos recostamos, abrazados, completamente desnudos no solo de ropa, sino de miedos, dudas y reservas.

Ella apoyó su cabeza en mi pecho, yo rodeé su cintura con fuerza, y nos quedamos así, escuchando los latidos del otro, sintiendo el calor compartido, disfrutando del silencio que hablaba más que cualquier palabra.

—Te amo cada día más —susurré, sintiendo que cada palabra salía del fondo de mi alma—. Si eso es siquiera posible.

Ella levantó la cabeza, sonrió entre lágrimas y me besó suavemente.

—Yo también te amo… y te amaré siempre —dijo, y en ese momento supe que nunca más habría soledad, miedo o incertidumbre. Solo ella y yo, juntos, y cada día que pasara sería un regalo para amarnos aún más.

Nos quedamos abrazados, disfrutando de la seguridad de nuestro amor, mientras yo pensaba que antes de ella estaba muerto en vida, y que desde que

Iris estaba a mi lado, no había nada que pudiera apagar el fuego que sentía por ella.

Cada instante con ella era eterno, cada caricia una promesa, y cada beso un recordatorio de que había encontrado finalmente a la persona con la que quería pasar el resto de mis días.

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:
Dylan Martins
Janis Sandgrouse

Amazon:
Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins
Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:
@dylanmartinsautor
@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:
@ChicasTribu
